Tomo

UN VIAJE
AL INFIERNO.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

815-6

UN VIAJE AL INFIERNO.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. Juan de Ariza.

MADRID: — 1848.
IMPRENTA DE D. JOSÉ MARIA ALONSO.
Salon del Prado, número 8.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL

PROLOGO, ADVERTENCIA É INTRODUCCION

Me levanté ayer un poco mas tarde que otros dias; me dirijí á mi mesa de escribir, siguiendo mi costumbre diaria, y sobre el pupitre encontré un pliego cerrado y sellado, con sobre para mí y de mas que mediano volúmen. Rompí el nema apresuradamente y, entre otros papeles, encontré la siguiente carta:

DRAMALLA 15 DE ENERO DE 184...

«Querido amigo: estoy en el Infierno y te escribo desde su córte; por los primeros capítulos te informarás del motivo de mi venida: quiero publicar mi viaje, y te iré remitiendo,

© Biblioteca Nacional de España

por un mensagero tan seguro como invisible, la descripcion circunstanciada de los parajes, el retrato de cada persona y la fiel relacion de los principales acontecimientos. Espero que me buscarás editor, para que lo vaya publicando conforme llegue el manuscrito.»

Tu amigo tierno é invariable

Nazário Palma de Jura.

Dejé la carta y devoré los dos primeros capítulos de su viaje con creciente curiosidad: parecierónme interesantes y me decidí á publicarlos. Tuve que allanar inconvenientes, ¿qué cosa no los tiene en el mundo? un editor se reia del título, otro me ofrecia poco dinero, cuestion capital, que muy pocas veces se resuelve á satisfaccion de ambas partes; y á uno se hizo cargo de conciencia emplear capitales é industria en un asunto tan diabólico. Luché como un desesperado y á fuerza de luchar vencí: aplaude mi triunfo ¡oh lector! y si te manifiestas benévolo seguiré publicando el viaje, segun me lo remita Nazário, siendo para él trabajo y gloria, para tí instruccion y recreo, para mí provecho y solaz. He dicho.

© Biblioteca Nacional de España

UN VIAJE AL INFIERNO.

CAPITULO I.

UN AMIGO IMPROVISADO.

Paseabame muy distraido una hermosa tarde de otoño en el delicioso paseo de una pintoresca ciudad: muchas personas rozaban conmigo, festivas y locuaces algunas, tristes y taciturnas otras, mientras yo pisaba indiferente las hojas marchitas, que desprendiéndose de copudos álamos tapizaban el enarenado arrecife, y respiraba la suave brisa, impregnada en los delicados aromas de las mil plantas de la sierra. El sol en su ocaso, doraba las anchas copas de los árbo-

© Biblioteca Nacional de España

les y prestaba brillo al cristal de gigantescas fuentes de mármol; el murmúrio de sus saltadores se confundia con los dulces trinos de ruiseñores y gilgueros: las tardias flores recibian en sus cálices descoloridos las últimas caricias del astro que iba á visitar otro emisferio, y el Genil se precipitaba en la rica vega de la ciudad de las mil torres.

Paseaba solo, como he dicho, sin saludar á amigos ni señoras, y habia alguna cosa en mi rostro que rechazaba á los demas. Al encontrarme con ciertas gentes lanzaba recias carcajadas, y al rozar con otras quedaba melancólico y taciturno. Un caballero, muy parecído á mi retrato y vestido exactamente como yo, cojió mi brazo con franqueza, esplicándose sin rodeos.

—Dispénseme V., señor mio, esta singular confianza, pero tengo grandes deseos de que travemos amistad.

Lo examiné con estrañeza, pero sin mostrarle desvío, porque me encantó su persona y su metal de voz me sonaba exactamente como el mio.

—Poco ganará V., caballero, con mi amistad, le respondí; pues ciertamente vale poco.

—En vano quiere V. ocultar su valor bajo una finjida modestia, repuso. V. vale, segun mi opinion, mas que otras personas encumbradas y que no se tienen en poco.

—Me conozco bastante bien.

© Biblioteca Nacional de España

—Por lo mismo se estima V. en mucho.

—Mudemos de conversacion.

—Con mucho gusto, caballero: y empezando otra le diré, que V. ha venido á este paseo con la firme resolucion de burlarse de todo el mundo.

—No tanto, señor mio, no tanto. He venido con la intencion, ó mejor dicho la he formado aquí, de burlarme de lo risible.

—¿Y en qué persona no encuentra V. algo que se preste al ridículo?

La pregunta era contundente, yo no supe qué responder, y mi nuevo amigo prosiguió.

—V. pretendió divertirse y se ha fastidiado horriblemente.

—Es verdad.

—¿Por qué se ha fastidiado V.?

—Segun habla V. de mis pensamientos, no debe desconocer la causa y es escusada la pregunta.

—La conozco perfectamente. Se fastidia V., porque su alma está agoviada bajo el peso de tanto hastío.

—Es verdad.

—Pero V. no conoce su causa.

—Puede ser.

—¿Quiere V. saberla?

—Con mucho gusto.

—Pues respóndame. ¿V. ha vivido mucho tiempo en esta ciudad?

—Sí señor.

© Biblioteca Nacional de España

—¿V. conoce á todas las personas notables que viven en ella?

—A todas.

—¿V. sabe todas las intrigas, todos los lances amorosos, todas las murmuraciones?

—Las mas.

—¿V. busca la novedad y en ninguna parte la encuentra?

—Ando tras ella, como Diógenes tras su hombre, y en ninguna parte la encuentro.

—¿Esas son las causas de su hastío.

Mi interlocutor se calló, y fijó sus ojos en mí con una espresion singular: yo me preguntaba admirado cómo conocia tan bien un hombre la historia de mi corazon y no sabia darme respuesta: el incógnito, que leia sin duda mi pensamiento, se sonrió desdeñosamente y me dijo:

—Aconsejo á V. que no se devane los sesos, queriendo averiguar el cómo he logrado saber su historia, y que busque pronto remedio á tan insoportable hastío.

—¿V. que conoce la dolencia puede darme la medicina? repuse con marcado desden.

—Prefiero que V. mismo la elija.

—Si V. me hiciera por lo menos alguna que otra indicacion.

—¿V tiene aficion á viajar?

—He tenido mucha.

—Pues aconsejo á V. que viaje.

© Biblioteca Nacional de España

—Temo encontrar en todas partes los mismos hombres que aquí deje.

—Esa observacion es muy justa, pero elijiendo un buen pais.

—¿La Italia?

—¿Qué hará V. en Italia? Llorar sobre los hierros de la Italia moderna las glorias de la Italia antigua (1): ver sobre tronos vacilantes un altar mal seguro, la caña del pescador trocada en un frágil cetro de rey, y en una corona sin esplendor la brillantísima tiara. Al lado del altar y del trono verá V. soldados del Austria, que aparentando sostenerlos los tienen en esclavitud, al pueblo arrastrando las cadenas que le han impuesto sus señores, y á sus señores bajo el yugo de otros príncipes estrangeros. Parará V., sin duda, en Roma, y allí encontrará la Babel de las sagradas escrituras. Verá V. confundidas las naciones, los monumentos y las creencias, como se confunden las olas en los inmmensos antros del mar. ¿No braman de encontrarse juntos el Capitolio y el Vaticano, el San Pedro de Miguel Angel y el gran coliseo de los Césares, los termas y las catacumbas? En Nápoles procurará subir á cima del monte Vesubio para contemplar algo grande, y caminando sobre lava detendrán

(1) Debe tenerse en cuenta que este capítulo se escribió antes de los graves sucesos que han mudado la faz de Europa.

© Biblioteca Nacional de España

sus pasos los frescos tallos de las vides: respirará con embeleso las hermosas flores de Toscana, y admirará las obras maestras de griegos y latinos. En Venecia solo encontrará el anatema de Napoleon sobre las cabezas de sus orgullosos patricios: en una palabra, recuerdos gloriosos y miseria; esclavos en fin sin tiranos.

—¿Y Pio IX?

—Puede ser mucho y puede reducirse á nada.

—Pero en suma ¿cree V. oportuno mi viaje á Italia?

—Francamente, no.

—¿Y á Francia?

—En Francia encontrará V. campiñas taladas por el desbordamiento de los rios, campiñas fértiles tambien: pero no hallará nada admirable. ¿Qué tienen que ver las Tullerías con los restos del panteon, ni la columna de la plaza Vandome con la columna de Trajano? Las unas son obras de hombres, las otras son obras de génios. En Francia encontrará V. palabras que nada significan; instituciones fantasmagóricas; una pirámide de ciudadanos, llamados libres, cuyo vértice es un monarca llamado constitucional.

—Bajo el simborrio de la iglesia de los Inválidos veré tambien el sepulcro de Napoleon.

—Napoleon, nombre sonoro, que llevó un hombre menos pequeño que los demas. No piense V. viajar por Francia.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Y la Inglaterra?

—La Inglaterra es un gran coloso de lona, que á cierta distancia amedrenta, pero que de cerca examinado descubre su antigua y carcomida armazon. Lóndres, Winsor, las cámaras y hasta la abadia de Wesminter son unas grandes factorías, palacio de mercaderes príncipes y hospicio de obreros mendigos. Hay lores que insultan con su lujo á los mas opulentos monarcas; hay pueblo que mueve á compasion á los pordioseros de España. Los ingleses han publicado á son de trompas que su gobierno es democrático; blasfémia que apenas se comprende sabiendo, que la comision de la cámara de los comunes se presenta en la de los lores, sin franquear la barra; como un lacayo que pide órdenes, ó un criminal ante su juez. ¿Vá V. á presenciar los combates que los labradores de Irlanda libran diariamente á la tropa pidiendo á grito herido PAN! Huyamos, huyamos de Inglaterra: no desgarremos su purpúreo manto para no ver el esqueleto.

—¿Y Alemania?

—Alemania: nacion patriarcal, segun algunos: sociedad tan vieja como el hombre que la dirije. Alemania fué la primera que en el siglo décimo sesto lanzó el grito de emancipacion intelectual, pero lejos de adelantar en su carrera, duerme centenares de años con inalterable sopor.

—Iré á Rusia.

© Biblioteca Nacional de España

—¿A doblar la frente ante el autócrata?

—¿Y á Prusia?

—Prusia fué la patria del gran Federico II, político, literato y guerrero. Si emprende V. ese viaje puede venerar sus cenizas: mas cuidado con pararse en Jena, sepulcro de la gloria militar que dió á su nacion Federico.

—Iré á Noruega y Dinamarca?

—¿Para qué buscar eternas sombras si en ninguna parte brilla demasiado la luz?

—¿Visitaré la Bélgica y Holanda?

—Malhará V., siendo español. Allí tendrá tristes recuerdos, remordimientos y vergüenza. Verá á Cárlos V., empuñando cetro y espada con firme diestra al mismo tiempo: á Felipe II, en cuya mano tiembla la espada pero que empuña bien el cetro; á sus sucesores, que tiran la una y no saben tener el otro; verá dos reinos que fueron provincias de España y llorará su humillacion.

—¿Y el Portugal?

—Es lo mismo que viajar por España.

—¿Y la Grecia?

—Recuerdos y ruinas.

—¿El Africa?

—Opresion y barbárie.

—¿El Asia?

—Debilidad y despotismo.

—¿La India?

© Biblioteca Nacional de España

—Una factoría inmensa, levantada con esqueletos y guardada con fosos de sangre.

—¿La América?

—Una virgen hecha pedazos: una palabra, CONFUSION. Bosques seculares, talados por el hacha del europeo; anchas y profundas cataratas; rios como mares y montes que tocan el cielo. Sus ecos repiten los nombres de Colon, Hernan Cortés y Francisco Pizarro: las que fueron colonias de España son repúblicas, que se devoran; y una hija desnaturalizada de Albion, se derrama por el continente, tira el guante con fiero orgullo á su madre tambien altiva, y presenta ya como problema cuál de las dos Inglaterras ha de ser señora de los mares.

Despues de oir estas palabras miré fijamente á mi interlocutor y le respondí con sarcasmo.

—Me aconsejó V. que viajára, y no encontramos un pais que pueda llenar mi deseo.

—Quizá se encuentre.

—Yo á lo menos no le conozco.

—Pues yo sí.

Se iba exasperando mi humor y le respondí con enfado.

—Tomaré mi ruta hácia el infierno.

El desconocido se sonrió, y dándome una palmadita en el hombro repuso con tranquilidad.

—Debió V. empezar por ahí y nos hubiéramos entendido antes.

© Biblioteca Nacional de España

—Hemos malgastado algun tiempo, pero no le llamaré perdido si nos entendemos al fin. ¿Aprueba V. este viaje?

—Sí señor.

Esta respuesta me fué dada con tono tan sério y formal, que no pude contener la risa y le contesté muy alegre:

—¿Tendrá V. la condescencia de buscarme medio de trasporte?

—Sí señor. Seré, si á V. bien le parece, su único compañero de viaje; el que haremos en pocos dias y en muy buena silla de postas.

—Acepto con toda mi alma.

—Será un divertido viaje y traerá V. mucho que contar.

—¿Encontraré mil maravillas?

—Hallará V. muchas novedades.

—¿Cuando marcharemos?

—Mañana noche, si V. quiere.

—Tendré en ello un vivo placer.

—Deme V. las señas de su casa.

Se las dí y despues añadió:

—Caballero, hasta mañana noche.

—¿Si V. no quiere incomodarse iré á buscarlo?

—No señor; pero le encargo que no venga sin pasaporte.

—¿Y para dónde he de pedirlo?

—Para el infierno.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Está V. loco?

—No señor.

—¿Con quién voy á emprender mi viaje?

—Con el diablo.

En este momento me saludó una amiga íntima, hermosa, si en el mundo hay bellas: contesté galante á su saludo con la palabra y con los ojos: me volví, para pedir esplicaciones á mi nuevo amigo, pero lo descubrí á larga distancia, que me saludaba con la mano al mismo tiempo que subia en un elegante cabriolé.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO II.

LA MESA REDONDA.

Meditabundo me dejó mi misterioso compañero y no sabia cómo esplicarme su conducta. Estaba en la firme creencia de que habia querido chancearse hablándome de ir al infierno; pero al mismo tiempo creia que íbamos á emprender muy pronto algun pintoresco viaje. He nacido seguramente con instintos de grande hombre, y soy por lo tanto fatalista, como César y Napoleon: por esta razon me abandono cien y cien veces al acaso, y si me sucede una desgracia digo con el árabe: *estaba escrito.*

Mi nuevo amigo podia ser muy bien un farsante, que hubiera hablado por hablar; podia ser tambien un salteador, que pretendiera des-

© Biblioteca Nacional de España

pojarme; pero no hallaba inconveniente en que fuera un hombre de humor, dispuesto á causarme sorpresas ó magníficas ó agradables. Tengo por costumbre pensar bien de quien no me ha dado motivo para que dude ó desconfie, y así, despues de algunas ligeras reflexiones, me fijé en la hipótesis mas favorable.

Acudí al café, asistí al teatro, conversé con varios amigos, subí á los palcos de algunas hermosas, y me senté en el de la deliciosa amiga que me saludó en el paseo. Preocupado con mi viaje, cuando queria ser mas galante, estaba mas triste y taciturno; hasta punto que llamé la atencion de la encantadora Matilde, este es el nombre de mi amiga.

Por si no vuelvo á verla jamás, quiero hacer aquí su retrato, que será encanto de los hombres y envidia de cien y cien hermosas.

Matilde cuenta diez y ocho años, abril de la vida con sendas tapizadas de flores y horizontes de azul, oro y amaranto; sus lábios frescos y ligeramente abultados, ofrecen una púdica sensualidad, que templan sus grandes ojos pardos melancólicos y espresivos. Su frente tersa deja leer la dulzura de sus pensamientos: su nariz, dilatándose suavemente, armoniza con la voluptuosidad de sus lábios, y su rostro de tez morena y casi enteramente oval, dá claras muestras de juventud y lozanía. Rica madeja de cabellos

© Biblioteca Nacional de España

castaños corona su frente despejada, y ya flotan sobre sus mejillas, ya ciñen sus sienes con diadema de terciopelo. Nada mas esbelto que su talle: no es el lirio que se cimbra, es la estátua griega en miniatura con sus atrevidas proporciones.

—¿Me parece V. un tanto triste: me dijo Matilde sonriendo y con su voz de serafin.

—No, Matilde, repliqué volviendo de mi involuntaria distraccion: no estoy triste, estoy estasiado.

—¿Estasiado? ¿con qué?

—Admirándola.

—¿Admirándome?

—Está V., Matilde, esta noche mas encantadora que nunca.

—Es V. muy amable.

—Matilde, repito que es V. muy hermosa.

—Tan delicadamente galante, y hay gentes que dudan de la cortesanía de V., llamándole hastiado y misántropo.

—Esas gentes tienen razon.

—No puedo convenir con V.

—¿Por lo que acabo de decir?

—Cabalmente.

—Con V. me esplico de este modo, porque... es V. mi mejor amiga.

Mis lábios iban á pronunciar otra palabra mas entusiasta y mas solemne, pero al recordar mi

© Biblioteca Nacional de España

viaje me faltaron fuerzas para decirla que en aquel momento la amaba, y volví á sumirme en mi triste meditacion.

—Vuelve V. á su melancolía: observó Matilde.

—Es verdad.

—¿Qué tiene V?

—Nada, Matilde.

—¿No le inspiro á V. confianza?

—Sí, por Dios: y para que no quede á V. duda, voy á confiarla mi secreto.

—Sepamos, amigo mio, sepamos: poseer un secreto de V. es tener un rico tesoro.

—Cómo se burla V., Matilde.

—No me burlo: estoy impaciente de recibir su confianza.

—Mañana, Matilde, emprenderé un improvisado viaje.

—¿Adónde? preguntó la hermosa con manifiesta agitacion.

—Yo mismo no lo sé, señora.

—Es estraño: repuso enojada.

—No se ofenda V., por Dios, Matilde: juro á V., por lo mas sagrado, que voy á emprender uno de esos viajes cuyo itinerario no se conoce, cuya duracion no se mide.

Matilde depuso su enojo, y sonriendo con amargura me respondió:

—No veo motivo de tristeza en un viaje que vá V. á emprender por gusto.

© Biblioteca Nacional de España

—Al emprenderlo me separo de personas muy apreciables.

—En todas partes se hallan amigos.

—Pero en todas partes no se hallan....

—¿Qué?

—Buenos amigos, respondí; ahogando en mis lábios otra palabra que me hubiera hecho renunciar á mi misterioso viaje.

No queriendo luchar mas tiempo contra el sentimiento doloroso que empezaba á mortificarme, me despedí al punto de Matilde, y sin esperar á que terminase la funcion salí del elegante coliseo.

Llegué á mi casa disgustado y pasé una noche muy inquieta. A la mañana del dia siguiente arreglé un modesto equipaje, saqué pasaporte para Infiesto, lo que podia enmendarse fácilmente *Infierno*: hice mil cálculos durante el dia, y al anochecer estaba en casa con una gorro de diligencias, un paletot bien abrochado, y una cartera en el bolsillo.

El diablo, así debo llamar al misterioso personaje, no se hizo esperar: á las ocho en punto de de la noche sentí el ruido de un carruaje, y pocos momentos despues la campanilla de mi cuarto. Sin saber por qué me estsemecí, como si acabara de recibir una descarga eléctrica; *el diablo* entró con un traje idéntico al mio, me tendió la mano afablemente, y me dijo:

© Biblioteca Nacional de España

—Mi carruaje nos está esperando á la puerta.

—Estoy dispuesto, contesté.

—¿Dispuesto del todo?

—Del todo. Ahí está pronta mi maleta y estoy en traje de camino.

—¿Y el pasaporte?

—Aquí lo tengo en toda regla.

El diablo lo leyó atentamente; tomó un cortaplumas de mi pupitre; raspó algunas letras; colocó otras en su lugar y me lo devolvió diciéndome:

—Ahora lo tiene V. en regla.

No pude dominar entonces mi curiosidad, y leí, despues de mi nombre y apellido: *pasa al infierno á diligencias propias.* Arrugué un poco el entrecejo, un criado bajó mi maleta, y *el diablo* y yo nos instalamos en una magnífica silla de posta.

Tengo la gran facilidad, ó quizás sea la enorme desgracia, de dormirme como un liron apenas piso un carruaje. Soy aficionado al movimiento; pero el movimiento me adormece: en lo que me parezco á ciertos políticos que siempre gritan: *adelante*: y cuando están puestos en camino, ó retroceden ó se paran. Esto tiene su moraleja; pero lo que mas interesa saber es que partieron nuestros caballos al galope y que yo me quedé dormido.

Me despertaba algunas veces en el momento

© Biblioteca Nacional de España

de mudar tiro; pero cogia de nuevo el sueño y así nada puedo contar de mi primera noche de viaje. Brilló el sol, y con él mis ojos se abrieron á la luz del dia, cuando ya habian saludado las aves con sonoros trinos á la aurora. Corrimos unas cuantas leguas por caminos mal construidos y entre tierras mal cultivadas; dándonos tema á discurrir sobre la mala administracion y otras cosas, que por muy sabidas me callo.

—Se ha dormido bien, me dijo el diablo despues de otros varios coloquios, y no vendrá mal el desayuno.

—Son las once le respondí.

—Lo que me prueba que tiene V. buen apetito

—Precisamente.

—Almozaremos en aquel parador inmediato.

Llegamos á él en pocos minutos, descendimos de nuestra silla y nos recibió la posadera, mujer enteramente cilíndrica y tan habladora como lo requiere el oficio. Pedimos de almorzar; la huéspeda nos preguntó qué deseabamos.

—Un capon asado, dijo *el diablo*.

—Le tengo, repuso la huéspeda.

—Pues venga al instante.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque le tengo destinado para los viajeros que debe traer la diligencia.

—Es una desgracia, interrumpí; pero si no

© Biblioteca Nacional de España

hay otro remedio nos contentaremos con comer unas cuantas chuletas.

—Mucho siento no poder servirlas; pero las tengo reservadas para los indicados viajeros.

Hicimos varias peticiones, teniendo al fin que contentarnos con una tortilla de huevos y patatas, un duro mendrugo de queso y unos cuantos vasos de vino avinagrado; pues aunque habia varios manjares estaban reservados para el servicio de las diligencias, cuyos viajeros son los únicos que tienen derecho á comer.

Nuestro desayuno fué breve y emprendimos de nuevo la marcha, mudando caballos en las paradas que los habia y corriendo con algunos dobles postas, cuando no teniamos otro remedio.

Escarmentado del almuerzo, propuse al diablo que nos reuniéramos con alguna de las diligencias que iban delante, para comer en mesa redonda, si el posadero lo permitia. Mi compañero de viaje, que solo deseaba complacerme, aceptó al instante mi propuesta, corrimos como hombres hambrientos, y á la entrada de un pueblecillo alcanzamos una diligencia que debia hacer en él parada para que comieran los viajeros. La dimos convoy unos minutos, y llegamos al parador al mismo tiempo que los habitantes de aquella casita de madera.

—Baje V. inmediatamente, me dijo el diablo.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Y V. no piensa acompañarme? le pregunté.

—Me es imposible.

—¿Por qué?

—¿No ha observado V. entre los dos una absoluta semejanza?

—Mucho me ha llamado la atencion, y somos mútuamente homónimos.

—Pues esa circunstancia me impide acompañarle.

—No comprendo.

—Nuestra semejanza llamaria la atencion de todos.

—Lo creo.

—Y podria perjudicar mucho al buen éxito de nuestro viaje.

—No discurro por qué.

—Yo sí. Apresúrese V. á bajar.

—¿Pero si vamos al infierno, aunque nos conozcan en España.

—No vamos al infierno, amigo; pisamos ya su territorio.

—Pues me ha llamado la atencion que no nos hayan registrado al pasar las fronteras.

—En las fronteras del infierno no registran á los amigos. Apresúrese V. á bajar.

—¿Y cómo debo conducirme con los diablos?

—¿Cómo se ha conducido V. con los demas hombres?

© Biblioteca Nacional de España

No sabia qué respuesta dar y contesté con otra pregunta.

—¿En qué idioma debo esplicarme?

—En español. Apresúrese V. á bajar ó se quedará sin comer.

Mi hambre era tal, que esta amenaza destruyó todos mis escrúpulos, y precipitándome de un salto, entré en la posada, cuando el mayoral de la diligencia decia al posadero:

—Sirve al instante la comida.

—Ya está la sopa: repuso el huésped.

—¿Podré comer en mesa redonda? le pregunté?

—Entre V. en el comedor.

Hasta este momento nada habia encontrado de estraño en la posada del Infierno. Un posadero regordete y encarnado como un madroño me habia recibido bastante bien, y un mayoral con gruesos zapatos de becerro, pantalon de paño de obanes, calesera guarnecida de pana y forrada de tupida bayeta carmesí, ceñidor de estambre, pañuelo terciado, puro en boca y calañé, inclinado á la oreja, se paseaba con ademan altivo, como diciendo: «aquí campeo por mi respeto y mi poder.» En vano pretendí descubrir en estos hombres cuernos, uñas, rabos y demas atributos diablescos; en caras, manos, pies y vestidos se parecian á todos los demas mayorales y posaderos que habia conocido hasta entonces, y lo que

© Biblioteca Nacional de España

mas llamó mi atencion fué que se esplicaban en un castizo castellano.

Con la venia del posadero entré en un ancho comedor; encontré en él la mesa puesta y á su alrededor quince personas; quedando un asiento vacío, en lo mas oscuro é incómodo, que yo me apresuré á ocupar.

En tanto que servian la sopa me propuse pasar revista á tan variada concurrencia. Queria guardar en ella algun órden, y así empecé por mi derecha, que era á la verdad buen comienzo. Y cómo no serlo una dama de treinta años, mostrando á lo mas veinte y cinco; de cabellos blondos, ojos azules, tez blanca, suave y sonrosada, boca pequeña, lábios rojos, nariz corrrecta, torneado cuello, breve mano, y que aunque sentada á la sazon, dejaba adivinar esbelto talle, alta y elegante estatura. Su nombre, tan dulce y poético como su delicado rostro, no se borrará de mi memoria; pero narremos los sucesos por órden cronológico, á fuer de discreto historiador.

Seguia á esta dama un hombre alto, robusto, blanco y sonrosado, que manifestaba en su semblante una simulada inquietud; juguetcaba con un cuchillo y parecia en algunos momentos estasiado á la vista de alguna imágen que le sonreia blandamente.

A la derecha de este caballero estaba sentada una señora de cincuenta años bien cumplidos,

© Biblioteca Nacional de España

cuyos restos de pasada hermosura difícilmente se descubrian á través de los hondos surcos que habia abierto la impasible mano del tiempo. Sin embargo, sus ojos brillaban, descubriendo una confusa mezcla de atrevimiento é hipocresía. A su lado, y en dulce plática con ella, estaba una jóven de veinte y seis á veinte y ocho años, alta delgada y vigorosa. Sus ojos negros destellaban, brillando en ellos la sensualidad y la osadía: una cabellera de ébano coronaba su morena frente, y en sus lábios frescos y delgados vagaba una sardónica sonrisa.

Seguian unas cuantas personas, que no llamaron mi atencion; y vine á fijarla en el hombre que estaba sentado á mi izquierda. Cincuenta años contaria apenas; era de mediana estatura, de ojos vivos y penetrantes, nariz aquileña, frente despejada, raros cabellos, modales finos y obsequiosos.

Este hombre separó su silla, para hacerme cómodo asiento, y me dijo con voz afable.

—Bien venido, señor D. Nazario.

—Servidor de V., respondí: sorprendido de oirme nombrar, y con el embarazo consiguiente á un hombre que se halla entre diablos, y que no sabe á quin responde.

—¿No me ha conocido V?

—Recuerdo perfectamente sus facciones, pero me confundo.....

© Biblioteca Nacional de España

—Es muy fácil. En dos años que falta V. de nuestra córte habrá visto tantas fisonomías que no estraño me confunda. Yo me llamo Bruno Gonzalez.

—Cabalmonte, le respondí, disimulando mi ignorancia.

—Era agente de policía secreta, cuando V. estaba en Dramalla (1) y ahora soy agente electoral.

—Muy bien ¿Y V., que debe estar bien enterado, me contará mil novedades?

—Han sucedido algunas cosas grandes, muy grandes; pero como V. conocerá no puedo contarlas aquí.

—Ya lo creo: es preciso ser en suma cáuto; particularmente en situaciones tan comprometidas.....

—Eso digo yo, la situacion es de las mas comprometidas.

—Ciertamente. Dispense V., voy á servir á esta señora.

Habian presentado la sopa, y como hombre que tenia á mi lado una hermosa, me apresuré á servirla el plato.

—Gracias, me dijo con voz dulce.

—Tengo, señora, respondí una singular complacencia en ofrecerla mis respetos.

(1) Córte del Infierno.

© Biblioteca Nacional de España

—Me parece V. muy amable.

—Es difícil no ser atento al lado de muger tan hermosa.

—No lleve V. su cortesía hasta un punto que se confunda con manifiesta adulacion.

—V. conocerá muy bien que es superior á todo elogio.

—No lo conozco.

Durante este diálogo, entrecortado por las cucharadas de sopa que menudeábamos; porque el hambre ponia de vez en cuando coto á nuestra mútua galantería, presentaron una pava asada: el agente de policía la trinchó con desembarazo, y en atencion á nuestro antiguo conocimiento tuvo cuidado de servirme un alon y un buen pedazo de pechuga: los demas viajeros se abalanzaron sobre la mutilada ave, y cuando quise servir á mi vecina, solo encontré el descarnado caparazon. Iba á lanzar un ¡ay! doliente, pero me acordé que mi plato tenia una abundantisima racion y lo presenté á mi vecina.

—¿Y V. qué tomará? me dijo.

—Allí veo un pedazo de vaca y comeré de él.

—Imposible. Me contento con el alon y devuelvo á V. la pechuga.

—No puedo permitirlo, señora: y lo recibiré como un desaire.

—Estoy muy lejos de querer hacérselo, y pa-

© Biblioteca Nacional de España

ra probarle mi docilidad dividiremos entre los dos alon y pechuga.

Condescendí, y en tanto que saboreaba con buen apetito el manjar, oí al caballero alto y robusto, que dirigiéndose á D. Bruno Gonzalez, decia con algun desentono:

—Caballero, V. no sabe lo que habla: el gobierno no debe ejercer ningun influjo en las elecciones, no señor; debe dejar al pueblo libertad para que nombre sus legítimos representantes, y no hacer uso de esos reprobados manejos que bastardean la representacion nacional.

—El gobierno, repuso D. Bruno, con la calma de un hombre acostumbrado á disfrazar sus pensamientos para sorprender el de los demas, no hace mal ni es digno de censura, cuando influyendo moralmente no emplea la fuerza ni el terror.

—¿Y no considera V. una violencia la coaccion moral?

—Me parece señor D. Tadeo Gomez que la coaccion moral solo influye sobre los espíritus débiles ó los hombres de muy tibia fé.

—¿Y han de ser todos los electores hombres con el valor del Cid Ruy Diaz, ó la fé de San Agustin?

—Mucho convendria.

—Mas es por desgracia imposible.

Y dirigiéndose D. Tadeo á todos los demas comensales añadió:

© Biblioteca Nacional de España

—Téngase entendido, señores, que no hablo por mí: mi eleccion está asegurada, y por mas que pese al gobierno, tronará mi voz en la tribuna, y ante el poder de mi palabra doblará humilde la cerviz. Pero siento que mis doctrinas, las únicas que pueden hacer la felicidad del pais, no tengan todos los defensores, que indudablemente tendrian sin la coaccion moral y material que he mencionado poco antes.

Acabó este período D. Tadeo dando una palmada en la mesa, que derramó el líquido de algunos vasos, y dirigiéndoseme añadió:

—¿No abunda V., señor D. Nazario Palma de Jura, en mis opiniones?

—Por ahora, repuse, despues de estrañar que supiera mi nombre y apellidos el diputado en ciernes; por ahora opino que será lo mejor trinchar esta suculenta tortilla: y acompañando la accion á la palabra, serví á mi hermosa y discreta vecina una octava parte, sin hacer cuenta que erámos diez y seis y que la daba racion doble.

—Estraño mucho, señor D. Nazario, repuso enojado D. Tadeo, que un hombae tan independiente como V., y dotado de un valor á prueba, vacile en emitir su opinion.

Por las palabras de D. Tadeo me persuado de que yo era un hombre independiente y de valor; pero no queriendo abusar ni usar de tan envidiables ventajas, le respondí en festivo tono:

© Biblioteca Nacional de España

—Estoy avasallado por el hambre que me ha quitado al mismo tiempo la independencia y el valor.

—Mi frívola respuesta mortificó un tanto al candidato, y no prosiguió discutiendo; Gonzalez me dijo al oido:

—Señor D. Nazario, se ha mostrado V. tan prudente como discreto, y el gobierno sabrá de mi boca que tiene en V. un amigo.

Nada respondí al buen D. Bruno, por no decir una necedad, y me dediqué á servir los postres á mi vecina.

La comida se estaba acabando; yo habia cobrado alguna aficion á mi adlatere y sentia mucho separarme sin manifestársela de todos modos. Introduje, pues, suavemente la punta de mi pié bajo el suyo, porque ponerlo encima me ha parecido siempre una salvajada: mi vecinita miró bajo la mesa, retiró su pié sin enojo, y clavando en mí una dulcísima mirada se sonrió deliciosamente. Animado por esta sonrisa, y notando que una mano de mi vecina estaba posando en su falda, me apoderé de ella, y la estreché antes que pudiera retirarla. Nueva sonrisa vagó en sus lábios, y me preguntó con su voz dulce.

—¿Vá V. á la córte?

—Sí señora: la respondí, aunque en verdad no lo sabia.

—Segun he oido decir á esos caballeros, es V. persona notable.

© Biblioteca Nacional de España

—Tengo, señora, algunos amigos.

—¿Y amigas?

—Desearia tener al menos una.

—Me parece cosa muy fácil. Hay tantas mujeres en el mundo.

—Es verdad que hay muchas mujeres, pero yo deseo la amistad de una sola.

—¿Y quién es?... ¡Ay! dispense V. mi imprudencia.

—Nada tengo que dispensar: V. sí dispensará mi atrevimiento, pues solo deseo que me cuente en el número de sus amigos.

—Ya está V. en él.

—Gracias, señora.

Siguió un momento de silencio, y despues añadí.

—¿Sabe V. adónde vá á parar?

—No señor.

—Desearia verla, inmediatamente despues de nuestra llegada á la córte.

—Si quiere V. darme las señas de su alojamiento tendré el gusto de remitirle las del mio.

—Escribí á un amigo, para que me lo tenga dispuesto, y aun no he recibido contestacion.

—Tendremos que esperar en ese caso que la casualidad nos reuna.

—Soy muy impaciente, señora, y me consumiria esperando.

© Biblioteca Nacional de España

—Se me ocurre un medio ingenioso.

—Hable V., señora, hable V.

—Nos escribiremos mútuamente, avisándonos nuestros respectivos alojamientos.

—¿Y cómo dirigirnos las cartas?

—Se ponen en lista.

—Es verdad.

—Señores, al coche: gritó el mayoral, y al mismo tiempo una muchacha de veinte años, que nos habia servido á la mesa, corrió la bandeja para que cada cual depositara en ella los doce reales, que tenia marcados la tarifa. Llegado mi turno, deposité dos napoleones; advirtiendo que iba pagado el escote de mi vecina, y que el resto eran los gajes de la criada.

Agradeció la dama mi obsequio, despues de haberse opuesto á él; la criada derramó la bandeja, por hacerme una profunda reverencia; la vieja me lanzó una mirada indagadora, y todos los viajeros se admiraron de mi notable esplendidez.

—Al coche, señores, al coche: gritó de nuevo el mayoral.

Los viajeros se levantaron, dí el brazo á mi hermosa vecina y nos dirigimos á la góndola.

—Ya sabe V. mi nombre, la dije, y creo que no olvidará su palabra: ¿tendrá V. la condescencia de decirme el suyo?

—Sofía Amaranto.

—¡Precioso nombre!

© Biblioteca Nacional de España

—?Le olvidará V.

—Jamás, señora: lo llevo escrito en lo mas profundo del alma.

Habiamos llegado á la góndola: Sofía ocupaba un asiento de la berlina: la ayudé á subir, y nos despedimos con un melancólico adios.

Apenas habia subido Sofía, llegaron las otras dos damas, que habia contemplado un punto en la mesa y que debian ir en compañía de la mujer que á mi pensamiento esclavizaba. Por cortesanía solamente, dí la mano á la vieja, que me saludó profundamente; y por cortesanía tambien la dí á la jóven, que tocándola apenas saltó con la agilidad de una ardilla, saludándome ligeramente; pero bañándome al mismo tiempo en una mirada magnética que estremeció todo mi ser.

Me separé de la berlina, y encontré en el estribo del coche á D. Bruno, que no habia querido tomar asiento sin despedirse y reiterarme mil muestras de consideracion. Don Tadeo me tendió la mano; la estreché en prueba de amistad; el mayoral sacudió el látigo y las mulas salieron al trote.

Por cada ventana de la berlina ví alternativamente una cabeza: la de Sofía, poética y dulce, se despedia de mí meciéndose: la de la dama de ojos negros estaba inmóvil y terriblemente poética; pero me lanzaba una ardiente mirada, que me estremeció de terror.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO III.

DOCE TARJETAS.

Cuando llegué á la silla de postas encontré al Diablo, muy entretenido con la pechuga de un capon y rodeado de algunos fiambres.

—Amigo, me dijo sonriendo, no ha tenido vd. la consideracion de enviarme ni un solo plato de su suntuosísimo banquete, y he tenido que proveerme de la mejor manera posible.

—Confieso, repuse, mi delito; y celebro en el alma encontrarle tan perfectamente ocupado.

—Así, así. ¿Y V. como lo ha pasado?

—Muy bien: he renovado amistad con hombres á quienes no habia visto en mi vida; y he sabido que soy independiente, brioso y prudente entre los mas cautos.

© Biblioteca Nacional de España

—Han tomado á vd. por mí, amigo.

—Asi lo creo.

—¿Sabe V. los nombres de las personas con quienes ha renovado amistad?

—Don Bruno Gonzalez se llama el uno, y don Tadeo Gomez el otro.

—Don Bruno es un agente de la policía secreta, que ha comido siempre á dos carrillos.

—¿Quiere V. esplicarse mas claro?

—Si señor. Don Bruno cobra del gobierno para espiar á los conspiradores, y de los conspiradores para avisarles las disposiciones del gobierno.

—Don Bruno Gonzalez, amigo mio, no es una novedad.

—¿Por qué?

—Porque conozco yo en España mas de un don Bruno.

—No lo estraño.

—¿Y qué noticias me da V. de don Tadeo Gomez?

—¿No sabe V. nada de tan importante personaje?

—Solo sé que es diputado en ciernes.

—Ya ira V. sabiendo lo demas.

El Diablo acabó su comida; mandó al postillon enganchar; crugió el látigo, y nuestros caballos partieron al punto al galope. A los tres cuartos de hora de correr encontramos la diligencia,

© Biblioteca Nacional de España

y con mucho sentimiento mio, diez minutos despues la habiamos perdido de vista.

Cuando pasamos á su costado, saqué la cabeza, y ví los ardientes ojos de la jóven que me miraban con su fatídica espresion; momentos despues descubrí la blanca mano de Sofía que me saludaba desde lejos.

—Con mucha aficion mira V. hácia la góndola: me dijo el Diablo.

—No puedo negarlo; respondí.

—¿Ha hecho V. algun nuevo conocimiento?

—He conocido dos mujeres; hermosas las dos, pero de contraria hermosura.

—Cnidado, amigo mio, cuidado con las mujeres del infierno.

Anocheció; segun mi costumbre me dormí, y continuamos el viaje sin novedad que de contar sea. A las diez de la mañana siguiente almorzamos en un humilde parador, y á las tres de la tarde pasó nuestra silla á las puertas de la gran ciudad de Dramalla, corte, como he dicho, del Infierno.

—Adelante, postillon, adelante; grité yo desde el interior.

—Señor, un poco de paciencia: me respondió un poco mohino; pues no está en mi mano arrear.

—¿Qué sucede? pregunté al Diablo.

—Ahora lo verá V., amigo mio.

© Biblioteca Nacional de España

Con efecto, ví que se abrió la portezuela de la silla, que subió al estribo un hombre, vestido con pantalon y levita militar de paño azul y un gorro galoneado de algodon blanco.

—Mayoral, dijo nuestro hombre, vaya vd. bajando los baules mientras yo registro estos cajones y estas bolsas.

Y despues de haber dado estas órdenes añadió:

—Muy buenas tardes, caballeros.

—Buenas tardes, contestó el Diablo: y sacando un napoleon del bolsillo lo puso en la mano del escrupuloso visitador.

—Cracias, mi amo: repuso nuestro hombre, y añadió despues. Mayoral, no baje V. ya los baules, que estos señores no tienen cara de querer meter contrabando.

Nos saludó mas cortesmente; cerró la portezuela; y el zagal aguijó de nuevo los caballos.

—¿Quién es ese hombre? pregunté al Diablo, en cuantó nos encontramos solos.

—Un dependiente del resguardo, que venia á registrarnos en cumplimiento de su deber; me respondió, pero que al ver los cinco francos ha quebrantado su consigna.

—Lo mismo sucede en España.

—Los españoles copian en todo á los franceses, y nosotros, como mas vecinos, copiamos á los españoles. Lo que viene á ser imitacion de imitacion.

© Biblioteca Nacional de España

Continuó rodando el carruaje; atravesamos una alameda, llevando á la derecha un jardin, rodeado de verjas de hierro; descubrimos despues un edificio de bella arquitectura, en el cual están los museos, segun el Diablo me indicó; pasamos por delante de una fuente bastante bella, y torciendo á la izquierda bajamos por una calle ancha y desigual, en la cual se ven varios palacios, que mas ó menos lo parecen. Torcimos otra vez á la izquierda y paró la silla de posta: nos encontrábamos á la puerta de la casa número 9 de la calle de las Terrazas.

—Puede V. bajar, amigo mio, me dijo el Diablo: ahí tiene V. su alojamiento.

—¿En donde?

—Número 9, cuarto principal.

—¿Y V. no se aloja conmigo?

—Ya sabe vd. que nuestra semejanza nos impedirá siempre estar juntos: en esa casa conocen á V. perfectamente y lo tratarán como á un amigo.

—Me conocerán; pero yo no conoceré á nadie supongo.

—Asi hará V. su aprendizaje en el interior de la familia.

—Déme V algunos pormenores.

—Le diré á V. sencillamente mi método de vida. Me levantaba siempre á las siete; escribia ó leia, segun me parecia mejor, hasta las doce:

© Biblioteca Nacional de España

á esta hora almorzaba; me vestia despues y salia. Unas veces volvia mas temprano otras mas tarde: me servian la comida á las seis; salia despues y venia á acostarme ó á escribir, segun tenia por conveniente. El último dia de cada mes daba á la huéspeda cuarenta duros y continuaba la misma vida.

—No son muy estensos los apuntes.

—Lo demas lo suple el ingenio.

—¿Quisiera saber el nombre de la huéspeda?

—Nada mas justo. Doña Tomasa Cortecia.

—Me doy por satisfecho.

—A las siete vendré de incógnito.

—Pues hasta las siete.

Bajé de la silla; el zagal bajó mi equipaje; entré en la casa; subí la escalera, llegué al primer piso y sacudí la campanilla. Abrieron la puerta al instante, y me encontré frente por frente con una mujer de cuarenta años, medianamente gruesa, no del todo mal parecida, y que esclamo al verme.

—Gracias á Dios, señor don Nazario, que tenemos el gusto de verle.

—Yo tambien me alegro, doña Tomasa, de ver á V. tan fresca y tan buena, que no pasa dia por V.

—Muchas gracias, señor don Nazario.

—¿Y la familia cómo está?

—Mi marido, señor don Nazario, cada dia peor.

© Biblioteca Nacional de España

—Es incurable.

—Jugador, mocero, y sin hacer caso de mí desde que vd. marchó; hoy precisamente cumplen dos años. No lo he visto mas que una vez, y esa me rompió algunos muebles, me golpeó y se llevó cuanto dinero encontró en la cómoda.

—¡Infame!

—Es muy malo, señor, muy malo. Mi pobre madre continúa impedida.

—Pobre señora.

—Es una santa, y se acuerda mucho de vd. Cuando llegó el dia de su santo, San Nicolás, como vd. sabe, me dijo. «Tomasa, si no estuviera ausente el señor don Nazario, me regalaria, como de costumbre, una libra de esquisito rapé y un gran papelon de viscochos. Pero vd. querrá entrar en su aposento y asearse.

—Vamos allá, que este pobre mozo está cargado.

Doña Tomasa abria la marcha, la seguia el zagal con mi cofre, saco de noche y sombrerera; y yo cubria la retaguardia, para ocultar mi topográfica ignorancia. Atravesamos un corredor; entramos en una salita elegantemente amueblada, con alfombra, butacas, chimenea, sofa, sillones, cuadros, espejo, reloj y cortinas de seda; y pasamos á un gabinete, verdadero estudio de abogado ó de literato con dinero.

Un gran estante de caoba, perfectamente acris-

© Biblioteca Nacional de España

talado y lleno de libros, cubria el testero enteramente: próximo al balcon, estaba un bufete con un pupitre de naranjo, y á su lado una pequeña escribanía de bronce perfectísimamente dorado; entre la puerta de la alcoba y la de la sala estaba puesta una cómoda de nogal, y sobre ella una lámpara de bronce dorado y dos candeleros de plata. Delante del bufete se encontraba un cómodo sillon de muelles y tornillo, con asiento de cerda negra; y el pavimento estaba alfombrado.

La alcoba, que comunicaba con el gabinete, era espaciosa; y su amueblaje se componia de una cama de acero colgada, una elegante mesa de noche, un confidente de dos asientos, y un armario. Dejó en ella el zagal mi cofre y demas utensilios; le dí un napoleon de propina, y quedé solo con doña Tomasa. Inmediatamente sacó esta una llavecita del bolsillo; abrió el pupitre, sacó de él una llave; abrió el armario; me pidió la llave del cofre, y despues de haberla recibido sacó mi ropa, y la fué colocando simétricamente, elogiando al paso mi buen gusto, por la preciosa coleccion de chalecos y corbatas que iba encontrando.

Llevada á cabo tan delicada operacion, me trajo en una cofaina de perdenal blanco agua tibia; me presentó un tarro de agua de colonia, y me dejó solo; porque el pudor no la permitia estar presente á mi tocado.

© Biblioteca Nacional de España

Laveme, como hombre curioso, y aunque no sabia adonde ir ni lo que podria sucederme, me vestí con bastante esmero y en completo traje de sociedad. Despues de vestido, sacudí el cordon de la campanilla, y se presentó doña Tomasa. Acababan de dar las seis.

—¿V. querrá ya la comida? me preguntó.

—Efectivamente, tengo hambre; repuse.

—¿V. comerá en la sala segun costumbre?

—Sí señora.

—Voy a que sirvan la comida.

Salió de nuevo mi atenta huéspeda, y apenas me concedió tiempo para reflexionar que no me conducia desairadamente con una existencia prestada, cuando me anunció que ya me esperaba la sopa.

Encontré una mesa limpia y elegante, y me sirvieron una comida tan abundante como delicada: á los postres me dijo la huéspeda, que no me habia dejado un momento:

—¿Ha encontrado vd. algun deterioro en los muebles?

—No los he mirado siquiera, pero estoy seguro que no le hay. ¿Por qué me hace vd. esa pregunta?

—Debo hacerla, señor don Nazario. V. ha comprado estos muebles: V. al marcharse me pagó por tres años el alquiler de esta habitacion, y durante los dos de su ausencia, no ha de-

© Biblioteca Nacional de España

bido nadie habitarla, lo que ha sucedido exactamente.

—Tengo en V. mucha confianza, para dudar un solo instante que pueda faltar á la mia.

—Muchas gracias, señor don Nazario.

Tres cuartos de hora habia durado mi comida, y el Diablo no podia tardar mucho: mandé que quitáran la mesa y me quedé solo, reflexionando los favores que habia recibido ya del mal espíritu y los compromisos en que me pondria muy en breve.

—Preguntan por V., señor: me dijo un criadillo de diez y seis á diez y siete años, que me habia servido á la mesa.

—¿Ha dicho su nombre?

—No señor; y viene embozado hasta los ojos.

—Dile que entre.

—¿Le pregunto quién es?

—No.

Salió el muchacho, y pocos momentos despues entró el Diablo, cerró la puerta, me tendió la mano amistosamente, y juntos nos sentamos en el sofá.

—¿Cómo tratan á V., amigo mio? me preguntó el Diablo.

—Muy bien, le respondí sinceramente.

—¿Y qué tal se maneja V. en su difícil posicion?

—Con un talento que yo no me reconocia, y

© Biblioteca Nacional de España

mintiendo con un descaro que estaba lejos de sospechar.

—Le doy á V. mil parabienes.

—Antes de que hablemos de otra cosa, permítame V. que le haga una observacion.

—Puede V. hacerla.

—¿V. ha comprado estos muebles?

—Si señor.

—¿V. tiene adelanlado un año de alquiler de casa?.

—Es cierto.

—Yo no debo abusar del favor de V...

—Amigo mio, para que saque vd. de su viaje todo el fruto posible, es indispensable que represente mi papel; y para representarlo al vivo es preciso que viva en mi casa.

—Es muy cierto: pero...

—Ruego á V. que no prosigamos tan enfadosa conversacion: estoy de priesa y debemos aprovechar el tiempo.

—Ya escucho.

—Como V. puede calcular; me es imposible presentarlo en ninguna parte sin descubrir nuestro secreto, y sin causarle grave perjuicio; por lo tanto vd. mismo se presentará.

—Correré graves compromisos.

—Acaba V. de confesarme que no está desprovisto de ingenio.

—Es verdad.

© Biblioteca Nacional de España

—Tome V., pues, este paquete: cuando yo esté lejos rompa el nema, lea su contenido y confie en su buena estrella.

—Asi lo haré.

El Diablo me entregó un paquete cuadrilongo, se levantó, me tendió la mano, y salió sin decirme una sola palabra. Dí varias vueltas al paquete, deseando saciar mi curiosidad y aviván-dola al mismo tiempo, y así que crei al Diablo lejos, rompí el nema y me encontré doce tarjetas litografiadas, con nombres distintos; al pie de las cuales habia escrito el Diablo algunas señas. Voy á ponerlas segun el órden con que las leí.

Primera. *Don Mariano Sanchez*, banquero. Calle de Mirasoles, núm. 39, cuarto principal. Se almuerza con él á las doce.

Segunda. *Perico Travieso*, baratero. Calle de la Camorra, número 16, taberna. Se emborracha de siete á nueve de la noche.

Tercera. *Don Buenaventura Perez Crespo*, ministro de la Gobernacion. Se le ve en su secretaría entre una y dos de la madrugada.

Cuarta. *Francisco Silencio*, alquilador de coches. Calle del Socorro, número 4. Se le ve á toda hora.

Quinta. *La Condesa de Jentosca*, sociedad de tono. Calle del Mal-Paso, número 10, cuarto segundo. Se puede ir despues de las once de la noche.

© Biblioteca Nacional de España

Sesta. *La Tunasiga*, zurcidora de voluntades. Calle del Desliz, número 6, cuarto principal. Admite visitas á toda hora.

Sétima. *Don Fulgencio Soto*, ex-ministro. Calle del Tejemaneje, número 47. cuarto principal. Puede verse de nueve á doce de la noche.

Octava. *Paca Confianzas*, lavandera. Calle del Rio, número 50, cuarto bajo. Puede verse entre seis y siete de la noche.

Novena. *La marquesa del Buen Gusto*, palaciega. Calle de la Eschucha, número 7, cuarto principal. Puede verse á la hora de su tocador.

Décima. *Mr. Botonazo*, maestro de esgrima. Cuesta de los Duelos, número 5, cuarto bajo. Se ve á todas horas.

Undécima. *Don Lausdeo Chupa*, usurero. Bajada del Hospicio, número 1, cuarto bohardilla. Sale muy poco.

Duodécima. *Café de la Disputa.*

Habia leido las doce tarjetas con una profunda atencion, y despues de haberlas leido conocí que me era preciso anudar aquellas rotas relaciones. Mi principal duda era entonces sabes por donde empezaria, y queriendo dejarlo á la suerte, las barajé y saqué de ellas una que decia... Mas adelante lo veremos.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO IV.

PAPEL DE PRIMER GALAN.

Desde mi entrada en el Infierno habia ido creciendo punto por punto mi estrañeza y admiracion. Virjilio, el Dante y nuestro Quevedo habian pintado aquella mansion con los mas lúgubres colores, y las imágenes y los lienzos habian fascinado mis ojos como la lectura mi espíritu. Esperaba ver á cada paso hornillos, calderas y toda clase de instrumentos, para martirizar á las almas: temia encontrarme con Caronte; despertar la furia del indomable Cancerbero, ó aparecer ante el tribunal de Rhadamanto. No temia menos escuchar les tristes lamentos de los infelices condenados, las fatídicas carcajadas de sus implacables verdugos, ó ver las asquerosas faces de sacrificadores y víctimas.

© Biblioteca Nacional de España

Con arreglo á tales ideas no creia encontrar edificios, todo debia ser un profundo antro, en cuyas oscuras cavidades tendrian lugar lúgubres escenas de remordimiento y dolor.

Mis temores eran infundados, mis imaginaciones sueños: hasta entonces nada habia visto que justificára unos ni otras. Campos mas ó menos bien cultivados habia encontrado por do quiera; paradores mas ó menos provistos; mugeres mas ó menos hermosas; edificios mas ó menos suntuosos; hombres mas ó menos comunicativos, y jardines mas ó menos pintorescos habia en todas partes hallado.

¿Los palacios, campos y jardines serán, por ventura, mentidos cuadros que una linterna mágica presenta? ¿Hombres y mugeres padecerán bajo sus brillantes vestidos, como Alcides bajo la túnica del Centauro? Pasado algun tiempo quizá podré resolver esta cuestion.

Habia guardado las once tarjetas en mi pupitre, y daba vueltas á la que me habia cabido en suerte.

—Don Fulgencio Soto, ex-ministro: repetia yo considerándola. Estaré destinado á la trajedia, pues empiezo mis relaciones con personas de alto coturno.

A las nueve podia ir á su casa, segun la advertencia del Diablo, y solo faltaban cinco minutos. Vacilé, temiendo los azares de una posicion

© Biblioteca Nacional de España

tan anómala; mas considerando que por alguna parte debia empezar, y que habiéndome puesto en manos de la suerte, debia dejarme conducir; tomé el sombrero y unos guantes, y sin mas largas meditaciones ni reparar en inconvenientes, me encontré en la puerta de mi alojamiento.

Me habia dado el Diablo las señas de la casa del ex-ministro, pero yo, que no conocia absolutamente la topografía de la ciudad, necesitaba agenos auxilios si habia de lograr ir á ella: este inconveniente me desanimó un solo instante; y acordándome del adagio: *Quien tiene lengua á Roma va*: me hice cargo que si con lengua se va á Roma, teniéndola yo muy espedita bien podria ir á la calle del Tejemaneje.

Completamente reanimado, paré al primero que pasó y le pregunté:

—¿Caballero, tiene V. la bondad de decirme en donda está la calle del Tejemaneje?

—Con mucho gusto: me respondió:

—Se lo agradeceré en el alma.

—Sigue V. esta calle; encontrará esa plazuela que se ve ahí junto, la atraviesa: entra V. por aquella en forma de vocina, la sube toda: en su término encontrará cuatro calles: una á la derecha, dos de frente, y otra á la izquierda; esta última es la calle del Tejemaneje.

Dí las gracias al caballero, y siguiendo sus

© Biblioteca Nacional de España

instrucciones llegué sin ningun contratiempo á la casa del ex-ministro. Subí con la misma intrepidez que el duque de Borbon al asalto de Roma, y teniendo mejor fortuna, no perecí gloriosamente en el último peldaño de la escala, é hice sonar con mano firme la campanilla de la habitacion del ex-ministro.

Un lacayo me abrió la puerta:

—¿Está en casa el señor don Fulgencio Soto? le pregunté:

—Si señor, repuso: Puede pasar V. S. adelante.

Cruzé un pasillo; una antesala, medianamente puesta, y entré en un salon, ni deslumbrante por su lujo ni despreciable por su humildad. Ardia una buena chimenea y sobre su mármol una lámpara: una sola persona estaba sentada á su calor, y como se hallaba de espaldas, pude aproximarme con cautela y tuve lugar de examinarla antes que reparára en mí. Esta persona era un anciano de sesenta años bien cumplidos. Abundantes cabellos blancos coronaban su despejada frente; pobladas cejas sombreaban sus ojos vivos y radiantes, era su nariz aguileña, pálidos sus lábios y delgados. Su ángulo facial era semejante al del águila, señal segura de poderosa inteligencia; su estatura mas que mediana, y grueso, sin tener nada de doforme. Parecia ligeramente asoporado, y vacilé algunos minutos antes de turbar su sopor.

© Biblioteca Nacional de España

—Muy buenas noches, señor don Fulgencio: le dije por fin.

—Hola Palmita: respondió, despues de haberse estremecido, como quien despierta de un ensueño, y levantándose con sumo trabajo.

—No se incomode V.

—Yo le hacia todavía viajando.

—He llegado esta misma tarde.

—Le agradezco á V. doblemente esta inesperada visita. ¿Qué tenemos de novedades?

—No sé absolutamente nada. He llegado esta tarde, como he dicho, y he creido un sagrado deber hacerle mi primera visita. V. podrá darme pormenores preciosos, y para mí muy necesarios despues de una ausencia tan larga.

—¿Qué quiere V. que yo le diga? hace tiempo que estoy predicando dia y noche, en mi casa, en las comisiones y en la tribuna: he puesto mi dedo cien veces sobre la llaga del Estado: he señalado los remedios: pero los hombres que debian cerrarla desechan mis consejos, rechazan mis leales servicios, y prefieren la muerte del enfermo á que otro médico lo sane.

—Que obstinacion.

—¡Horrible, inaudita! Bien hizo V., amigo mio, en ausentarse de este malhadado pais. Todo se ha puesto en accion, todo. Viles intrigas, reprobados manejos, la difamacion, la calumnia. Hombres leales, entendidos y probos empuña-

© Biblioteca Nacional de España

ron con fé las ásperas riendas del estado, y antes que pudieran tantearlas cayeron de sus manos á impulsos de una miserable traicion. Mis compañeros y yo bajamos de las sillas ministeriales: las mejoras que pensábamos plantear se agostaron en flor, como las dulces esperanzas de todos los buenos patricios.

El ex-ministro se interrumpió, y yo reflexioné al instante que el mejor medio de continuar mereciendo su buena gracia seria improvisar un discurso, verdadero reflejo del suyo, ardiente, pomposo y con la dósis necesaria de cortesana adulacion.

No he sido nunca diputado, no he pertenecido jamás á sociedades ni academias, no he subido siquiera á estrados; pero me juzgaba con fuerzas para improvisar un discurso, é inmediatamente empecé:

—Ausente, señor don Fulgencio, de la corte, no he podido seguir paso á paso esas maquiavélicas intrigas, ni conocer á fondo los motivos que han dado lugar á formarlas: sin embargo, mi correspondencia y la de otros muchos amigos me hacian descubrir un horizonte cargado de nubes que presagiaban la tormenta. Cuando supe, señor don Fulgencio, que V. y sus dignísimos compañeros habian entrado á componer un gabinete, se dilató mi corazon, y esperé para nuestra patria una nueva era de ventura; pero al sa-

© Biblioteca Nacional de España

ber su imprevista caida se hundieron tambien mis esperanzas; viendo perdidas las ventajas que necesariamente debian proporcionar su amor al trabajo y sus especiales talentos.

Así terminé mi discurso, mereciendo la aprobacion del ex-ministro, que animado por mis palabras repuso:

—Nos han sucedido los hombres mas imbéciles del pais, y al mismo tiempo los mas osados y orgullosos. Sin carácter, sin habilidad y sin decoro han complicado la situacion de una manera lastimosa; han cometido desaciertos, que solo pueden cometer ministros que ignoran hasta los primeros rudimentos del difícil arte de gobernar. Involucrada la administracion y conculcados sus principios: desarreglada nuestra hacienda; sin concierto nuestra diplomácia; mal administrada la justicia; sin verdadera disciplina el ejército ¿qué podemos esperar de este caos? La bancarrota y la anarquía.

—La situacion es deplorable.

—No la siento por mí; soy anciano y muy pronto bajaré á la tumba: la siento porque el amor patrio arde en mi seno todavía: porque con una reina niña, bondadosa y dispuesta al bien podia labrarse la felicidad de los pueblos y labraremos su desgracia.

Cáspita, dije para mí: tenemos una reina niña. ¿Qué se han hecho Pluton, Minos y Rada-

© Biblioteca Nacional de España

manto? ¿Habrá acabado por ventura el imperio de estos tres jueces y estará reinando Proserpina? Tres mugeres jóvenes y bellas reinan en Europa á la par ¿el imperio de las mugeres se habrá estendido hasta el infierno? Si aquí todas son tan hermosas como Sofia y la jóven de los ojos negros, es imposible no somcterse al imperio de la muger.

El ex-ministro notó mi silencio y me pregnntó:

—¿Piensa V. ejercer de nuevo el magisterio de la prensa?

—Dudo: respondí con inalterable sangre fria.

—Aconsejo á V., amigo mio, que se presente en la palestra.

—Es cosa que debo meditar.

Siguióse un momento de silencio: quedó pensativo el ex-ministro: pero sacudiendo su sopor me dijo de nuevo.

—¿Qué piensa V. hacer ahora?

—Nada, repuse; porque no sabia qué decir: y queriendo variar la conversacion añadió. ¿Qué piensa V. particularmente de don Buenaventura Perez Crespo?

—¿Del ministro de la Gobernacion?

—Del mismo.

—Que es el hombre menos aplicado y mas ignorante posible.

—¿Pero?...

© Biblioteca Nacional de España

No pude continuar mi pregunta, porque entró un jóven de veinte y dos años escasos, muy cortés y de buena figura, pero de modales poco sueltos. Saludó espresivamente al ex-ministro y despues me inclinó la cabeza. Don Fulgencio contestó á su saludo, y añadió, dirigiéndome la palabra:

—Presento á V. este caballerito, que se llama don Enrique Flores, y es hijo de un amigo mio.

Y dirigiéndose al jóven añadió:

—Este caballero es el entendido publicista y literato, don Nazário Palma de Jura.

—Aunque no tenia el honor de conocerle personalmente, repuso el jóven, conozco mucho sus escritos.

Yo no os conocia en verdad; mas supuesto que el jóven estaba al corriente de mis obras, debia yo ser, sin la menor duda, un aventajado escritor. Ofrecí á Flores mi amistad y casa, como en tales casos se acostumbra, y pasados los cumplimientos discutimos sobre varias materias; el ex-ministro con profundo conocimiento y admirable facilidad, y yo como un hombre que no sabe sobre qué terreno está pisando.

Esta discusion, bastante amena y de puro entretenimiento, fué interrumpida por la llegada de la esposa del ex-ministro y de otras varias señoritas, entre las cuales distinguí á la viajera de ojos negros. Me levanté al verlas llegar, pro-

© Biblioteca Nacional de España

curando adivinar á qué grado de intimidad me hallaba con aquellas señoras.

—Muy bien venido, señor de Palma, me dijo con bondad la esposa del ex-ministro; señora de finos modales y cincuenta y cinco años de edad. ¿Ha venido V. bueno?

—Muy bueno; ¿y V. como está?

—Medianamente. Ha hecho V. un viaje bastante largo y mucha falta en nuestra tertulia.

Estas palabras de mi señora doña Margarita, que así se llama, me hicieron creer que me hallaba en íntima amistad con todas aquellas señoritas; confirmándome en esta idea los afectuosísimos cumplidos que me dirijieron á su vez y que yo pagué con usura; valiéndome siempre de sabidos lugares comunes, para no aventurarme mucho ni quedar demasiado corto.

Lentamente fueron entrando algunos personajes graves, y todos ellos me saludaban con lisonjera cordialidad: correspondia del mismo modo, teniendo siempre la fortuna de poder nombrarlos: porque el ex-ministro tenia la, para mí deliciosa costumbre, de volverles el respetuoso saludo, dándoles sus nombres y muchas veces sus títulos de distincion. Por este medio supe que eran generales, ex-ministros, ex-consejeros ó consejeros, senadores y otras personas de cuenta. Tambien entraron varios jóvenes, escritores públicos, poetas y alguno que otro preten-

© Biblioteca Nacional de España

diente. Los mas de ellos me saludaron, hablándome algunos de tú, y yo procuré corresponderles con el mismo amable agasajo.

Se arreglaron mesas de tresillo; las señoritas y los jóvenes formaron un grupo algo distante de la chimenea, y quedamos al rededor de esta don Fulgencio, algunos de los respetables personajes y yo; que escuchaba con avidez noticias de tramas palaciegas, rumores de crisis, probabilidades de triunfo en las próximas elecciones y otras nuevas para mí importantes y de absoluta necesidad.

Entregado estaba á los negocios con todas las potencias de mi alma, cuando una voz dulce y arjentina, salida del grupo de los jóvenes, pronunció mi apellido: el ex-ministro se sonrió, interrumpiendo su discurso, y me dijo con su natural galantería.

—La juventud y la hermosura nos disputan la posesion de V.

—Me parece justo acudir á tan lisonjero mandato: repuse.

—Fuera una tiranía oponernos.

Dejé mi asiento, que ocupó al punto un oficial de secretaría; y me acerqué al festivo grupo que me hacia el honor de llamarme.

A cada paso que adelantaba se doblaban un tanto mis rodillas, considerando que iba á confundirme con una porcion de personas, que me

© Biblioteca Nacional de España

creerian muy bien enterado en pormenores pertenecientes á la historia de la reunion; pormenores, que enteramente desconocia, no sabiendo siquiera los nombres de algunas de las señoritas, ni mucho menos las relaciones que entre ellas mediaban, ni aun los que conmigo, conjunta persona del Diablo, podian haber tenido, ó lo que era mas grave, tener.

—Aquí tiene V. silla: me dijo la jóven y discreta Adelaida, hija del señor don Fulgencio; señalándome una á su lado y próxima á la viajera de ojos negros y centelleantes, á quien dieron el nombre de María.

—Doy á V. las gracias, contesté, por tan repetidos favores, que agradezco con toda mi alma.

—El señor de Flores nos ha puesto un intrincado logogrifo, que no sabemos descifrar, y es preciso que V. lo haga.

—Adelaida, me pone V. en un muy grave compromiso. ¿Si Vds. con tanto talento y acostumbradas á estos juegos de imaginacion, no logran descifrarlo, que haré yo careciendo del uno y teniendo en calma la otra?

—V. adivinaba al momento los mas intrincados logogrifos: me dijo la jóven María.

—Pero han transcurrido dos años.

—Y en dos años todo se olvida: me respondió con sequedad.

© Biblioteca Nacional de España

—Diga V., Flores, el logogrifo: interrumpió Adelaida.

Flores se ruborizó lijeramente, al fin mozo de pocos años, y con voz balbuciente dijo:

Quien siente tercia y primera
Y lo que siente no inspira,
Con segunda y prima espera
Triunfar, y canta ó delira.
Por el todo á tu belleza
Mi alma ardiente amor conjura:
Es claro sol de pureza,
Y sol tambien de hermosura.

—Vamos á ver si V. lo acierta, repuso Adelaida; pues de lo contrario sostendré que no se guardan en él las reglas.

—¿Es posible que V. no lo acierte? pregunté á Adelaida.

—Amigo mio, confieso paladinamente mi torpeza.

—¿Tampoco lo acierta V., María?

—Tampoco: repuso friamente.

—¿Vds. tampoco, señoritas?

—Tampoco: respondieron todas.

—Este logogrifo debia haberlo acertado al momento....

—¿Quién? preguntó Adelaida.

—María.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Por qué, Palma?

—Porque es su nombre.

—Tiene V. razon: repuso Flores.

Recibí varios parabienes por mi destreza; y, averiguada la palabra, era preciso proceder al análisis del logogrifo: con asentimiento general se me comisionó para hacerlo, y queriendo pasar por agudo rayé sin duda en imprudente.

—Ya sabemos, dije, que el todo es María, nombre de esta encantadora señorita. Siente tercera y prima, Flores, ó lo que tiene lo mismo *ama*. No pudiendo inspirar su amor, recurre á segunda y primera, y *rima*, como lo vemos en el logogrifo; esperando triunfar con sus cantares y delirios. Vuelto sin duda á la razon, y acordándose de que es buen cristiano, se afinoja ante la hermosa dama, y por el todo la vírgen *María*, conjura amor; encomiando como es natural la pureza y sin par hermosura de la señora de sus amantes pensamientos. Unamos, pues, nuestras plegárias á las del entendido vate, por si logramos ablandar el emperdernido corazon de la señora que no siente.

Aplaudieron todos mi discurso y el ex-ministro preguntó:

—¿Qué es eso, Adelaida?

—Acaba Palma de acertar un logogrifo, respondió, que no habia podido nadie descifrar, y lo ha analizado de una manera sorprendente.

© Biblioteca Nacional de España

—Ya saben Vds. que Palma en vez de acertar, adivina.

Mi triunfo era grande, pero no debia ser completo: se inclinó María hácia mí, me dijo con voz breve y desgarradora:

—Es V. siempre el mismo hombre.

Continuó por algunos momentos la conversacion animada, y queriendo no menguar el efecto que acababa de producir, me despedí inmediatamente; muy satisfecho del ex-ministro y de su amable sociedad.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO V.

POR NO PREGUNTAR EL NOMBRE.

Hermosa Sofia: acabo de llegar y, en cumplimiento de mi palabra, tomo la pluma para decirla que estoy alojado en la calle de las Terrazas, número 9, cuarto principal. En él espera recibir sus órdenes su apasionado servidor, q. b. s. p.

Nazario Palma de Jura.

En estos términos escribia yo, á las doce de la mañana del dia siguiente al de mi llegada, despues del almuerzo: cerré la carta con lácre verde, puse el sobre y la dí á un criado para que la echara en el buzon. Esta carta iba dirigida á Sofia Amaranto; y en ella empezaba mintiendo,

© Biblioteca Nacional de España

como todo amante cuando se dirige á su amada.

Terminado el corto billete, tomé uno de los varios periódicos que acababa de entrarme el criado, y en su última plana leí:

«Ayer tarde llegó á esta córta don Nazario Pal»ma de Jura, distinguido publicista. Todos sus »numerosos amigos se felicitan de su vuelta.»

Así se esplicaba El Rey de Armas, diario ministerial, segun deduje de sus artículos de fondo. Recorrí en seguida El Infernal, periódico de la oposicion; y á renglon seguido de la parte oficial leí:

«Ayer tarde llegó á esta córte el distinguido »publicista y nuestro antiguo colaborador, don »Nazario Palma de Jura. Hemos tenido el gusto »de hablarle, y casi podemos asegurar que to»mará parte en la redaccion de este diario.»

Esto vá picando en historia, murmuré: no se contentan con decir una porcion de falsedades, sino que llevan la imprudencia hasta el estremo de asegurar que han hablado conmigo, y que tomaré parte en la redacion de su periódico. Pero se calmó mi indignacion reflexionando, que mi homónimo podria haber hecho cuanto los periódicos decian.

Leí otros diarios, y en la mayor parte ví mi nombre, pero tuve el gusto de leerlo sin circunstancias agravantes y con inmerecidos elogios.

Por la polémica de los diarios conocí, que la

© Biblioteca Nacional de España

situacion, como me hacia dicho don Bruno, estaba complicada: supe que yo habia sido periodista, y me puse un tanto al corriente de asuntos que mucho me importaba saber. A la una y media seguia leyendo, pero me interrumpió la llegada de mi amable huéspeda, que me dijo con gran misterio:

—Una señora pregunta por V.

Recordaba aun que dos horas antes habia escrito á Sofia, y me persuadí que una feliz casualidad habia puesto mi carta en sus manos, y que se apresuraba á visitarme, tan enamorada como yo.

—Que pase adelante: respondí.

Salió la huéspeda y yo en pos de ella, para recibir en la sala con mas comodidad y decencia á la hermosa viajera, que tan fácilmente habia subyugado mi espíritu. Aceleramente salí; mas no tan pronto, que no se presentara al mismo tiempo, por la puerta de comunicacion esterior, la dama que me acababan de anunciar.

Vestia un traje de gró de Nápoles tornasolado, un gran pañolon de cachemira, y un velo, que cubria su rostro, y que mis ojos deseaban en vano penetrar. A primera vista conocí que la misteriosa tapada no era Sofia; pues esta era de elevada estatura, y aquella apenas llegaba á mediana. Sin embargo, sus movimientos estaban llenos de dignidad, y su pequeña mano, calzada con estrecho guante amarillo, manifestaba á gran

© Biblioteca Nacional de España

distancia que no se habia empleado un solo dia en penosas ó rudas tareas.

Cerró la puerta despues de entrar y muellemente se sentó en el sofá, sin esperar á que la invitase. No sabiendo á quién recibia, quedé confuso y admirado, hasta punto de no sentarme ni pronunciar una palabra.

—¿No me ha conocido V. aun? me dijo la dama con voz breve.

—Juro á V. señora, murmuré, que á través de su tupido velo jamás lograré distinguir sus encantadoras facciones.

—¿Y á través de mi tupido velo, como sabe V, que mis facciones son encantadoras.

—Presumo.....

—¿Presume V. que una muger tapada debe ocultar un rostro hermoso?

—Creo....

—¿Cree vd. que el amor solamente puede obligar á una muger á presentarse de este modo, y que la muger que tal hace debe llevar el perdon de su falta en el brillo de su hermosura?

—Señora....

—Yo no deberia descubrirme, despues de lo que acabo de oir; pero quiero que juzgue vd. si he perdido mucho en el transcurso de dos años.

La dama se levantó el velo, con un ademan tan altivo que me hizo retroceder algunos pasos, y ví uno de aquellos rostros inesplicables, cuya

© Biblioteca Nacional de España

seduccion se percibe, cuyos encantos es imposible definir.

¿Qué edad tiene esta dama? La ignoro. Bien puede tener treinta años, treinta y cinco, quizás cuarenta. ¿Es una de aquellas mugeres cuya vejez anticipada manifiesta el frecuente abuso de una esquisita sensibilidad? ¿Es, por ventura, una de aquellas cuyo cuerpo jamás envejece, porque el alma insensible y fria dormita en contínuo sopor? No sé responderme. Sus ojos negros, rasgados y espresivos, están rodeados de un ligero círculo azul: su frente ha perdido una parte de su trasparente tersura: no tienen sus lábios la frescura de la rosa de los jardines ni de las amapolas silvestres: pero en cambio su nariz conserva una correccion admirable; cubre sus megillas un delicioso sonrosado; flotan sus cabellos de azabache en perfumados y sedosos rizos, y el esmalte de su dentadura brilla como la concha de la perla al abrir su seno virginal.

Largo tiempo nos contemplamos, como dos tiradores de esgrima que procuran mútuamente fascinarse antes de mover los aceros; ella con la intrépida arrogancia de una muger fiera y ofendida, yo con la humillante inquietud de un hombre que desconoce el adversario con quien debe trabar la lid.

Mi turbacion era á sus ojos claro indicio de un negro crímen; leia en lo incierto de mis mi-

© Biblioteca Nacional de España

radas y en la palidez de mi rostro cien y cien mudas declaraciones de una culpa tan imaginaria como mi inocencia efectiva; y creia firmemente que mi delito era la causa de tan dolorosa humillacion.

Pasados algunos minutos, sus músculos se contrageron, vagó en sus lábios una sonrisa fria é histérica, y me preguntó con tono breve:

—¿Me ha conocido V. ya, Nazario?

—Señora..... tartamudeé.

—No huya V. de mí, replicó: este sofá tiene mas de un asiento y puede vd. sentarse á mi lado.

Obedecí maquinalmente; la dama, en un movimiento de impaciencia, colocó su pié sobre una banqueta de damasco; y pude notar la perfeccion de aquel pié encerrado en una hotita tan pequeña, que hubiera podido servir para una niña de diez años.

Yo soy hombre muy estremado y me pierdo por los estremos: un pié y una mano diminutas no constituyen una hermosura, pero son á ella lo que á los cabellos una flor y á la flor unas hojas verdes. Dirigia sin querer mis miradas de la mano al pié, del pié á la mano, y maldecia mil y mil veces mi impremeditado viaje.

—¿Está V. mudo, amigo mio? preguntó la dama con sarcasmo.

Mi desesperada situacion iba agriándome po-

© Biblioteca Nacional de España

co y deseaba ya salir de ella, costárame lo que me costara: sin embargo, miré el lindo pié y contesté con un suspiro.

Mi pantomima, aunque en estremo sentimental, no debió agradar á la dama; pues me dijo con tono brusco:

—A las doce he leido en el REY DE ARMAS que habia vd. llegado á esta corte: á la una y media he venido á verle; juzgue si tendré necesidad de recibir esplicaciones.

Yo no sé si la situacion era muy embrollada de suyo, ó si perturbada mi inteligencia encontraba profundos misterios en lo que en otro menos obcecado hubiera hallado claridad: pero lo que sí puedo decir es, que á cada pregunta mas me perdia en tan intrincado laberinto.

¡Qué limitada es la inteligencia del hombre! Yo, que con tan singular destreza y aplomo tan poco comun habia conseguido el dia anterior saber la historia de mi ceremoniosa huéspeda: yo, que impávido habia recorrido con el inteligente ex-ministro la áspera senda de la política sin tropezar una sola vez: yo, que habia hablado de la literatura infernal, como hubiera podido hacerlo de la de mi propio pais, sin que me cogieran en un renuncio: yo, que habia tendido mi diestra á veinte hombres desconocidos, con admirable sangre fria y sin equivocar los nombres: yo que habia acertado un logogrifo inesplicable para los

© Biblioteca Nacional de España

demas; yo, que habia turbado, sin saber cómo, la tranquilidad de una muger y merecido tantos aplausos, iba á perder por pura torpeza la posesion de un pié tan lindo y de una mano, que la misma Venus de Médicis pudiera con razon envidiar.

Todas estas consideraciones se agolparon á mi cerebro, y ofuscado con todas ellas respondí en tono destemplado:

—Señora, puede V. empezar á esplicarse, cuando lo tenga por conveniente.

—¿Qué dice vd?

—Digo, señora, que para no perder el tiempo puede V. empezar á esplicarse, cuando lo tenga por conveniente.

—¿Está V. loco?

—No señora.

—Esas palabras....

—Indican un medio de que lleguemos pronto al fin.

—¿Y V. me dice?....

—Sí, señora.

—No puedo creer....

—Hará V. mal.

—¿Esas réplicas?....

—Son naturales...

—¿Esa conducta?

—Está fundada en muy poderosas razones.

—Esplíquese V., caballero.

© Biblioteca Nacional de España

—Creo mas oportuno el callar.

—¿Por qué motivos?

—Los motivos V. los sabe.

—¿Yo sé los motivos?

—Sí, señora.

—Esto es horrible, caballero: vd. abusa infamemente de su posicion: vd. no respeta á una señora: vd. se degrada degradándome.

Durante el anterior diálogo habia ido perdiendo la dama su espresion altiva ó sarcástica, y al pronunciar las últimas palabras parecia triste y confundida. Yo ví sus ojos humedecidos, miré su mano, su pié tentador, me enternecí y tuve que hacer un esfuerzo para no postrarme á sus pies. ¿Pero cómo podria consolarla? Declararla el misterio de mi posicion hubiera sido una imperdonable ligereza; y ademas hubiera creido mi declaracion una mentira, y, lo que era peor, un insulto. Aparté los ojos del pié y repuse con voz mas afable:

—Señora, hay secretos que matan pero que no pueden decirse; el mio pertenece á este número y no añadiré una pelabra.

La dama me miró admirada, y leyó sin duda en mi semblante, si no la verdad de mis palabras la sinceridad de mi angustia, pues me respondió con voz dulce:

—Nazario, despues de dos años de separacion es muy triste encontrarse de esta manera.

© Biblioteca Nacional de España

—Ha dicho V. bien, es muy triste.

—Una palabra sobre lo pasado; una palabra que me haga poner siquiera en duda la mas palpable realidad, y será un cielo el porvenir.

Cogí la mano de la dama, y despues de besar con entusiasmo la cabretilla de su guante, dije balbuciendo:

—Esa palabra no puede salir de mis lábios.

—Hace vd. bien en no mentir: dijo la dama levantándose y recobrando la altivez, que habia perdido por momentos. He sido una loca y ahora recibo el galardon de mi locura: desprecieme V. hoy, si le place, porque será tarde mañana.

—Señora.... repuse levantándome.

—Hemos perdido mucho tiempo, como vd. mismo ha manifestado, y debemos por tanto acabar. Brindé con la paz, porque á mi alma repugnaba empezar la guerra; se han roto las hostilidades y solo acabará esta lucha con la muerte de uno de los dos.

—Señora, yo no he pretendido....

—Basta, Nazario; basta, basta. Ha tenido vd. hasta este momento un valor bastante cruel: no trate vd. de convencerme, porque solo creeré que cede al temor de mis amenazas.

Estas palabras irritaron mucho mi amor propio, y respondí con altivez:

—Nada mas tengo que añadir.

—Adios, Nazario: guerra á muerte.

© Biblioteca Nacional de España

—Sea: repuse con arrogancia.

La dama se cubrió con su velo, abrió la puerta y salió de la estancia con paso firme y cerviz altiva: al salir se enredó el ruedo de su falda en la esquina de una banqueta, y por última vez admiré su pié pequeño y delicado: su pié fatal y tentador.

Con su ausencia desapareció la escitacion febril que me habia animado hasta entonces: me dejé caer en una butaca, apoyé los codos en mis rodillas y sobre mis manos la cabeza; consideré bajo todas sus faces lo que acababa de sucederme, y con honda desesperacion esclamé:

¡Yo tengo la culpa, yo la tengo! ¿Por qué no pregunté á la huéspeda el nombre de la que me ha buscado?

Me di una palmada en la frente, no de aquellas que indican haber concebido una buena idea sino de las que manifiestan desesperacion ó disgusto, y añadí:

¡Qué pié, qué mano; qué pié, qué mano: estoy seguro que no hallaré otros semejantes en todos los dominios del diablo!

No sé cuántas esclamaciones hubiera hecho sobre el mismo tema, á no presentarse mi huéspeda, diciendo:

—Señor don Nazário, un caballero busca á vd.

—¿Cómo se llama? pregunté.

—No ha dicho su nombre.

© Biblioteca Nacional de España

—Siempre que vengan á buscarme infórmese vd. de quién me busca.

—Está muy bien. ¿Y ahora pregunto?...

—Sí, señora.

Salió al momento doña Tomasa, y despues oí en el corredor una voz de hombre que decia:

—Soy Camilo Perez de Silva, director del periódico EL INFERNAL.

—Adelante: dije al momento, muy complacido de haber recibido noticias, que juntas á las que habia leido en el diario, me ponian en situacion de no representar un papel tan ridículo y desgraciado como el que habia hecho poco antes.

Empujó Camilo la puerta, y como yo salia á recibirle nos encontramos enmedio de la habitacion. Me abrazó con cordial franqueza, preguntándome:

—¿Cómo estas, Nazario? ¿has descansado?

—Sí, Camilo.

—Has hecho un magnífico viaje: España, Portugal, Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Prusia, Italia, y qué sé yo qué mas. Has hecho un magnífico viaje.

—Así, así.

—¡Nazario, qué falta nos has hecho!

—¿De veras?

—¡Gravísima!

—Lo siento mucho.

—Pero hablemos de lo que importa. Conveni-

© Biblioteca Nacional de España

mos ayer, como sabes, en que te encargarias de nuevo de la direccion del periódico, en union conmígo. Ahora bien, ayer no hablamos una palabra de intereses, que es un punto muy sustancial.

—Entre nosotros no lo es tanto.

—Aunque tú puedes disponer de mi bolsillo, y yo del tuyo, cuentas claras conservan amistad. El periódico continúa en el mismo estado que lo dejaste: tiene igual número de suscricciones y paga los mismos honorarios: por lo tanto percibirás tus tres mil reales mensuales.

—Ya te dije que el punto sustancial no podia serlo entre nosotros.

—¿Estamos conformes?

—Conformes: pero pongo una condicion.

—¿Cuál es?

—Que me has de dejar quince dias para descansar y lo que se llama tomar la tierra.

—Concedido: pero desde mañana empezarás á gozar el sueldo.

—No puedo permitir....

—Nazario, dejémonos de gazmoñerías.

—Haré lo que quieras.

—¿Tienes hoy alguna ocupacion?

—Ninguna.

—Pues vístete: tocaremos en la redaccion, bajaremos despues al paseo, comeremos juntos y nos iremos al teatro.

© Biblioteca Nacional de España

—Un dia completo de amistad.

—Un dia completo. Pero Nazario, vístete pronto, que son las tres.

—Voy al instante.

La venida del redactor recompensaba en cierto modo el mal rato que acababa de darme la dama del pequeño pié; y tenia una grande importancia bajo el aspecto mercantil. No sabiendo adonde me llevaban, reuní cuanto metálico tenia; pero no pasaba por desgracia de quinientos duros en oro. Esta cantidad, siempre pequeña, apenas podia durar un par de meses, si continuaba con el boato que habia empezado á usar, y acabada tendria que sufrir en el infierno una eterna condenacion.

Satisfecho de mi buena fortuna, corrí al gabinete, me vestí en cinco minutos lo mas; y tomando el brazo de mi amigo, salí de casa, en cuya puerta nos esperaba la carretela de Camilo.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO VI.

LA REDACCION Y EL PASEO.

Entramos en la carretela de mi amigo Perez de Silva: dió al cochero la órden de llevarnos á la redaccion, y en tanto que á ella nos conduce, bosquejaré á grandes pinceladas el retrato del que debia ser muy en breve mi compañero y antes habia sido el amigo del otro yo, que alternativamente me proporcionaba muy buenos y muy malos ratos.

Camilo contará apenas treinta años, exactamente mi misma edad: es alto, delgado, bien hecho; sus cabellos negros y largos, sus ojos vivos, y sus facciones, sin ser bellas, de una regular proporcion. A un físico algo mas que mediano reune otras brillantes cualidades: se espresa con

© Biblioteca Nacional de España

facilidad, discurre bien, y en sus réplicas prontas y brillantes sobresalen la imaginacion y el gracejo. Es como escritor muy temible, y como hombre bajo mil aspectos apreciable.

Dos solas calles atravesamos en amena conversacion; paróse, al fin de la segunda, el carruaje, descendimos de él delante de una casa de bastante buena apariencia, y sobre su puerta leí:

EL INFERNAL.

—Ya estamos en la redaccion, dije á Camilo sonriéndome y apoderándome de su brazo, para disimular mi ignorancia.

—Daremos por ella una vuelta; me contestó, y nos marcharemos al paseo.

Sin mas esplicaciones entramos en un ancho y claro zaguan, subimos una magnífica escalera; llegamos al cuarto principal; el portero nos recibió de pié y haciéndonos mil cortesías; entramos en una antesala; desde ella descubrí el salon y en lontananza un primoroso gabinete.

El amueblado de la antesala se reducia á unos cuantos bancos de nogal; el salon estaba rodeado de varios estantes de caoba; en su centro se veia una larga mesa con tapete de paño verde y cubierta de toda clase de periódicos, y en los cuatro estremos de la estancia cuatro bufetes de escritorio.

© Biblioteca Nacional de España

A mi entrada dejaron todos los redactores su trabajo; saludándome con mas ó menos confianza, segun las antiguas relaciones que entre ellos y yo debian mediar.

Pasados estos cumplimientos, entramos en el gabinete Perez de Silva y yo, y tuve lugar de admirar su esquisito lujo, en cuadros, espejos y demas muebles de subido precio y elegancia.

Nos sentamos en dos sillones, dejando la mesa entre los dos; Camilo pidió algunas cartas, escritas por los corresponsales estrangeros, y leyéndolas supe que las tres potencias del norte habian convenido en borrar á Cracovia de la lista de los estados independientes, agregándola al Austria; que la Inglaterra veia con paciencia, si no era cómplice, la violacion de los tratados, y que la Francia, aturdida ella misma del golpe que acababa de dar, acompañaba en coro al triunfador, ó repetia el papel que hizo en la desmembracion de la Polonia. Supe tambien que aumentaba la Rusia su prepotencia en el Cáucaso y en la Moldavia y Valaquia: que se agitaban con nuevo ardor en Prusia las cuestiones políticas y religiosas; mientras la Francia, puesta en jaque, doquiera que volvia los ojos encontraba la faz adusta de un enemigo ó de un rival. Goteando sangre ví la llaga de la reina del occéano: oí los gritos de los irlandeses que piden PAN; que braman al ver opulentos á los ministros del culto anglicano,

© Biblioteca Nacional de España

y miserables á los del católico, que profesan; y que como remedio á tantos males, piden á gritos REVOCACION, REVOCACION.

Leí con admiracion y júbilo la correspondencia de Roma, y veneré los altos juicios del altísimo, que en el siglo de los progresos intelectuales y materiales ha dado á su iglesia un pastor bastante ilustrado para predicar con su ejemplo un evangelio de mansedumbre y caridad; y á Roma un rey que impulse con mano vigorosa la nave del estado hácia un puerto de prosperidad y ventura.

Ví tambien la llamada revolucion del pueblo lusitano, que de estacionario se vá convirtiendo en retrógada: ví la España, nacion exencional, bendecida por la Providencia y maldecida por los hombres: nacion..... mas dejemos la España para ocuparnos del Infierno.

Pidió Camilo la correspondencia interior, y al leerla se aumentaron mis lástimas. ¡Qué pais el Infierno, qué pais! Se quejaban en una provincia de que el capitan general reasumía las atribuciones de todas las autoridades. Apremiaba como intendente; disponia de la parte administrativa y civil como gefe político; daba decretos como rey; usurpaba las atribuciones de los poderes legislativos; y hasta la administracion de justicia se encontraba bajo su férula. Engreido con su tiranía, no daba cumplimiento á las órde-

© Biblioteca Nacional de España

nes del gobierno, y era á este lo que fué un tiempo, no distante, Mahomed Alí, bajá de Egipto, al Gran Señor.

Aun no pasada la impresion que naturalmente producian estas quejas, llegaban otras tan tristes y aun mas alarmantes. Deposiciones de autoridades que no habian querido traspasar el círculo de sus deberes; gracias á otras, que como medio de gobierno usaban los destierros y las prisiones: la palabra *ley* escarnecida, la voz *justicia* profanada.....

—¿En dónde estamos, en dónde estamos? pregunté con la indignacion de un hombre honrado, que solo concibe la violencia en una cruel tribu de cafres.

—En el Infierno, me respondió Perez de Silva.

—Tienes razon, en el infierno. ¿Y es posible que pueda un pais, gobernado de esta manera, conservar su existencia social por mucho tiempo?

—No lo sé; pero sí puedo asegurarte, y lo sabes lo mismo que yo, que llevamos bastantes años de desórden, y que existimos todavía.

—Es verdad.

—¿Sabes lo que creo, Nazario? que esta nacion como el Judío Errante, está condenada á no morir.

—Bien puede ser, bien puede ser.

—Pero basta ya de negocios: van á dar las cuatro y debemos irnos al paseo.

© Biblioteca Nacional de España

—Sí, Camilo; vamos al paseo. He perdido tanto la costumbre de dedicarme á los negocios, que esta corta tarea me ha puesto de mal humor.

—Ya te acostumbrarás, amigo mio; aunque sabrás cosas que te erizarán los cabellos.

Dejamos nuestro gabinete: dió algunas órdenes Camilo, como gefe de aquella pequeña república; salimos despues de recibir los mismos saludos del portero; montamos en la carretela, y nos dirigimos á la Floresta, principal paseo de la coronada Dramalla.

El aire libre me hizo bien; mis pulmones se dilataron; mi sangre niveló su curso, y mi espíritu sacudió la losa que lo agoviaba y oprimía.

Habiamos llegado á la Floresta; los últimos rayos del sol poniente doraban las copas de los añosos árboles, despojadas casi enteramente de sus hojas y su verdor: se cruzaban cien y cien carruajes en un arrecife cenagoso, y la gente de á pié paseaba junto á las verjas de un jardin.

Ibamos en carretela abierta, y por lo tanto en posicion de verlo todo y de ser perfectamente vistos. No conocia á nadie, y sin embargo me saludaban un gran número de personas, como á un amigo que aparece despues de prolongada ausencia: para ellas era yo un pasado, un presente y un porvenir; para mí aquella muchedumbre no tenia significado alguno; eran una porcion de figuras moviéndose á través de una linterna má-

© Biblioteca Nacional de España

gica. Queria saber y no me atrevia á preguntar mi situacion era deplorable.

La carretela del ex-ministro se cruzó con nuestra carretela, y D. Fulgencio y yo cambiamos un cortés y cordial saludo.

—¿Has visitado al ex-ministro? me preguntó Camilo.

—Sí: le respondí, lleno de júbilo por poder hablar una vez con conocimiento de causa.

—¿Y qué te ha dicho?

—Ha deplorado amargamente la conducta de los gobernantes.

—Porque le arrojaron de su silla.

—No negaré que es ambicioso; pero justifica su ambicion un indisputable talento y una instruccion poco comun.

—No niego su capacidad, pero es dudosa su pureza; y ha probado mas de una vez que se doblega su energía, poniéndola á prueba de oro.

—Quizás le calumnian.

Camilo clavó en mí su mirada fija y penetrante, y despues me dijo sonriéndose de una manera bastante equívoca:

—Veo que has traido de tus viajes una singular candidez.

Me picó un tanto la respuesta de Perez de Silva, y vi con dolor que defendiendo á un hombre habia hecho dudar de mi lealtad. Manifesté

© Biblioteca Nacional de España

mi resentimiento con una mirada, y Camilo se apresuró á decirme:

—No ha sido mi ánimo ofenderte.

Satisfecho con esta escusa, aproveché la oportunidad para disminuir mi ignorancia, y dije á mi amigo:

—No debes estrañar que juzgue con poco acierto á las personas, pues en mis dos años de viaje he perdido enteramente la brújula, y por eso he pedido quince dias de plazo para dedicarme sériamente á las periodísticas tareas. En el trascurso de estos dias quiero obrar, Camilo, con absoluta independencia, estudiar á fondo las cuestiones; formar mi opinion, y presentarme en la palestra con la conviccion íntima de que defiendo el buen derecho. Antes de salir de mi casa convine en ser director del INFERNAL, ahora pido quince dias para decidir si debo serlo.

—Mis palabras te han ofendido: repuso Camilo con amargura verdadera.

—Te juro que no; pero sí me han hecho conocer toda la importancia de los compromisos políticos.

—Espero que nuestra amistad.....

—No padecerá, te lo aseguro. Pero como no soy aun director del diario, te ruego que no me señales el sueldo hasta que tome posesion.

—¿Nazario?

—Ni una palabra mas, Camilo, y ocupémonos

© Biblioteca Nacional de España

de otra cosa. ¿Sabes que enteramente desconozco la mayor parte de estos trenes y que necesito un *cicerone*?

—No es estraño que así te suceda: muchos pertenecen á familias que andaban á pié cuando marchaste, otros son nuevos; porque en nuestra época un carruaje dura poco mas que un sombrero y los heredados se queman ó sirven para dias de lluvia.

—¿Con que hay tanto cambio?

—Ya lo creo. Las jugadas de bolsa y las sociedades, cuyas acciones se negocian como la deuda del estado, han causado un gran desnivel en las fortunas. Honrados padres de familia yacen en la mas espantosa miseria, ó han sucumbido bajo el peso de su desgracia; banqueros levantan palacios, y con su brillo casi eclipsan el de la nieta de cien reyes.

—Me atemorizo con tus palabras, y desde este instante te suplico que me sirvas de *cicerone*.

—Empiezo, pues, á desempeñar mi nuevo oficio. ¿Ves esa carretela azul, tirada por dos yeguas tordas?

—La veo.

—En ella vienen la esposa y suegra de un hombre, no sé como calificarle, cuya fortuna es un misterio, y que sin embargo hace ruido con su fortuna. En el trascurso de dos años se le ha visto rico, arruinado y rico otra vez; merced á

© Biblioteca Nacional de España

un juego de cubiletes que yo no te puedo descifrar. Esas dos damas han dado tambien en el transcurso de los dos años varios ruidos; y un ruido tan grande, tan grande..... Pero toquemos muy por encima estas materias que son de suyo delicadas. ¿Ves aquella otra carretela, tirada por dos elefantes de distinto color?

—La veo.

—En ella viene Toribio Ruiz.

—Ya le conozco.

—Cinco años hace no tenia sobre qué caerse muerto: se fué adquiriendo, como sabes, una posicion periodística; vendió despues á su bienhechor; entró en intrigas por su cuenta; se vendió á tiempo; volvió á venderse, y ahí le ves con carruajes propios, magnífica casa, posicion y esperanzas de ser ministro.

—¡Déjalo pasar, esclamé. Me parece que estoy.....

—¿En dónde?

—En el Infierno.

—Es verdad que solamente aquí suceden cosas semejantes.

—Prosigue, prosigue, Camilo.

—Allí vienen Castor y Polus, Theseo y Pirito, Aquiles y Pactoclo, Eurialo y Nizo....

—¿Adónde vas con tantos personajes mitológicos, homerios, pindarcos y virgilicos?

—Iba á decirte que allí vienen los hijos de Le-

© Biblioteca Nacional de España

da, los dos ministros coexistentes, uniespíritus, y qué se yo que mas decirte: D. Alejo Astorga y D. Buenaventura Perez Crespo.

—¿Por dónde vienen?

—Velos allí: Perez Crespo el de la izquierda y el de la derecha D. Alejo.

—Qué feliz encuentro; ya conozco á D. Buenaventura Perez Crespo, dije para mí, y añadí despues en voz alta. Prosigue, Camilo, prosigue.

Camilo no se hizo rogar, y pasó revista, con una rapidez y precision que hacia mucho honor á su ingénio, á duquesas viejas, marquesas jóvenes, generales mozos y ancianos, generalas madres é hijas, títulos tronados, capitalistas opulentos, senadores camaleones, consejeros y magistrados de los supremos tribunales; haciéndome en pocas palabras sus interesantes biografías, y presentándome sus retratos, parecidos como los de Goya, y punzantes como sus caprichos.

Terminaba su galería, cuando ví pasar á todo escape una berlina verde, y en ella á la desconocida dama del pequeño pie, cuya borrascosa visita habia recibido horas antes.

—¿De quién es aquella berlina? pregunté á Camilo con afan.

—¿Cuál? me respondió.

—Aquella: la verde.

© Biblioteca Nacional de España

—No la descubro.

Otros carruajes se interpusieron entre la berlina y nosotros, y me fué imposible averiguar quién era aquella hada maléfica que habia jurado mi esterminio.

—Soy de opinion, dije á Camilo, de que paseemos un poco á pie.

—Opino como tú, Nazario. Ya hemos respirado esta atmósfera enteramente aristocrática y bursátil, respiraremos otra compuesta de mas variados elementos.

La accion se siguió á la palabra: encendimos nuestros sendos cigarros, porque dá tono en la Floresta el ir fumando un buen hábano; y cojidos del brazo empezamos á recorrer la estrecha calle, llevando algunos pisotones y correspondiendo á codazos.

—Adios, Nazario Palma, adios: me decian al paso cien personas enteramente desconocidas: añadiendo las mas obsequiosas «me alegro de ver á V. bueno» y deteniéndome las mas pesadas para hacerme largos cumplidos.

Los saludos mas enojosos tenian para mí una ventaja, y era ir aprendiendo muchos nombres y conociendo á muchas personas, que de otro modo me hubieran presentado diariamente cien enfadosos compromisos.

Perez de Silva, continuando en su papel de *cicerone*, me contaba algunas anecdotas mas ó me-

© Biblioteca Nacional de España

nos entretenidas. Ya me hablaba de una muger, cuyo marido hacia viajes por comision de quien le soplaba la dama: ya de un marido que no se metia á averiguar de donde procedia el boato de su casta esposa: ya de un jóven sentimental, que hacia la córte á un medio siglo; y ya de una jóven romántica, que con dulces ojos miraba á un mayorazgo sesenton.

Caminabamos en silencio, y oí decir á dos jóvenes de veinte años, que iban delante.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro.

—¿La marquesa ha citado esta noche á Enrique Flores?

—Le ha citado.

—¿Sabes á qué hora?

—No lo sé.

—Es estraño cuando ayer llegó...

Volvió en esto el jóven la cabeza; calló de repente; apresuró el paso, y dijo al al oido de su amigo unas palabra que me fué imposible comprender.

—Vámonos á comer, Nazario: me dijo Camilo al mismo tiempo.

—Vámonos, repuse, pesaroso de no haber oido completamente la conversacion de los jóvenes.

Nos dirijiremos á la carretela, y teniendo el pie en el estribo, ví rodar la berlina verde con la misma rapidez que antes.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO VII.

LOS TRES ENCUENTROS.

Chateaumargó, Lacrima Cristi, Madera, Rhin, Jerez, gritaban varios bebedores á un tiempo en la fonda de Leví Drasié; haciendo resonar sus voces en una sala iluminada, con mas profusion que buen gusto, y al rededor de una gran mesa, en tanto que Camilo y yo comiamos reposadamente en un gabinete inmediato. Su algazara nos entretenia, como se entretienen los niños con el ruido de las sonajas, y estudiábamos los semblantes de los que alcanzábamos á ver, con toda la atencion de un frenológo, loco perdido por su ciencia.

Volcanizados los cerebros con los vapores de aquellos vinos, que pedian fuera de sazon y que

© Biblioteca Nacional de España

habian saboreado en abundancia, segun los manjares reclaman; hablaban todos á la vez, confundian las conversaciones, y golpeaban á compás la mesa con los vasos y los cuchillos.

Política, asuntos domésticos, lances amorosos y chismes se referian y comentaban sin miramiento ni pudor: quitándose todos la palabra, y burlándose de los mas débiles, que balbuceando disputaban ó cerraban los hinchados ojos reclinándose sobre el mantel.

—Cuando yo suba á la poltrona, decia un hombrecillo de cuatro pies y seis pulgadas, de ancha frente y raros cabellos; cuando yo suba á la poltrona, verán VV. un ministro cons....cons.... ti...ti...tuci...onal.

—¿Te se atragan...ganta la pa...labra? le respondia otro, preguntando con un acento picaresco, que lo picaresco y lo borracho se encuentran juntos muchas veces.

—La palabra cons....ti...ti...tucion es una palabra peliaguda: decia el primer interlocutor, confirmando con su tartamudeo la sospecha del interpelante.

—Mi mu...ger, gritaba un tercero, es... una mu...ger....

—Ya lo sa...bemos: repondia un cuarto.

—Pe...ro u...n...a...m...u...g...e....e inclinándose sobre la mesa se quedó dormido como un tronco.

© Biblioteca Nacional de España

—Te aseguro que... la mar...quesa ha... trona...do con... decia el quinto.

—¿Con quién? le preguntaba un sesto que se esplicaba sin vacilar.

—Con... Na...

—¿Te quedaste dormido?

—Yo... yo... dormir...me... En... Roma es... tá el Pa... pa.

—¿Qué tenemos que ver con Roma?

—El concordato: el... con...cor...da....dato.

—Haz tú concordato con el sueño.

—Aquí está el periódico, señores, decia una voz firme y sonora y este es el párrafo en cuestion. Dice así: «Ayer tarde llegó á esta córte el »distinguido publicista y antiguo director de »este periódico, don Nazario Palma de Jura. Hemos tenido el gusto de hablarle, y casi podemos asegurar que tomará parte en la redaccion de este diario.»

—¿Y qué quiere V. decir con eso? preguntó otra voz mas vinosa, y para mí un tanto conocida.

—Quiero decir, que Palma de Jura es de los nuestros.

—No tengo en él gran confianza.

—¿Y en qué se funda V?

—Me fundo, en que no combate el gobierno su candidatura.

—No la combate, porque lo cree ausente todavía.

© Biblioteca Nacional de España

—Palma de Jura....

—¿Qué?

—Es un ambicioso.

Este ataque era muy directo, y quise conocer al hombre que de tal modo proclamaba mi desmesurada ambicion. Persuadido que con el calor de los licores y la disputa no fijarian en mi la atencion, me asomé á la puerta del gabinete, y reconocí en mi detractor al bilioso D. Tadeo, con quien habia comido dos dias antes en mesa redonda.

Retrocedí con precaucion y prosiguieron ambos la disputa, pero como en aquella baraunda no se acababan las cuestiones, quedó la mia sin resolver. Terminada nuestra comida nos retiramos tranquilamente, y conté á Camilo el por qué me trataba tan mal don Tadeo.

Desde la fonda nos dirigimos, á propuesta de Perez de Silva, al café de la Disputa; en el que debiamos encontrar varios amigos, periodistas y literatos. Despedimos la carretela en la misma puerta de la fonda y á pie llegamos al café. Encontré en él á algunas personas, que habia saludado en la sociedad del ex-ministro; á otras muchas, que me habian hab'ado en la Floresta; y á algunas mas, que no conocia, pero á quienes, como acostumbrado al difícil papel que me era fuerza representar, recibí con particular agasajo.

No es el café de la Disputa muy elegante, na-

© Biblioteca Nacional de España

da elegante, ni medianamente decente. Es una especie de taberna, alumbrada con la luz necesaria para que se conozcan los amigos si no se encuentran á distancia; adornada con unas mesas protectoras natas de los sastres; pues la manga de frac ó levita que las toca momentáneamente pierde al instante el privilegio de poder presentarse en público. Las sillas, sus hermanas gemelas, no atacan menos á los pantalones, faldones y espaldas, pero en cambio son las bebidas lo mas delicado y mas limpio que puede el hombre imaginar.

El ciudadano, ó no ciudadano, pues esta cualidad poco importa, que ha comido bien, se entiende, mucho, debe dirigirse sin tardanza al gran café de la Disputa; y le servirán, despues de pedirlo varias veces, una taza de agua de acelgas ó de castañas, que en esto varian los autores, con el nombre de café de Moka: si sufre dolores de estómago ó vientre le presentarán agua de albahaca en vez de té perla: y si necesita refresco ó pide sorbete por sus culpas, quédará curado de estos vicios, resultándole á fin de año una regular economía.

Muy rara vez planta femenil pisa su enlodado pavimento; la que una vez, por desgracia, traspasó su dintel huye al punto; y despues se retira aterrada cual si lo guardara Cancerbero.

Cuentan sus anales, y antiguos son y minu-

© Biblioteca Nacional de España

ciosos, que solo han entrado en él tres hermosas: una el año de 1814, cuando abdicó Napoleon: otra en 1823, cuando sucedió lo que Dios quiso; y diez años despues la tercera, para anunciar la muerte de un rey que debia causar otras muchas. Desde el año de 33 no ha vuelto á entrar ninguna hermosa, y todos temen á la cuarta; pues una tradicion conservada con reverencial temor augura, que precederá al fin del mundo.

Entre tantos inconvenientes tiene este café sus ventajas. En primer lugar sus paredes acostumbran á oir y callar, circunstancia que en nuestra época no debe perderse de vista: en segundo, está situado en un paraje bastante céntrico; y en tercero, cuantos á él concurren se conocen, se hablan, y por lo tanto tiene un desocupado la certeza de encontrar buena sociedad y entretenida conversacion.

Nos colocamos los mas íntimos al rededor de una súcia mesa, pues limpia no es dado encontrarla; y, por rara casualidad, nuestra conversacion rodó sobre la literatura del pais. Yo, que habia vivido hasta entonces con tan equivocadas ideas respeto al Infierno, no sabia de ella una palabra, y me contenté con oir. Aprendí los nombres de los mas célebres literatos antiguos y modernos, y supe que eran pobremente recompensados.

© Biblioteca Nacional de España

—No hay que devanarse los sexos, dijo Camilo, la principal causa de su decadencia consiste en el prurito de traducir cuanto se publica en el estrangero y muy particularmente en Francia. Anuncia el Constitucional de París ó el Diario de los Debates una novela de Eugenio Sué ó Alejandro Dumas: novela que no ha escrito el autor y que debe empezar á publicarse despues de seis meses: estos periódicos, en cuyos folletines debe ver la luz, alquilan las cien trompas de la fama, y cada dia repiten, siguiendo el mismo diapason. «Mr. Eugenio Sué, autor de Matilde y los Misterios de París, está escribiendo una interesantísima novela, de la que hemos leido algunos tomos, titulada, *El Judío Errante*, ó *Martin el Espósito*. Deseando la empresa corresponder á la fina atencion de nuestros numerosos suscritores, ha firmado un contrato con Mr. Eugenio Sué; por el cual se obliga el autor á publicar su nueva produccion en los folletines de nuestro diario: mediante la retribucion de trescientos mil francos. El nombre de tan ilustre novelista es una segura garantía del buen desempeño de la obra; pero debemos añadir que es muy superior á cuantas ha publicado hasta el dia.» Todos los periódicos infernales copian este pomposo anuncio, con ligeras modificaciones; prometen á sus suscritores traducirla, segun se vaya publicando

© Biblioteca Nacional de España

en París: asegurando que tienen tomadas sus medidas para ser los primeros á desempeñar tan interesante tarea. Preparada así la opinion, secundan varios editores los esfuerzos de la prensa periódica; reparten tres millones de prospectos, anunciando cincuenta traducciones y ediciones económicas, ilustradas, compactas, etc., etc. El público, al oir tanto estruendo, se aturde, coge, como el pez, la carnada sin reparar en el anzuelo; y recibe la literatura estrangera del mismo modo que los guantes, telas, alhajas y caballos. De este abuso resultan dos males. Encontrando los editores quienes por una onza les traduzcan un tomo de trescientas páginas, se niegan á dar al escritor original una recompensa decente, fundándose en la justa razon de que ganan mas con el otro: pero como siempre el trabajo guarda una exacta proporcion con la recompensa, sucede, que la traduccion casi siempre se hace del francés al gabacho, segun la espresion de Moratin, en cuyo pais debió suceder lo que sucede en el Infierno; y acostumbrándose los lectores á los mas patentes galicismos, introducen en la conversacion los giros que en los libros han encontrado, los popularizan ó estienden á lo menos en la sociedad de buen tono: los adoptan primeramente escritores poco concienzudos, y al poco tiempo el mas castizo tiene que usarlos, so pena de no darse á entender. De esta

© Biblioteca Nacional de España

manera pierde nuestro idioma su índole, y mancillamos la memoria de los Lagarcisos, los Ventarces y los Vedoques.

—Te has esplicado, amigo mio, como un libro repuse yo, para probar que podia usar de la palabra; pero me parece oportuno añadir una observacion ó dirigirte una pregunta. ¿Por qué los periódicos infernales se ocupan tanto de los autores estrangeros, y no critican á los nacionales aunque sea para lanzar sobre sus obras la mas formidable censura?

—Me haces una reconvencion tan justa que nada puedo responderte.

—Alabo, Camilo, tu franqueza. ¿Y el gobierno cómo proteje á los literatos?

—Matando la literatura.

—Esplícate.

—Voy á esplicarme. De dos ó tres años á esta parte han pensado algunos ministros, por cálculo gubernamental ó por relaciones personales, en los escritores, y les han ido dando empleos, mas ó menos en armonía con sus costumbres y caracteres, mejor ó peor retribuidos. Esto puede convenir en muchos casos á los escritores, que en vez de una subsistencia insegura encuentran otra mas garantida y regular, pero perjudica, como he dicho á la literatura, porque decirle á un literato: «Tus obras, que merecen los aplausos del público, han llamado tambien la atencion del

© Biblioteca Nacional de España

gobierno de S. M., y ha creido conveniente nombrarte intendente ó gefe político.» Equivale á decir: «Porque es V. buen literato dedíquese á otras ocupaciones y renuncie á las literarias.»

—Tienes razon, esclamaron todos; pero esto no se puede decir, Camilo, porque si nos quejamos de ello nos quedaremos sin ninguna.

Eran las ocho: Camilo y yo nos despedimos de los amigos y nos dirigimos al teatro. Al salir delcafé se llegó á mí un hombre embozado y me dijo:

—Señor D. Nazario; ¿tiene V. la bondad de decirme las señas de su habitacion?

—¿Para qué? repuse, no conociendo á mi interlocutor, ni adivinando por qué motivo me preguntaba.

—Tendré que hablar á V. muy en breve, y deseo saber á donde debo dirigirme.

—Yo desearia saber tambien á quién tengo el honor de hablar.

—¿No me ha conocido V., señor D. Nazario?

—¡Don Bruno Gonzalez! esclamé entonces, y despues de darle las señas de mi casa me agarre del brazo de Camilo y nos dirigimos al coliseo.

Entramos en él: quise abarcar todo el salon con mis miradas, y lo conseguí fácilmente, gracias á sus mezquinas dimensiones. Nada hallé que admirar: los palcos, las lunetas y el esce-

© Biblioteca Nacional de España

nario, ni se distinguian por su elegancia ni por su lujo: ocupamos nuestros asientos, y fijamos nuestra atencion en los actores, que ejecutaban medianamente un juguete menos que mediano.

—Ya ves, Nazario, me dijo Camilo, que en el Infierno no progresa mucho el teatro.

—Me parece que retrograda: le respondí sencillamente.

—¿Qué me dices de estos actores?

—Que son medianos; muy medianos.

—¿Y de la comedia?

—Qué es muy mala.

—Tenemos la misma opinion: pero acabada la comedia te divertirás de seguro.

—¿Qué tendremos?

—Un famoso prestidigitador.

—¿Hombre notable?

—Sin la menor duda.

—Voy á ver si puedo dormirme, mientras se acaba la comedia.

—Entretente en mirar á los palcos.

—Tienes razon.

Por obedecer á Camilo, ó mejor dicho para engañarle, gradué mis soberbios gemelos y empecé á dirigirlos á los palcos. No conocia á una sola persona de cuantas se hallaban en ellos, y gozaba lo que puede gozarse viendo un cosmorama de figuras de movimiento: contestaba cuantos saludos me dirigian, pero si me hubie-

© Biblioteca Nacional de España

ran preguntado á quién saludaba no hubiera sabido qué responder.

Lo peor del mundo puede tener una cualidad buena, ser corto: así sucedió á la comedia, se acabó pronto, y yo dí al autor rendidas gracias por tan acertada economía.

Durante el intermedio salimos á fumar, y Gamilo me propuso que hiciéramos algunas visitas á los palcos. Deseché al punto su propuesta, bajo el pretesto de que queria encontrarme al empezar el prestidigitador; pero en realidad porque temia acercarme á alguna persona á quien no supiera cómo hablar.

Ocupamos nuestras lunetas, que estaban en primera fila, y se alzó el telon. El foro oscuro tenia el aspecto de una gruta de nigromante, y al reflejo de la lucerna del salon se descubrian un gran número de bujías, formando caprichosos grupos. En lo mas profundo de la gruta se percibia apenas la entrada de un tenebroso subterráneo, semejante á los que ocupaban las trípodes de las inspiradas pitonisas: de este subterráneo salió con paso lento el nigromante.

Sus largos cabellos le caian en iguales rizos hasta el cuello, y sobre su cabeza se alzaba un gorro bordado de oro, sembrado de piedras, y de forma piramidal. Negra barba cubria su rostro; un calzon y una armilla ajustados ceñian sus miembros, cubriendo su cuerpo una ancha dal-

© Biblioteca Nacional de España

mática de terciopelo carmesí, que le bajaba hasta las rodillas: y flotando sobre sus espaldas una capa corta y trasparente.

En la puerta del subterráneo se paró un momento el nigromante: tendió su diestra magestuosamente, armado de una varita de metal: una chispa eléctrica brilló en el estremo de la barita, doscientas bujías se encendieron instantáneamente y un aplauso general saludó al hombre que debia presentar prodigios.

Salieron en pos del nigromante dos pages negros, caprichosamente vestidos, y colocaron sobre el proscenio, un velador que estribaba sencillamente en una columnita de hierro: se acercó á él el mago, saludó, tendió su capa trasparente sobre el velador un solo instante; y al retirarla apareció una pecera de cristal, llena de agua, y en ella nadando varios y matizados peces. Cuatro veces tendió un estremo de su capa sobre el velador, cuatro peceras aparecieron sobre él. El público aplaudió de nuevo: era imposible negar al mago los aplausos.

Continuaron sin interrupcion un gran número de prodijios, y yo tomaba no pequeña parte en el entusiasmo general. Colocado en primera fila, me encontraba de vez en cuando en la precision de examinar varios objetos de los que usaba el nigromante; y despues de haberle visto introducir mis guantes en una nuez cerrada, la nuez en

© Biblioteca Nacional de España

un huevo, el huevo en un limon, el limon en una naranja, y deshacer todo lo hecho con una limpieza admirable; me presentó una caja dorada, de dos pulgadas de largo, una de ancho y media de profundidad.

—¿Qué debo hacer con esta caja? le pregunté, casi turbado al considerar, que los dos mil ojos de los mil concurrentes, si no habia entre ellos tuerto ó tuerta, estaban clavados en mí.

—V. pondrá, me contestó en un idioma casi incomprensible, en eso cajita, quelque coso, é ossi alguno señorrita.

—¿Muchas cosas?

—Truas ó cuatra: coma V. volga.

Obligado á dar el ejemplo, deposité en la cajita misteriosa una moneda de oro: invité á una señorita, muy lánguida y sentimental, á que me imitara: y la jóven, haciéndose mucho de rogar, rompió la esquina de un billete, que le habian entregado al principio de la funcion, y la echó en la caja encantada. Camilo, sin esperar mi invitacion, puso la llave de su neceser, y decidido yo á completar las dos parejas, me volví en busca de una dama que quisiera favorecerme.

La admiracion que á todo el público habia causado el nigromante, y lo que esperimentaba yo mismo, fueron nada en comparacion del asombro que me sobrecojió viendo á mi espalda á la jóven de mirada fiera que habia conocido

© Biblioteca Nacional de España

en el camino, y que acompañada de su madre, tia, amiga ó parienta, sin descansar de su viaje se habia presentado en el teatro.

—Señorita: tartamudeé.

—Sí, señor: repuso María, contestándome antes que acabara mi pregunta: y quitándose de su dedo una sortija de mucho valor, la depositó en la cajita; magnetizándome al mismo tiempo con aquella mirada, húmeda á la par y radiante, que como una espada de dos filos penetraba hasta el corazon y como un narcótico adormecia. Mirada aleve como el sanguinario vámpiro, que halaga batiendo sus alas y chupando la sangre asesina.

A pesar de mi turbacion, conocí que debia romper el encanto que me sujetaba; y volviéndome hácia la escena, presenté la caja cerrada al nigromante, que se habia alejado del proscenio, para no distinguir los objetos que en ella se depositaban.

Tomó la caja el nigromante: la envolvió cuidadosamente en un pañuelo de batista, y me lo entregó, previniéndome que la tomara de cierto modo, para que no pudiera en ningun caso salir del pañuelo la caja.

Persuadido el público, y particularísimamente yo, de que continente y contenidos se encontraban en mi poder; se alejó de mí el nigromante, tomó un telescopio, miró á la caja, que yo tenia

© Biblioteca Nacional de España

en alto, envuelta siempre en el pañuelo, y volviendo á su incomprensible jeringonza, empezó á decir:

—¡O señorres, con cuesta teloscopia veo toda, toda la que contiene lo cajita. En premier lugare uno sortija tre bonito: en secondo una doblon: en tercere una papilito: en cuarta..... en cuarta..... non mi ricordo.... ono elesf.

Trabajo costaba comprender lo que habia visto el nigromante, pero era cierto que sabia, tan bien como yo, el contenido de la caja. Cerciorado de él dejó el telescópio, y trajo una campana de cristal, que colocó sobre el pequeño velador.

—Ahorra, señorres, dijo adelantándose hasta mí, verran VV. comme van andeando tutti los cosas uno á uno, de lo cajita á lo campana.

Entonces se acercó mas á mí: tocó lijeramente la caja, que continuaba envuelta en el pañuelo, y dijo al mismo tiempo:

—Ya pasa.

Instantáneamente la campana resonó, herida por un objecto de metal.

—Suena V. la cajita, me dijo.

Soné en efecto; y aunque chocaban varios objetos entre sí, se conocia distintamente, que habia el número disminuido.

© Biblioteca Nacional de España

El nigromante pasó otra vez la punta de su dedo índice sobre la caja, y un segundo objeto metálico hirió la diáfana campana de cristal. Al pasar el tercer objeto no produjo ningun sonido; era el pedazo de papel que habia depositado la señorita de mi derecha: el cuarto hirió como los dos primeros. Siguiendo yo las indicaciones del nigromante sacudí la caja varias veces: mis esfuerzos fueron inútiles; no produjo el menor sonido; estaba enteramente vacía.

—Ahora pasará lo cajita: añadió el nigromante: su índice resbaló sobre mi pañuelo, como habia hecho antes; la campana resonó con mas ronco acento: mi pañuelo estaba vacío: el público aplaudió admirado.

El nigromante se acercó al velador, alzó la campana, tomó la caja, se adelantó hasta las lunetas, y la puso cerrada en mis manos. La abrí, siguiendo su mandato, y encontré en ella los objetos que habiamos depositado antes.

Como responsable de ellos, dí su pequeña llave á Camilo, el pedacito de papel á la dama de mi derecha, y, haciendo un esfuerzo superior al que debió hacer el inglés Wernon para entregar su espada al castellano don Blas de Lezo, me volví hácia la muger cuyos ojos me hacian temblar como un cobarde.

Sin drigirla la palabra, la presenté su anillo:

© Biblioteca Nacional de España

me tendió la diestra con altivez y desenfado, y me mandó con su mirada que la colocára en su dedo. Temblando y mudo obedecí: anchas gotas de sudor caian de mi frente: aquella temible mujer, sin pensar en ello quizás, acababa de darme en espectáculo á mil personas, las mas distinguidas de la corte.

Devolví la caja al nigromante dejando en ella la moneda: no me habia acordado de tomarla.

—¿Se deja V. cuesto doblon, señor caballerro? me preguntó el sábio.

—Es verdad: le respondí maquinalmente.

—V. se engaña, caballerro: el suo doblon non e en lo cajita.

—No lo he tomado: respondí profundamente preocupado.

—¿Lo sabrá V. bien?

—Bien.

—E brai, la tiene cuesto otra caballerro en la testa.

Efectivamente, mi doblon habia pasado á la calva frente de un hombre de cincuenta años, que daba la izquierda á la señora del billete. Aterrado el hombre, se echó mano al resplandeciente lucero, y con mil protestas de que no habia tocado á la caja, lo pasó á manos de la señora, para que llegára á las mias.

Este incidente interrumpió por un instante mis meditaciones; como el caballo que cruza al

© Biblioteca Nacional de España

escape interrumpe el vapor con que la sierpe acerca á sus fauces al bravo toro que entumece, y pregunté á mi sentimental vecina.

—Señorita ¿es su papá de V. ese bondadoso caballero?

—Es mi esposo: respondió la jóven, con mal encubierto embarazo, esplicándome su respuesta el misterio de aquel billete que la entregaron con recato.

Cosas dignas de ser contadas hizo el nigromante; las vió el público, juez imparcial y respetable, dando vivas muestras de placer: yo perdí la mayor parte de ellas, profundamente preocupado, al meditar cuánto poder iba adquiriendo sobre mí aquella mujer misteriosa, que con cadena de invisibles anillos, procuraba atarme á su carro, para arrastrar quizás mis despojos como orgulloso vencedor.

Acabó por fin el nigromante: el público aplaudió frenético, cayó el telon, y todos los espectadores se levantaron á un mismo tiempo, como si un resorte los moviera ó fueran ruedas de una máquina que debieran darse mútua ayuda. Seguí el movimiento general y mis ojos se encontraron de nuevo con los de Maria. Temblé, como momentos antes; y aunque me empujaban espectadores, á quienes estorbaba el paso, permanecia inmóvil, y al mismo tiempo queria huir.

© Biblioteca Nacional de España

—Páselo V. bien, señor Palma de Jura: me dijo la vieja levantándose, y en el momento de salir: la jóven me inclinó la cabeza. Su mirada me bañó de nuevo; temblé cual si tuviera fiebre, y sin embargo yo no sabia cómo interpretar aquellas miradas.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO VIII.

LA ESPOSA DE UN CESANTE.

Profundamente preocupado me retiré del coliseo, y todas las instancias de Camilo para que le acompañára á una sociedad ó al Casino, fueron inútiles: necesitaba descansar, y conocia por esperiencia que las fatigas del espíritu debilitan los miembros, como una carrera ó una lucha de gladiador. Llegué á mi casa, abrí algunos libros, leí varias páginas procurando hallar distraccion, pero trabajé inútilmente, pues entre mis ojos y el libro se interponia un hermoso fantasma que no me permitia leer: este fantasma era María, cuyas magnéticas miradas penetraban despiadamente en los tejidos de mi cerebro, me subyugaban y enloquecian.

© Biblioteca Nacional de España

Dejé los libros con un indecible malestar, y corrí al lecho, puerto de descanso y consuelo de agudas penas. Me tengo por hombre sensible, aunque no soy sentimental, pero confieso francamente que pocas veces mis pesares no se mitigan al contacto de blancas sábanas tendidas sobre dos mullidos colchones. Me acosté, dormí, soñé largamente con la viajera de ojos negros: pero, ó sus ojos habian perdido parte de su aterradora fiereza, ó yo soy mas valiente durmiendo; lo cierto es que no me aterraron, y que tuve ensueños deliciosos, semejantes á los que produce una corta dósis de *hatchis* en el cerebro de un oriental.

Desperté á las ocho, con la cabeza despejada y fortalecidos los miembros: me levanté, leí los periódicos con todo el cuidado que mi situacion reclamaba: ví que los sucesos proseguian su lenta y compasada marcha, y á las once pedí el desayuno, que devoré, por encontrarlo apetitoso y por tener buen apetito, dos cosas que parecen una, pero que en muy pocos minutos dan sepultura á un buen almuerzo.

Despues de tomar el café encendí un habano, de una caja que me habia regalado Camilo, me recosté en una butaca, y con el placer de un consumado fumador, ví la blanca y ligera nube de humo que se desprendia de mis lábios, ensanchándose lentamente y desvaneciéndose des-

© Biblioteca Nacional de España

pues; como esos diáfamos vapores que se levantan de una fuente, y el primer rayo del sol naciente atrae á su foco, para devolverlos á la tierra en ricas perlas de rocío.

Estaba pensando en salir, sin saber hácia qué parte dirigirme: pero un ángel velaba por mí, y tomando sin duda la forma de mi ceremoniosa huéspeda, se presentó ante mis soñolientos ojos, y dijo:

—Señor don Nazario, un criado acaba de entregarme este billete para V.: y sin añadir mas palabras puso en mis manos un billete color de rosa, que exhalaba ricos perfumes y hacia latir mi corazon.

Lo estreché con cierto entusiasmo, leí el sobre, escrito por una mujer, pero bastante bien escrito; y vacilé en romper el nema, como el jugador de lotería vacila al leer los números premiados, que han de realizar su fortuna ó desvanecer su esperanza.

Hice un esfuerzo, rompí el lacre verde, y leí:

«Mi apreciable amigo: ha cumplido V. su palabra, y por su apreciable sé las señas de su »habitacion: aunque señora cumplo lealmente »mis empeños y paso á darle las de la mia. Vivo »calle de los Claveles, número 10, cuarto se»gundo, y es siempre su amiga.

Sofía Amaranto.»

© Biblioteca Nacional de España

Releí el lacónico y cordial billete, tan cordial y breve como el mio, lo que me probó que Sofía guardaba en sus contestacionos aquella regla gramatical de que la pregunta y la respuesta siempre piden el mismo caso.

Bajo dos aspectos me era agradable el billete de Sofía Amaranto; veia en primer lugar, que una muger hermosa, discreta y agradable no se habia olvidado de mí, lo que, segun ella misma confesaba es muy raro en una mujer; y en segundo, me avisaba que podria pasar la mañana en dulces y amorosas pláticas: lo que era una felicidad grandísima en mi angustiosa situacion. A estas ventajas debo añadir, que el billete de la hermosa Sofía borró de mi mente la imágen de la viajera de ojos negros.

Encerré el billete en mi pupitre, que debia ser el arca santa, si no de las tablas de la ley de varios secretos importantes; y con mas esmero que de ordinario me vestí, saliendo de mi casa en guisa de conquistador. Formando castillos en el aire atravesé calles y plazuelas, tropezando con cuantos encontraba, y contestando á los saludos de personas tan desconocidas para mí como el emperador de la China. Me paraba de vez en cuando para preguntar á los transeuntes por la calle de los Claveles, que ni de nombre conocia, dirijiéndome siempre á mozos de cordel y personas descuidadamente vestidas, para no hacerlo

© Biblioteca Nacional de España

á un conocido á quien chocára mi pregunta.

Por fortuna las primeras señas me marcaron un itinerario, que ratifiqué dos ó tres veces; y despues de haber recorrido tres calles y la célebre Puerta de la Luz, paraje céntrico y el mas concurrido de la ciudad, tuve el inefable placer de leer en letras algo borradas CALLE DE LOS CLAVELES. Dificulto que el intrépido Cristóval Colon repitiera *tierra*, con mayor júbilo que yo esclamé, *Claveles*, contemplando la baldosa en que estaba escrito el florido nombre de la calle.

Una vez en ella, busqué el número, pase el dintel, subí la escalera, y sacudí la campanilla, tan orgulloso de mi triunfo, como César de haber bañado su cortante espada en la sangre de los valerosos hermínios; y pariodando las palabras del mismo ilustre conquistador, entré, ví, y saludé á la deliciosa Sofía.

Ocupaba la hermosa viajera un reducido gabinete, amueblado con poco lujo y aun escasa comodidad. Humildes esteras de esparto tapizaban su pavimento; estampas grabadas y de un mérito muy escaso salpicaban, permítaseme esta espresion, sus paredes; cortinas de percal flotaban ante la ventaba y alcoba; una mesita de cerezo, un tocador de la misma madera, seis sillas y un confidente, pintados de verde y con asientos de enea y paja completaban el pobre mueblaje de la mezquina habitacion.

© Biblioteca Nacional de España

¿Pero qué importaban los adornos, y quién podia fijar en ellos su atencion un solo segundo; cuando en tan poco digno templo se hallaba la divinidad, ornada siempre de sus celestiales atributos, la belleza y la juventud?

En el humilde confidente estaba sentada Sofía, vestida con suma sencillez pero con perfecta elegancia. Un traje de merino azúl, en forma de bata, dibujaba delicadamente sus contornos. y un chal de casimir listado, echado con seductor descuido, á un tiempo velaba y descubria parte de su turgente seno, y un cuello de cisne acariciado por blondos y sedosos rizos. Al verme me tendió la mano, me señaló asiento á su lado, y dijo con su dulce voz, y bañando en aquellas miradas tiernas, que tan grande contraste hacian con las de la jóven de ojos negros.

—Esperaba á V., amigo mio.

—Gracias, Sofía: la respondí.

—¿Por qué me da V. gracias, Palma?

—Porque me estaba V. esperando.

—¿Y eso?...

—Prueba que pensaba V. en mí, Sofía.

—Si hubiera V. de agradecerme, amigo mio, siempre que me ocupo de V., acabaria por profesarme una gratitud sin ejemplo.

—¡Sofía, Sofía! repuse con creciente entusiasmo: jamás sentiré hácia V. gratitud.

—¿Por qué, amigo mio?

© Biblioteca Nacional de España

—Porque la gratitud es afecto puro, santo, pero tambien dulce y tranquilo, y yo siento hácia V...

—¿Qué, amigo mio?

—Una pasion que me consume; un fuego que abrasa mis entrañas, toda la violencia del amor.

Y para probar con la accion lo que afirmaba la palabra, estampé mis lábios ardientes sobre la mano alabrastina, que me tendió Sofía al entrar y que entre las mias conservaba. Cuando sintió la hermosa viajera el contacto de mi ardoroso lábio, se estremeció lijeramente, retiró su mano con dulzura, y dirijiéndome una mirada de cariño y reconvencion:

—Palma, me dijo, no pretenda V. volver loca á una pobre mujer, con palabras que V. profiere sin sentirlas, pero que suenan dulcemente á nuestros oidos, y profundizan, lo confieso, hasta el fondo de nuestras almas.

—¿Es cierto, Sofía?

—Sí, muy cierto.

—¡Oh! V. ha llenado mi alma de inesplicable felicidad. ¿Qué ha hecho V. Sofía? ¿Qué ha dicho?

—Unas palabras imprudentes, que debemos ambos olvidar.

—¿Olvidarlas? jamás, Sofía. ¿Podria olvidar quien viera á un ángel la resplandeciente vision?

© Biblioteca Nacional de España

¿Olvidaría un reo la promesa que le perdonara la vida? Mándeme V., Sofia, que muera, pero no me mande olvidar.

—Por Dios, Palma.

—¡Sofia, Sofia! me ha hecho V. feliz con una palabra me ha remontado V. á los cielos; y mi caida seria la caida de Luzbel. Amo á V. Sofia, como un loco, añadí arrojándome á sus pies, y apoderándome de una mano que en vano pretendia retirar: mi amor ha crecido en pocos dias con la rapidez del incendio, con la lozanía del gigante. V. ha dicho que no le soy indiferente. Amémonos, hermosa Sofia. ¿Qué puede oponerse á nuestro amor?

—Mi deber: repuso la hermosa con voz conmovida: mi deber.

Esta palabra cayó sobre mí como un obelisco de granito: cerré los ojos cual si destellara un relámpago; vacilé como herido del rayo; quedé mudo como una estatua: y sentia en el fondo de mi alma, que aquella palabra solemne no entumecia mis sensaciones porque encerraba un desengaño sino por su misma santidad.

—Levántese V. amigo mio, añadió Sofia, despues de mirarme con ternura y contemplar por algunos momentos mi dolorosa postracion. Movido por su dulce voz como por oculto resorte, me levanté y ocupé el asiento del confidente que

© Biblioteca Nacional de España

habia dejado momentos antes: Sofía me miró con mas ternura, y prosiguió.

—Querido amigo, he proferido una palabra que le manifiesta mi estado, y colocada en esta senda debo decirle mi situacion y el motivo de mi viaje. ¿Quiere V. escucharme?

—Hable V. hermosa Sofía: repuse con abatimiento.

—Mi marido ....

Un vivo carmín tiñó mis mejillas é hice un movimiento de impaciencia; Sofía me dirijió una seductora sonrisa, añadiendo:

—No tenga V. celos: mi esposo ha cumplido sesenta años.

Mecí tristemente la cabeza, y la hermosa continuó.

—Mi esposo ha sido contador de rentas de la provincia de Barlocena por espacio de algunos años; no muchos, porque como V. sabe, en este pais duran poco los empleados, ó al menos ganados trashumantes mudan cada dia de lugar. Un ministro de color verde, que hay ministros de varios colores, y ministro que los toma todos, trasparente camaleon: un ministro de color verde nombró á mi esposo contador de rentas de la provincia de Barlocena: la dictadura del ministro, que aquí ministro y dictador generalmente son sinónimos, duró dos años, y merced á las relaciones que entre mi familia y la del ministro me-

© Biblioteca Nacional de España

diaban, dos años duró mi marido en su destino de contador. Se agostó, porque todo se agosta en nuest.o malhadado pais, el ministro de color verde, y le reemplazó, como era natural, un ministro de color de hoja seca: mi familia no estaba en relaciones con el nuevo ministro, y mi esposo de empleado activo pasó á la clase de *cesante*; palabra que ataca los nervios de toda mujer algo sensible. En los tres años que han transcurrido desde que fué depuesto, hemos contado media docena de ministerios, pero como todos han sido del mismo color, con tintas poco mas ó menos pronunciadas, y mi familia no ha estado en íntimas relaciones con ninguno, ha continuado mi pobre esposo en su lastimosa cesantía. Cansado de tanto esperar y de cobrar sueldo considerablemente disminuido y constantemente mal pagado, resolvió que viniera á la córte, ya que él no podia hacerlo á causa de sus graves dolencias, provista de una documentada y sentida solicitud; encargándome la presentara al ministro del ramo y que no descuidara ni un solo dia recordársela personalmente.

Aquí Sofia se interrumpió, y mirándome cariñosamente añadió con incomparable coquetismo.

—Estoy segura que mi historia lejos de haberle entretenido le habrá cansado horriblemente. Suplico á V. me disimule, porque la esposa de un cesante solo puede causar enojos.

© Biblioteca Nacional de España

No sé si la hermosa viajera seguiria las varias emociones, que esperimenté durante su discurso en el espejo de mi rostro. Del delirio del entusiasmo me habia hecho bajar con una palabra al abismo de la razon desde la ilusion al respeto. Su relato, fácil y chistoso, habia despues puesto en mis lábios una pasajera sonrisa, y cuando me pidió perdon, por el enojo que debia causarme su historia, tan confuso y preocupado estaba, que tuve que hacer un esfuerzo para responderla:

—Sofia, es tan delicioso para mí el eco de su dulce voz, que nada puede causarme enojos, viniendo de tan hermosos lábios: por lo demás ¿qué puedo yo encontrar de enfadoso en una conducta que le honra? Pero á fuer de amigo, quisiera hacerla una pregunta.

—Puede V. preguntarme; amigo mio, sin temor de ser indiscreto.

—¿Con qué medios cuenta V. Sofia, para lograr la reposicion de su esposo?

—A una mujer menos franca que yo, la colocaría V. sin duda en lamentable compromiso; pero yo que le llamo mi amigo, quiero esplicarme con franqueza.

—Hable V. hermosa Sofia.

—Tengo muy pocas esperanzas de conseguir lo que pretendo.

—¿Pocas esperanzas?

© Biblioteca Nacional de España

—Sí, Palma: he traido conmigo algunas cartas de recomendacion, es cierto: pero temo mucho que las personas á quien vienen dirijidas no tomen un vivo interés.

—¿Porqué tanta desconfianza?

—V. sabe mejor que yo, que en la córte las amistades apenas son conocimientos; y que las recomendaciones se olvidan.

—¿Y con tales desconfianzas qué piensa V. hacer?

—Pienso presentarme al ministro.

Estas palabras tan naturales y sencillas, agolparon mi sangre al rostro y guardé un instante silencio. Como el marino que en la carta busca puerto adónde dirijirse si brama de lejos la tormenta, busqué yo arbitrio en mi memoria para hacer que la hermosa Sofia, no se presentara en la secretaría de Hacienda, y acordándome afortunadamente, que una de las doce tarjetas tenia el nombre del ministro de la gobernacion, y que me indicaba á la hora que me seria fácil hablarle, respondí á la encantadora pretendienta.

—Aunque considero, Sofia, que un ministro con corazon no podrá negarse á sus instancias...

—Amigo mio, interrumpió Sofia, suele estar muy endurecido el corazon de los ministros.

—Sea así, la contesté riendo, y esa observacion dé mas fuerza á lo que pensaba decir.

—Sepamos, amigo mio; sepamos.

© Biblioteca Nacional de España

—Para evitará V. la molestia de ir y venir á los ministerios, me ofrezco á ser el agente mas infatigable y activo que pueda V. hallar en la córte. ¿Acepta V. Sofia, mis servicios?

—No me hubiera atrevido nunca á incomodarle, suplicándole lo que acaba de proponerme, pero no puedo desechar una oferta que me asegura el pronto y feliz resultado de mi comision.

—No nos alimentemos, Sofia, con lisonjeras esperanzas.

—¿Conoce V. al ministro de hacienda?

—Un poco.

—No quiere V. alegrarme diciendo que tiene con él intimidad.

—Seria engañar á V. Sofia: tengo bastantes relaciones, ó al menos las tenia antes de emprender mi viaje, con el ministro de la gobernacion, y pienso valerme de su influjo para lograr lo que ardientemente deseamos.

—¿Cuándo verá V. al ministro?

—Esta misma noche.

—¿Y yo podré saber su respuesta?

—Mañana.

—¡Cuánta bondad!

—Crea V. Sofia, que haré algo mas de lo posible por complacerla.

—Ha sido una felicidad para mí el que nos reuniéramos en la posada.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Será para mí una desgracia?

—¡Por Dios, Palma!

—Bien, Sofía, bien: sé que debo sufrir en silencio y no añadiré una palabra. Tiene V. pocas relaciones en la córte y desconfía de ellas; si necesita V. algo, Sofía, deseo que me dé V. la preferencia.

No sabiendo cómo prolongar una sesion, que en el estado de mi alma se iba haciendo muy difícil, me levanté, tomé el sombrero y saludé de despedida.

—¿Por qué me deja V. tan pronto? me preguntó la jóven.

—V. sabe que no debo permanecer mas: repliqué.

Sofía me tendió su torneada mano, estampé en ella mis lábios por segunda vez, y salí mas enamorado que antes.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO IX.

PERICO TRAVIESO.

En España y en el discurso de dos años, poco mas ó menos, se publicó una coleccion de cien artículos, si la memoria no me engaña, escritos por los literatos de mas valor y nombradía, segun se anunció en el prospecto; y ya se sabe que los prospectos merecen crédito y hacen fé. A esta coleccion se dió el nombre de Los ESPAÑOLES PINTADOS POR SÍ MISMOS, y cada artículo de ocho páginas, tasado de antemano en ocho pesos fuertes, hablando en lenguaje mercantil, llevaba un epígrafe como *El Dómine*, *El Esclaustrado*, etc., Estos epígrafes indicaban que se iba á poner en escena un TIPO, palabra griega, segun creo, de muy simple composicion; pero complexo signi-

© Biblioteca Nacional de España

ficado. Tipo, palabra fraccionaria, que es á un mismo tiempo parte y todo; parte respecto de la especie, todo en relacion á los individuos que calca sobre el mismo molde ó graba con el mismo buril.

Los artículos en cuestion, dieron lugar á controversias, que no pudieron decidirse y que se renuevan aun: sosteniendo unos que tal tipo no era peculiarmente español, y diciendo otros que A. B. oC. no podian llamarse verdaderos tipos, pues en ellos estaba mezclado el dibujo de dos diferentes escuelas, ó la casta bastardeada, como en los mistos que produce el canario y el colorin.

A mí me parece que estos mistos tienen tambien su particular fisonomía; pero para no empeñar nueva disputa, en vez de llamar tipo á Perico Travieso, me contentaré con llamarle lisa, llana y sencillamente, misto de canario y de colorin.

Basta de preámbulo ó digresion, y encadenemos los sucesos.

Mi entrevista con Sofía Amaranto habia causado en mí varias peripecias morales, tan rápidas y tan violentas, que no sabia cómo esplicármelas, qué debia esperar ni què temer. ¿Seria Sofía una fiel esposa, que aunque encadenada á un viejo tronco, y conociendo la inmensidad del sacrificio, domaria sus mas tiernos afectos y

© Biblioteca Nacional de España

aun sus mas violentas pasiones, bajo la coyunda del deber? ¿Sería, quizás, por el contrario una aguerrida cortesana, que procuraria vender á alto precio sus halagos y sus favores? ¿Al constituirme en su activo agente, debia esperar tarde ó temprano pago material de mis servicios; ó tal vez una gratitud ardiente y profunda, una amistad santa y duradera, como la que fomentan dos hombres desde la cuna al ataud?

En resolver estos problemas invertí el resto de la tarde: me acompañaron al paseo, entré con ellos en mi habitacion, y dije mal en resolverlos; pues cuando me senté á la mesa permanecian todos intactos, y se presentaban á mi mente entre las varias discusiones que despues sostuve en el café.

En cumplimiento de la palabra que habia empeñado á la bella Sofía, decidí visitar al ministro; pero como debia tener lugar esta deplomática visita entre una y dos de la madrugada, quise aprovechar la primera noche y conocer á otra persona, cuya clase, nombre y apellido habian picado desde un principio bastante mi curiosidad.

Saqué de mi casa dos tarjetas, verdadera guia de forasteros ó hilo de Arriana, que debian guiarme en tan intrincado laberinto. Decia la una «D. Buenaventura Perez Crespo, ministro de la Gobernacion. Se le vé en su secretaría, entre una

© Biblioteca Nacional de España

y dos de la madrugada» y la otra «Perico Travieso, baratero. Calle de la Camorra, núm. 16, taberna. Se emborracha de siete á nueve de la noche.»

No no sé por qué tenia capricho de conocer á este sugeto; y teniendo en cuenta el lugar á donde debia ir á buscarlo, cambié el paletó por la capa, puse pistolas en mis bolsillos, tomé las señas de la calle, y en guisa de buscar aventuras, me encaminé hácia la taberna.

La costumbre de guiarme per brújula, me iba dando una agilidad que podia causar envidia á un indio, y sin hacer una sola pregunta llegué á la puerta de la taberna: eran las ocho de la noche. Pasé el umbral con arrogancia, y acercándome al mostrador, dije al tabernero:

—Nuestro amo ¿está por aquí la honrada halaja de Perico Travieso?

—Pase su merced a aquella alcoba, que está mas allá de esa sala, y allí le encontrará trincando.

—¿Está solo?

—Como la una.

Me contenté con la metáfora; crucé la sala, en cuyas mesas se encontraban varios bebedores, que me miraban de reojo, como á gallina de otro gallinero, y llegué é la puerta de la alcoba. Una candila de dos mecheros, que arrojaban dos espesas columnas de humo, la alumbraba y enne-

© Biblioteca Nacional de España

grecia; tres mesas, rodeadas de sillas sin respaldo, brindaban á los bebedores asiento y sitio en donde colocar los vasos; y un ancho brasero de barro, con dos carbones á medio encender, que desprendian un gas mortífero, la servian de calentador.

En la mesa de la derecha se encontraba un hombre de treinta á treinta y cinco años; color moreno, negros ojos, nariz remilgada, lábios delgados, cabellos negros, por detras cortos y sobre la frente mas largos, robustos miembros, patilla corta y mas que mediana estatura. Su vestido se componia de un ancho pantalon de paño, un ceñidor de seda, un chaleco de casimír, una pellica guarnecida de terciopelo azul, con broches y clavetes de plata; un pañuelo flor de granado al cuello, tendido con cierta elegancia; y un calañé, que habia colocado sobre una silla bastante inmediata. Este bebedor era Perico.

Tenia sobre la mesa un jarro de vidriado blanco, medio de vino, y un vaso en forma de campana, de ancha boca y estrecho asiento.

Estaba sentado de modo que volvia la espalda hácia la puerta, y esta posicion me dió lugar para contemplarlo á mi sabor antes que pudiera descubrirme.

Perico estaba pensativo, y golpeaba con el pié de modo que manifestaba impaciencia. Tomó el jarro; vertió en el vaso lentamente una cantidad

© Biblioteca Nacional de España

de vino tinto, bastante para ponerlo medio; dejó el jarro con la misma lentitud, y se llevó el vaso á sus lábios.

Yo queria presentarme á Perico de una manera algo teatral; valiéndome de su posicion, me adelanté pausadamente, y dí de improviso una palmada sobre la mesa en que bebia. Perico no hizo movimiento; apuró el vaso tranquilamente, y despues volvió la cabeza para descubrir quién habia llamado su atencion de una manera tan violenta. Al verme saltó de su silla con la agilidad de un gato montés, cojió su sombrero en la mano para manifestar mas a las claras su deferencia y cortesía, y tomando la actitud mas humilde, me dijo como un reo convicto:

—No sabia, señor D. Nazario, que estuviese V. en Dramalla.

—Llegué antes de ayer, amigo mio.

—Todas las semanas iba una vez á preguntar si habia V. venido, y no me correspondia hacerlo hasta mañana; pero de todos modos he faltado; pues yo debia haber dormido, como un perro, en el escalon de la puerta.

—¿Estas loco, Perico?

—No lo estoy, y por el contrario tengo una escelente memoria. Herí á un hombre que me habia ofendido, y le herí en combate leal: me prendioron, tuvo protectores, yo no, y me condenaron á presidio. Dios condujo á V. á la cár-

© Biblioteca Nacional de España

cel: mi rostro le llamó la atencion, me habló con bondad, se informó minuciosamente de mi desgracia, y tres dias despues recibí el indulto.

—Calla, calla.

—No debo callar, señor D. Nazario: han pasado dos años sin que hayamos hablado de esto; hay cosas que no debe un hombre olvidar. Cuando me leyeron la sentencia, juré escaparme del presidio y matar al hombre que era causa de que me llevaran á él. Conozco que me hubiera escapado y que hubiera cumplido fielmente mi sacrílego juramento. He sido travieso, muy travieso, y hoy mismo no soy ningun santo; pero juro á V. que sentiria tener cargada mi conciencia con la muerte de un hombre.

—Bien, Pedro.

—V. me ha librado, señor D. Nazario, de cometer un asesinato: V. ha hecho por mí mas que mi padre: V. ha sido para mi un Dios.

Cuanto mas hablaba Perico, mas mi admiracion se aumentaba; aunque falso héroe de su historia, la escuchaba con vivo interés, contemplándolo con confusa mezcla de sentimiento y de ternura.

Permaneciamos los dos de pié, llamando un tanto la atencion de los bebedores de la sala; y como yo no sabia de qué modo debia conducirme Perico para desempeñar el papel á mi discrecion confiado, antes de mandarlo sentar, calculé que

© Biblioteca Nacional de España

debia darle el ejemplo. Me dejé caer sobre una silla, apoyé el codo sobre la mesa y le dije:

—Siéntate, Pedro.

—Un esclavo debe estar de pié en presencia de su señor; repuso con solemnidad.

—Pedro, te mando que te sientes.

—Un esclavo debe obedecer: respondió con el mismo acento, y se sentó á alguna distancia.

Mucho deseaba seguir hablando con un hombre tan singular, pero no sabia qué decirle de nuestras antiguas relaciones; relaciones sin duda íntimas y en algun modo interesantes, cuando el diablo lo habia colocado en el número de sus tarjetas. En esta duda creí prudente preguntarle algunas noticias referentes á los dos años, que segun él habiamos estado distantes, y le dije:

—Ya que has recordado los pequeños servicios que tuve ocasion de hacerte, quiero saber cuál ha sido tu vida en los dos años que no nos hemos visto.

—Mi vida, repuso Perico tranquilamente, ha seguido su curso ordinario, sin mas que un pequeño incidente. V. me entregó tres mil reales, para que atendiera á mis gastos durante su ausencia. Me conozco; los tres mil reales en mis manos hubieran durado poco tiempo, y yo no queria despilfarrar la dádiva de mi bienhechor. Para conservarla, busqué á un amigo, hombre honrado y emprendedor. «José, le dije, tengo

© Biblioteca Nacional de España

»tres mil reales en oro, tú tienes genio comer-»cial y andas escaso de dinero; ¿quieres tomar »mis tres mil reales y dedicarlos á tus negocios?» »Con mucho gusto» me respondió. «Te advierto» »José, le dije entonces, que yo necesito comer.» »¿Cuánto necesitas al mes?» «Seis duros.» «Te »entregaré el último dia de cada mes ciento »veinte y cinco reales; que equivale al año al »cincuenta por ciento de la cantidad que me en-»tregas» «¿Producirá tanto?» «Algo mas.» Cerramos así nuestro contrato: me ha entregado religiosamente los ciento veinte y cinco reales, añadiendo algunos regalillos por Pascuas, y conservo íntegro el capital.

—Eres un hombre honrado, Pedro.

—El que á buen árbol se arrima buena sombra le cobija.

—¿Pero con ciento veinte y cinco reales cada mes lo habrás pasado pobremente?

—Perico: gritó un bebedor de los que estaban en la sala.

—¿Qué quieres? repuso Perico.

—Escucha una palabra, con permiso de ese caballero.

—¿Me permite V., señor D. Nazario? me dijo Perico.

—Anda, Pedro.

Despues de recibir mi venia, se llegó al grupo en donde estaba el bebedor que lo habia llamado,

© Biblioteca Nacional de España

cambió con él algunas palabras, que no pude oir desde mi asiento, sacó una baraja del bolsillo, la colocó sobre la mesa, saludó, ocupó de nuevo su silla, y me dijo:

—José ha respondido á la pregunta que acababa V. de dirijirme: tengo un sobresueldo bastante á satisfacer algunos vicios.

—¡Siempre baratero!

—Señor D. Nazario, me ha reprendido V. algunas veces, y por último ha tenido que darme la razon. V., caballero y valiente, se ha portado siempre como tal, teniendo lances, corriendo peligros, y aun haciendo calaveradas; pero sin descender un punto de la altura en que le colocó la suerte: yo, hombre del pueblo, tengo mi género de valor, soy calavera de otra especie; mis lances son por muy diferentes motivos: en una palabra, sigo arrastrándome sobre el mismo lodo en que nací.

—Estás contínuamente espuesto, no solo á los peligros de un lance sino tambien á ser traidoramente asesinado.

—Algunas veces pienso en ello, y me estremezco á mi pesar; pero al mismo tiempo reflexiono que mi voz infunde respeto, y que cien hombres bajan los ojos ante mi mirada atrevida: que mi nombre aterra ó anima al contrario ó al amigo mio. Considero que tengo mi córte, mis vasallos, mi patrimonio; y en prueba quiero que V. vea·

© Biblioteca Nacional de España

Perico dió una fuerte puñada sobre la mesa y se presentó el tabernero preguntando:

—¿Qué quieres, Perico?

—¿Cuánto debo? preguntó mi ahijado.

—Ya está pagado.

—¿Quién lo ha hecho?

—Aquel buen mozo que está en el rincon de la sala.

El tabernero se retiró, y continuó diciéndome Perico:

—Un dia cada año gasto yo en estos generosos amigos mas que han gastado en mí todos juntos, pero esta especie de homenaje me llena de orgullo, lo confieso.

—Tienes, Pedro, mucha razon.

—Ustedes, señor don Nazário, no pueden saborear estos goces: en la sociedad en que viven podrá ser uno mas discreto, mas valiente que los demas; pero nadie le cede la palma, la discrecion le niegan unos por envidia, otros el valor por orgullo. En mi sociedad se reconocen paladinamente privilegios y categorías; un hombre agudo concedo á otro mas agudeza; un valiente confiesa tambien que otro lo es mas.

Estos hombres, dije para mí, tienen el valor que el divino Homero dá á sus héroes: hay Nestores, Ulises y Ayaces; pero sobre tantos mortales se levanta Aquiles, como un Dios; y alzando la voz continué:

© Biblioteca Nacional de España

—Me has hablado de un incidente que ha tenido lugar en tu vida, durante mi ausencia, y si no es un secreto deseo conocer bien sus pormenores.

Pedro sonrióse con dulzura, y me respondió.

—Señor D. Nazario, no tengo secretos para V. y ademas no lo es para nadie el incidente de que hablamos. Estoy locamente enamorado.

—¿Estás enamorado?

—Hasta los tuétanos, señor.

—Cuéntame la historia de tus venturosos amores.

—Es muy sencilla y nada larga. Me paseaba solo y tranquilo en la tarde del 4 de agosto por las alamedas que conducen á la hermosa fuente Infernal: delante de mí iban jugando una docena de mozuelas, guardadas por dos ó tres madres, que hacian las veces de paveros. No sé por qué me interesaba su alegría: y el sol poniente, que reflejaba sobre sus lustrosos cabellos, como en un espejo de azabache, tendiendo sus últimos rayos á través de las alamedas y sobre un lecho de hermosas flores, daba al paisaje delicado barniz de poesía.

—Inspirado estás, le interrumpí.

—El corazon siempre es poeta: me replicó sencillamente, y prosiguió despues su historia.

—Continuamos nuestro camino. Ellas delante

© Biblioteca Nacional de España

y yo algunos pasos detras, todos llegamos á la fuente: en ella habia puestos de flores, de dulces, tortas y naranjas. Las jóvenes formaron rueda; sacó cada una de su bolsillo los pocos cuartos que habian ahorrado en la semana; los reunieron en un pañuelo, y despues de haberlos contado, empezaron á calcular en qué deberian invertirlos. Propusieron unas que en dulces, sin atender á que era corta la cantidad: opinaron por flores otras; pero las madres decidieron que se compraran tortas y naranjas, una para cada una. Durante esta larga discusion, no habia apartado yo los ojos de una muchacha encantadora que habia opinado por las flores, y era sin disputa una flor. Ojos negros, cabellos negros, cejas pobladas, frente tersa, boca pequeña, lábios rosados, dientes iguales y blanquísimos, tez ligeramente morena, y perfectamente sonrosada: nariz correcta, cuello torneado, esbelto talle, y estatura mas que mediana.

—Pedro, Pedro, le interrumpí; ¿has encontrado modelo á tu dama en la Venus de Praxiteles, ó dándole mirada fiera es el modelo de la célebre Minerva de Fídias?

—No he viajado, señor D. Nazario, y por lo tanto no conozco esos modelos que V. cita; pero sí puedo asegurar que Manuela es una mujer bastante hermosa.

—Continúa la historia de tu amor.

© Biblioteca Nacional de España

—Siguiendo la opinion de las madres, ajustaron quince naranjas y el mismo número de tortas, y sacaron del fondo comun casi el total para pagarlas: mas al ir á entregar el dinero vieron con sorpresa que se negaban á tomarlo.

—¿Podrás esplicarme qué causa hacia obrar á los vendedores con tamaña generosidad?

—Una doble seña que yo les habia hecho poco antes.

—¿Tú pagabas?

—Precisamente.

—¿Las jóvenes te rodearian para darte las gracias.

—Las jóvenes no debian saber quién las hacia el pequeño obsequio.

—¿Querias conservar el incógnito?

—Exactamente.

—Prosigue, prosigue.

—Las mujeres de nuestra clase ven en un obsequio la atencion de quien se lo hace, y no se paran á sacar remotas ni oscuras consecuencias: se comieron con algazara su merienda, y como habia quedado íntegro su caudal, tomaron frescos ramilletes de flores.

—Pero en el momento de pagarlas, sabrian tambien con admiracion, que una misteriosa providencia habia venido en su socorro.

—La florista tomó el dinero sin decirlas una palabra.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Se agotó tu bolsa ó se acabó tu generosidad?

—Ni lo uno ni lo otro, señor don Nazário: pero, en las dádivas sobre todo, es preciso ser muy discreto. La muger que me enamoraba deseó comprar algunas flores, su madre apeteció manjares, el caudal no alcanzaba á tanto: pagué los unos, compraron las otras, y todas quedaron satisfechas.

—Eres un buen economista.

—La tarde acabó sin incidente, y las jóvenes, despues de haber triscado como corzas, volvieron cantando á la ciudad: yo las seguí á corta distancia. Llegadas á la puerta de Boliba, se dividieron en vários grupos, y yo seguí á Manuela y su madre, que despues de muchos rodeos llegaron á la calle de la Escucha, y se entraron en una casa de magníficas apariencias.

—¿Recuerdas el número?

—Número 7.

—En ese número vivia la marquesa del Buen Gusto.

—Y sigue viviendo, señor.

—Continúa, Pedro, continúa.

—Dí algunos paseos ante el palacio, pensando cómo tomar informes; y la fortuna que se decidia en mi favor, hizo que cuanto mas apurado me encontraba me tocasé un hombre en la espalda. Volví la cabeza, y me encontré con un amigo de

© Biblioteca Nacional de España

la infancia, á quien habia perdido de vista por espacio de cinco ó seis años. «Cómo te vá, Pe»dro?» me dijo, con muestras de vivo placer. «Bien, Francisco: ¿y tú como estás?» Le respondí. «Perfectamente. Estoy al servicio de S. E. el »marqués del Buen Gusto.» «¿Y qué haces en »casa de S. E.?» «Soy cochero de la señora.» Siguieron preguntas y respuestas, que fuera largo referir: é intimando los confianzas, le pedí noticias de la jóven, que habia llamado mi atencion. Supe por él que era hija única de la lavandera de la casa, que la señora la queria mucho, y que muy en breve debia subir á la categoría de doncella: me dijo su nombre, y me habló con basbante encómio de sus cualidades y carácter.

—Pocos amantes tienen la dicha de averiguan en tan poco tiempo las circunstancias de sus amadas.

—Me contenté con estas noticias, y despidiéndome de mi amigo lo cité para el dia siguiente. Acudí á la cita con una hora de anticipacion, y tuve el gusto de ver á Manuela en una reja. Mis ojos la dijeron que la amaba, y sus ojos me respondieron que no era insensible á mi amor. El cochero de la marquesa acudió á la cita puntual; volvimos al tema del dia anterior, le declaré paladinamente que estaba perdido por la chica, me introdujo en la casa, hablé á Manuela con el corazon en los lábios, y comprendiendo

© Biblioteca Nacional de España

mi cariño me dió al fin las mas halagueñas esperanzas.

—¿Y ahora eres el mas feliz amante del Infierno?

—El mas desgraciado.

—¿Por qué?

—Porque la madre de Manuela me niega la mano de su hija.

—¿Y en qué se funda?

—Dice que soy muy pendenciero.

—Has recibido al fin el castigo de no haber tomado mis consejos.

—Cuando sacan á un pez del agua se muere.

—¿Qué quieres decir?

—Que debo morir como he vivido.

—¿Renuncias al amor de Manuela?

—Jamás.

—¿Qué esperas?

—Ablandar á la madre ó casarme contra su gusto; venciendo con tiempo y halago la resistencia de la hija.

—¿Esperas lograrlo?

—Todo lo vence la constancia. Mas para cuando llegue este caso quiero pedir á V. un favor.

—Habla, Pedro.

—¿Nos servirá V. de padrino?

—Te doy mi palabra.

—Nada mas tengo que pedir.

© Biblioteca Nacional de España

Iba adelantando la noche, y yo habia pasado algunas horas en aquella miserable taberna. Nada temia de los bebedores, que respetaban á Perico, y que hubieran tenido que habérselas con un seguro par de pistolas; pero temia que un celador ó comisario de policía penetrara en aquel lugar, y me encontrara en tan poco honrosa compañía, ó creyera que estaba conspirando allí.

Me levanté, Pedro hizo lo mismo; y aunque le mandé que se quedara, no lo hizo; apoyándose en que era tarde y la calle estaba desierta. Al cruzar la sala, un bebedor dijo á mi ahijado:

—Toma, Perico, el dinero de tu baraja.

—Mañana me lo pagarás; repuso Pedro, y ambos abandonamos la taberna.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO X.

EL HOMBRE NO ES RIO PARA SEGUIR SIEMPRE EL MISMO CURSO.

Cuando salimos de la taberna eran las once, y tenia que esperar dos horas para poder hablar al ministro: no sabia adonde dirijirme y dije á Pedro:

—¿Por qué camino invertiremos mas tiempo en llegar al ministerio de la gobernacion?

Pedro me miró fijamente, y repuso:

—El camino mas corto habrá V. querido preguntarme.

—El mas largo he dicho.

—El mas largo, es no seguir ninguno.

—Pedro, quiero estar á la una en punto de la noche á la puerta del ministerio, han dado las

© Biblioteca Nacional de España

once y no tengo nada que hacer, guia por donde mejor te parezca para invertir estas dos horas.

—¿Quiere V. pasarlas andando?

—Sí.

—Pues empecemos el paseo.

No sabia esplicarse Perico mi capricho de correr calles, ni mucho menos por qué dejaba a su eleccion las que nos acomodaba seguir: yo hubiera podido con dos palabras poner término á su estrañeza, manifestándole que no conocia la poblacion, pero esto hubiera sido provocar su risa, ó echar por tierra el edificio que estaba empezado á levantar. Dejé á Pedro con su admiracion y emprendimos nuestro paseo.

De una á cinco de la mañana duermen las ciudades, y semejan un apartado mausoleo: durante el dia despiertan, viven y son el trasunto de aquella Babel, real ó simbólica, que nos refieren historiadores y escritores: de diez á doce de la noche, presentan solamente el claro oscuro del cuadro de la humanidad, confusa mezcla de luz y sombras, de existencia y negaciones, de vida ó muerte, de ilusion y de realidad.

Las luces de las habitaciones van desapareciendo una á una tras de las cerradas maderas: los faroles del alumbrado se amortiguan, chisporrotean, y rápidamente se estinguen: las mugeres se cubren el rostro para no ser reconocidas; estrellas que buscan en los cielos diáfanos mantos

© Biblioteca Nacional de España

de vapor, porque la tierra ya no necesita sus luces: los hombres se miran recelosos, salúdanse apenas los amigos, y entre la actividad y el cansancio hay aquel intermedio imperceptible que comprendemos entre el abrir y cerrar los ojos, entre estar despierto y dormir.

Este panorama bosquejado á grandes rasgos de pincel y que solo ocupa algunas líneas, se fué presentando á nuestros ojos progresivamente y con sus menores destalles. Pedro andaba maquinalmente sin fijar en él sus miradas, yo envidiaba su indiferencia y proseguia siendo escrupulosamente observador.

Cuando llegamos á la puerta del ministerio dió el reloj inmediato la una: mi acompañante habia calculado bien el tiempo, y con un espresivo apreton de mano le manifesté mi gratitud.

—Ya puedes retirarte, Pedro, le dije con voz afectuosa.

—¿No tiene V. nada que mandarme? repuso.

—Nada.

—Buenas noches, señor don Nazario.

Perico se alejó algunos pasos, y yo subí de dos en dos las gradas de aquella escalera que conduce á las regiones del favor.

Llegué á la primera antesala, y el portero me saludó, como á persona conocida: este cordial recibimiento, lejos de causarme alegría me con-

© Biblioteca Nacional de España

trarió terriblemente, pues como persona acostumbrada á pisar aquellos salones debia atravesarlos sin vacilar, y no sabia siquiera hácia qué lado estaba el despacho del ministro. Dudé qué partido tomar, pero conociendo que la pérdida de algunos instantes en inútiles reflexiones llamaría la atencion del portero, le pregunté con admirable impasibilidad:

—¿Está S. E.?

—Sí señor: me respondió, y abriendo una mampara me indicó sin pensar en ello el camino que estaba lejos de conocer.

—¿Se puede ver á S. E.? pregunté al portero mayor.

—Voy á anunciar: me contestó, pero noté que su mirada revelaba alguna estrañeza.

No me hizo esperar el portero, y manteniéndo abierta la mampara, manifestó con mudo lenguaje que estaba autorizado á entrar.

Pasé el dintel con la arrogancia de un atrevido aventurero, y á los pocos pasos me hallé frente á frente del señor ministro.

Con una rápida ojeada abrazé todos los detalles del santuario ministerial cómodo y suntuosamente amueblado, y sobre un sofá de flexibles muelles de acero, ví recostado á un hombre casi jigante, que fumaba un riquísimo habano, para olvidar sin duda los dolores de aquel punzante lecho de espinas.

© Biblioteca Nacional de España

A mi vista se levantó, y dándome la mano cordialmente me preguntó:

—¿Se ha dejado V. la petaca?

Esta pregunta, hecha lo mas naturalmente posible, me desconcertó en el momento, pero acudiendo al predominio que iba tomando sobre mi, repuse:

—No he dejado nada.

—Como tengo el gusto de recibirlo segunda vez.

—¡Mísero de mí! esclamé en lo interior del alma: el Diablo, mi homónimo ha estado aquí, habrá conversado con el ministro, yo no sé lo que habrá dicho, y voy á encontrarme en la mas complicada situacion que puede hallarse hombre en el mundo.

Hubiera querido en aquel instante ser víctima de un furioso ataque de nervios, de un vértigo ó de una aplopegia fulminante. Las enfermedades, que tan fuera de sazon acometen á los que menos las desean, despreciaron mi humilde ruego, y como náufrago que hace el último esfuerzo para asirse del roto mástil que puede llevarlo á la playa, reuní las fuerzas de mi combatida inteligencia y murmuré penosamente:

—Me habia olvidado de hablar á V. de un negocio de poca monta, pero que ofrecí recomendar.

—Siéntese V., repuso el ministro, cediéndome

© Biblioteca Nacional de España

parte del sofa que le habia servido de lecho, y pídame cuanto desée.

Aproveché su indicacion, y respiré como aliviado de un gran peso en lo pendiente de una sierra.

—Decíamos, añadió el ministro.

—Decia, repuse, que estoy empeñado á recomendarle un negocio, y voy á cumplir mi palabra. Don Marcos Pastrana, que habia sido contador de rentas de la provincia de Barlocena durante algunos años, fué separado de su destino hace tres, sin haber dado el mas leve motivo para semejante medida.

—Defiende V. con mucha conviccion los intereses de su protejido.

—Lo tengo por un hombre honrado.

—No pondrá en duda su honradez: y puede V. continuar.

—Sin discutir sobre las razones ó pretestos en que pudieran fundar entonces su deposicion, solo diré que me holgaria mucho de verlo repuesto en su anterior destino ó en otro de la misma clase.

—La recomendacion es lacónica: repuso el ministro sonriendo.

—Siempre he oido decir que los memoriales deben serlo: le repliqué en el mismo tono.

—Todas las dimensiones son buenas, cuando se dirijen á un amigo: y solo siento no ser el mi-

© Biblioteca Nacional de España

nistro del ramo, para despachar al momento tan recomendada solicitud.

—¿Pero podrá V. interesarse con su compañero?

—Sin duda. ¿Trae V. consigo la esposicion á S. M.?

—No señor: pero....

—Tal vez no nos sea necesaria. Escriba V. en un papel el nombre del solicitante, y lo que desea conseguir.

Me acerqué al bufete del ministro, y en un pliego de papel timbrado escribí. «Don Marcos Pastrana desea la contaduría de rentas de una provincia de primer órden.» y al dejar la pluma reparé en una tarjeta, que decia: *Nazario Palma de Jura.* Esta tarjeta me esplicó el recebimiento de los porteros y la pregunta del ministro.

El sofá de muelles, que tan blando debia parecer á don Buenaventura Perez Crespo, habia sido para mí, el poco tiempo que estuve en él, un verdadero lecho de espinas, y no quise ocuparlo de nuevo. Indiqué el papel con un espresivo ademan, y me despedí del ministro: este me estrechó la mano deteniéndome unos instantes, y dijo con afable sonrisa:

—Haré su encargo, amigo Palma; pero V. acaba de probarme que *el hombre no es rio para seguir siempre el mismo curso.*

—Pero, murmuré.

© Biblioteca Nacional de España

—Ni una palabra mas. Es una observacion de amigo, y repito que haré con eficacia su encargo.

No podia seguir la discusion sin desventaja, y salí temiendo los peligros de partir la existencia con el Diablo.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XI.

UN DIA BIEN APROVECHADO.

Poner en órden las ideas que de tropel ó á la desbandada fueron apoderándose de mi mente, no sé si por brecha ó por asalto, seria querer sujetar á guarismos las arenas de rios y playas, las aves que pueblan el aire, y las hojas de flores y plantas: renunciemos á este trabajo, que ni honra daría ni provecho, y contentémonos con decir que se borraron con el sueño.

Amaneció, no sé de qué modo, porque durmiendo no se ve si sale la aurora sobre carro de topacios ó de zafiros; dieron las ocho en todos los relojes de campana, todas las muestras las señalaron, y yo dejé el lecho soñoliento, pues me habia acostado á las tres, y cinco horas de

© Biblioteca Nacional de España

sueño no es mucho para un hombre que asi piensa en ser cenobita como en arrancarse las pestañas.

Despues de estregarme los ojos, no recuerdo si con las puntas de los dedos ó á puño cerrado, que una y otra cosa puede ser, me recosté en una butaca tan blanda como el sofá de S. E. y me puse á leer los periódicos, empezando por la Gaceta, á la que por órgano oficial y por anciana guardaba siempre la merecida preferencia.

Empecé por la parte oficial, que es empezar por el principio, y supe con júbilo que S. S. M. M. y real familia continuaban sin novedad en su importante salud. Continué por el primer real decreto, y ví que S. M. se habia dignado conceder cincuenta grandes cruces á un médico de cámara, un pintor de idem, no recuerdo cuantos generales y brigadieres, grandes del infierno, capitalistas etc., etc., etc., Acaté, como era debido, la resolucion de S. M.; y pasé á una lluvia de cruces pequeñas, grados, empleos, etc., etc., que en España hubieran llamado la atencion porque estas gracias no se prodigan, pero que se veian en el Infierno con estóica impasibilidad.

A renglon seguido de las gracias, venia un parte del director general de correos, participando al gobierno de S. M., que las muchas nieves y mal estado de los caminos dificultaban la conduccion de la correspondencia pública, por

© Biblioteca Nacional de España

lo que á pesar de los heróicos esfuerzos de los mayorales y postillones que se espresan, las sillas correos de tal y cual punto habian llegado con cuarenta y seis y cincuenta y cuatro horas de retraso: habiendo dejado enterradas en nieve á dos góndolas de las diligencias generales, y á una de las peninsulares, cuyas mulas resbalándose con el hielo se habian caido de la lanza.

Al leer la palpitante relacion de un pais nevado, y viendo que una húmeda niebla habia empañado los cristales de mi gabinete, mandé que encendieran la chimenea, y trasladándome á la sola me hundí en otra cómoda butaca, y despues de reflexionar maduramente que el parte del señor director de correos era una lectura tan amena como instructiva; continué la empezada tarea con fé, esperanza y caridad.

El autócrata de todas las Rusias y los hielos de la Siberia, azote y verdugo de un pais: el emperador de Alemania y el príncipe de Meternich, cuerpo y alma de una autoridad: el rey Luis Felipe I, encargado y aspa de un telégrafo: la reina Victoria y su ministerio, santo y sacerdotes de un culto: el rey de Prusia y sus políticos; maestro de escuela que pregunta, chicos que enseñan y máquina que hace mucho ruido sin producir ningun efecto; fueron pasando ante mis ojos; estraño escuadron de gigantes y de pigmeos, de realidades y mentiras, de astros sin

© Biblioteca Nacional de España

órbitas, de órbitas sin astros, de luz y sombras, que conversándose entre sí quieren sostener una bóveda sin clave, acometiéndola con picos, y haciendo volar profundas minas.

De la política esterior pasé á la interior, y como el ministerio, segun la feliz espresion de Sofía, era de color de hoja seca, la política del periódico oficial tenia el color del ministerio y no era ni nueva ni brillante, corrí por ella como quien corre sobre ascuas, deteniéndome sin embargo en la crónica electoral. La Gaceta no hacia comentarios sobre las personas nombradas (en lo que obraba como prudente su director, pues el mas humilde diputado podia elevarse al ministerio, y pobre entonces del direccctor si hubiera dicho una sola palabra capaz de provocar su enojo); pero sí ponia todos los nombres; y entre aquellos nombres leí: «Don Nazário Palma de Jura, propietario y escritor público, diputado electo por el distrito de Riadalo.»

Tan acostumbrado estaba á ver cosas que no habia soñado siquiera, desde mi llegada al Infierno, y tanto puede la costumbre que apenas me llamó la atencion mi honroso y nuevo cargo. Erguí la cabeza, como hombre que tiene en su mano una parte del destino de su pais, y abrazando de una sola ojeada las variedades de la Gaceta, que no tienen mucho que abrazar, la arrojé sobre un velador.

© Biblioteca Nacional de España

Siguiendo el turno de periódicos, que establecí desde el primer dia, me apoderé del Infernal pero antes de leer la primera línea de su primer artículo de fondo, me asaltó una idea, que me hizo suspender la lectura y profundamente meditar.

—Yo no poseo, decia en mi interior, un solo palmo de terreno en los dominios infernales, y segun la constitucion que nos rije, para ser representante del país, es indispensable justificar una renta de diez mil reales anuales, procedente de bienes raices, ó pagar por el mismo concepto mil reales de contribucion. Yo no puedo ser diputado.

Este argumento, que, aunque no calado servilmente sobre los moldes escolásticos, no dejaba de tener sus formas, era á mi ver tan concluyente, que incliné la frente sobre el pecho y lancé un profundo suspiro; porque á mi pesar se iba despertando en mi pecho, no sé que la ambicion esté en él, pero es frase sacramental, la noble ambicion de poner término algun dia á los males de mi patria adoptiva, á la que iba cobrando amor.

Mucho tiempo hubiera durado mi meditacion, á no turbarla mi amable huéspeda, que con un grueso pliego en la mano me saludó desde el dintel.

—Buenos dias, señor don Nazário.

© Biblioteca Nacional de España

—Muy buenos, señora: respondí.

—¿Ha pasado V. buena noche?

—Buena, ¿y V.?

—He estado un poco desvelada y he oido á V. toser varias veces.

—Estoy un poco constipado.

—¿Por qué se ha levantado V. hoy? El tiempo está crudo, señor don Nazario, métase V. de nuevo en la cama y le daré leche caliente bastante cargada de azúcar.

—Gracias, señora, muchas gracias.

—No se cuida V.

—Esto no es nada: pero trae V. un pliego en la mano, y presumo que será para mí.

—Es verdad: como hablábamos del constipado me olvidé de esta carta que acaba de entregarme el cartero.

Mi huéspeda me entregó la carta, haciéndome una profunda reverencia; y despues de preguntarme varias veces si queria tomar sudoríficos, desapareció como habia entrado, es decir saludando siempre.

Me apresuré á romper el nema, y con asombro ví papel sellado y papeles impresos: los desdoble y encontré el acta de mi eleccion, y dos recibos de contribuciones, por los que constaba que habia pagado el año anterior dos mil trescientos reales de contribucion territorial.

—¡Ya soy diputado! esclamé dando una puña-

© Biblioteca Nacional de España

da en el brazo de la butaca, que estuvo á punto de romperse, y despertándome la alegría un apetito mas que mediano, tiré con una mano el Infernal y con otra el cordon de la campanilla, para pedir que me sirvieran el almuerzo.

Quien quiera ser servido al vapor, frase nueva, debe vivir en casa de huéspedes, pagar mucho, hacer poco gasto, y no escatimar las propinas ni oponerse á algunas periódicas sangrías, que de vez en cuando le hagan; si alguno duda de la bondad de este consejo, que se venga á almorzar conmigo y se rendirá á la evidencia.

No soy gastrónomo, lo que al público nada importa, pero place mucho á mi huéspeda: á pesar de mi gran contento almorcé muy medianamente, y solo por gala empecé á hacer algunos honores á los postres. La huéspeda se presentó con una sonrisa maliciosa.

—Señor don Nazario, me dijo: una señora busca á V.

—¿Ha dicho su nombre? pregunté; temiendo una escena semejante á la que tuve con la dama del pié delicado y pequeño.

—Aquí tiene V. su tarjeta.

Cojí la tarjeta y leí: *Sofía Amaranto de Pastrana.*

—Que entre al instante: grité á mi huéspeda, y con la servilleta en una mano y medio pastelillo en la otra salí al encuentro de Sofía.

© Biblioteca Nacional de España

Un hombre en bata, pantuflas, desgreñado, y con los accesorios del pastelillo y la servilleta no debe parecer muy elegante ni gallardo, y la hermosa mitad del cesante tuvo que hacer un violento esfuerzo para no soltar la carcajada. Avergonzado tiré el pastel, me limpié las puntas de los dedos en la servilleta y presenté la mano á Sofía. La pretendienta me dió la suya sin recelo ni reparar en el guante amarillo, que habia estrenado momentos antes; y de la mano la conduje hasta una butaca muy próxima á la chimenea y frente á frente de la mia.

—Amigo mio, me dijo Sofía, con su voz dulce y argentina, he venido á turbar á V. en lo mas sabroso de su almuerzo.

—Solo siento, la repliqué, desembarazado de aquella fatal servilleta y tomando una postura mas galante, que haya V. llegado á los postres: pero si quisiera hacerme el honor de tomar algo en esta su casa, seria muy fácil remediar su, para mí, sensible tardanza.

—Las mujeres, amigo mio, repuso Sofía, con el delicado coquetismo, arma y lote de las mujeres, somos mucho mas arregladas que los hombres, y nunca salimos de casa sin haber almorzado antes.

—Pero al menos me hará V. el gusto de probar un poco esta conserva.

—Las mujeres somos golosas, y el que nos

© Biblioteca Nacional de España

provoca con dulce está seguro de vencernos. ¿De qué es la conserva?

—De manzana.

—Quiere V. vengar al primer hombre.

—Desearía vengarme á mí propio.

Sofía tomó un cuchillo, y con un donaire singular llevaba del plato á los lábios tan pequeños pedazos de conserva, que al tocarlos quedaban perdidos, como la abeja entre las hojas de una malva.

Con su esquisita delicadeza me reservó el último pedazo, conociendo que por estar sobre la punta del cuchillo, que habia rozado ligeramente sus frescos lábios, quemaria los mios como fuego, sabiéndome á dulce ambrosía.

Pagué á Sofía el tierno agasajo con una mirada radiante, y la hermosa dando á sus ojos aquella espresion dulce y ardiente que trastornaba mi razon:

—He querido ser la primera en felicitar á V., me dijo: y me parece que lo he logrado.

—Hasta ahora no habia considerado una fortuna el honor que me han dispensado los pueblos: pero su visita me prueba que calculaba equívocado.

—Qué amable es V.

—Y V. qué hermosa.

—¿Me paga V. así la visita?

—Yo no sé lo que hago, Sofía; porque sus miradas me enloquecen.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Quiere V. que baje los ojos?

—No, Sofía; no baje V. los ojos por Dios. Míreme V., abráseme el alma con las miradas de sus ojos: máteme, que quiero morir al impulso de sus miradas.

—Amigo mio, ¿cumplió V. anoche su palabra?

La pregunta de Sofía Amaranto heló en mis lábios la palabra y puso dique á mi pasion. Una sonrisa de compasion ó de desprecio contrajo mis músculos, y dando á mi acento cuanta frialdad me fué posible, repuse:

—Comprendí, señora, todo el interés que V. tenia en el pronto despacho del negocio y hablé anoche con el ministro.

Sofía aparentó no comprender la amarga ironía de mis palabras, y volvió inmediatamente á preguntarme con perfecta tranquilidad:

—¿Qué respondió á V. el ministro?

—Me ofreció influir eficazmente con su compañero, y como habia olvidado pedir á V. la solicitud de su señor esposo...

—Aquí la traigo: repuso Sofía vivamente.

Alabo la precaucion, señora, repliqué con la misma ironía, pero no la creo necesaria.

—¿Por qué? preguntó con viva inquietud.

—Porque conociendo el ministro que yo deseaba el pronto despacho del negocio, tuvo la condescendencia de decirme que escribiera en

© Biblioteca Nacional de España

un pedazo de papel el nombre del solicitante y el destino que pretendia.

—¿Lo escribió V.?

—Inmediatamente.

Sofía arrastró su butaca hácia la mia, se quitó un guante, como distraida, y arreglándose con su pequeña y delicada mano un rizo, que no necesitaba el menor arreglo:

—Amigo mio, dijo, conozco que no tiene límite su bondad.

—Mi obediencia, señora: repuse.

—¿Está V. enojado conmigo?

—Seria sumamente ridículo enojándome con quien tanto me favorece.

—Me parece que su lenguaje ha cambiado mucho en pocos momentos.

—¿Es posible que V. lo crea?

—Muy difícil seria dudarlo.

—Cuando se está al lado de una hermosa se siente á todas horas lo mismo, y es muy natural espresarse de la misma manera siempre.

—Lo que acaba V. de decirme me parece muy bien hablado, pero al mismo tiempo mal sentido.

—Está V. deliciosa, Sofía; y parecemos en este instante dos amantes reñidos.

—Es verdad.

—Si fuéramos, Sofía, lo primero, poco importaria lo segundo.

© Biblioteca Nacional de España

—Sofía puso entonces su pequeña y desnuda mano sobre el brazo de mi butaca, inclinó su talle flexible hácia mí, me miró con una mezcla de vergüenza, tristeza y ternura, y dijo:

—Nazario, los hombres solo aprecian el sacrificio pero en nada estiman la lucha.

Por mas prevenido que estaba contra la seduccion de Sofía, su voz y su dulce mirar me trastornaron completamente: sin embargo, conservé las fuerzas necesarias para no desplegar los lábios, y mecí tristemente la cabeza, como apenado y pensativo.

—Amigo mio, prosiguió la dama, hoy no podremos entendernos y padeceremos callando. ¿Me promete V. no olvidarme?

—No lo lograria aunque quisiera: repuse con cierta timidez.

—¿Me visitará V.?

—Cuando pueda darla noticias.

—Me conformo, Nazario; me conformo. Adios, amigo mio; procure V. visitarme pronto, porque deseo tener noticias.

Sofía se levantó, la imité; me tendió su desnuda mano, se la estreché con mas violencia que yo mismo hubiera querido; la acompañé hasta la escalera, nos dimos el último adios, y volví á echarme en mi butaca.

Predestinado estaba yo para luchar continuamente, preso de encontradas ideas, que se con-

© Biblioteca Nacional de España

fundian en mi mente, como se confunden las hojas secas que arrrastra en otoño el huracan. La política y el amor me habian elegido por juguete; cuando pensaba triunfar caia; y cuando temia caer triunfaba. Era la ola que se levánta en la inmensidad del Océano para confundirse con otra ola, ahogar al poderoso navío ó contra la roca estrellarse: la pluma arrancada de una abutarda, que escribe YO EL REY, va á manos de un memorialista, ó juega en los dedos de Byron.

Mucho medité, mi voluntad no era bastante á sujetar las meditaciones que se rompieron al leve ruido de una puerta.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XII.

ESPLICACION Y ENHORABUENA.

La puerta fué abierta por un hombre que usaba de su propio fuero para presentarse sin que precediera su anuncio: este hombre era nada menos que Perico.

—Buenas tardes, Señor don Nazario: me dijo:

—Buenas tardes, Pedro: contesté.

—¿Cómo ha pasado V. la noche?

—Bien, Pedro: ¿y tú?

—Muy bien, señor.

—¿Qué traes por aquí?

Lo que traeré todos los dias. Bien sabe V. que mi costumbre es venir á informarme diariamente del estado de su salud.

No lo sabia, dije para mí, y no me parece

© Biblioteca Nacional de España

mal ir aprendiendo. Y alzando la voz añadí:

—¿Qué dices de nuevo?

—Ahí es nada. Todo el barrio está alborotado.

—¿Qué barrio?

—El que yo habito: el de Pesavia.

—¿Y por qué está alborotado, Pedro?

—Porque han nombrado á su merced diputado.

—¿Y qué espera el barrio de mi diputacion?

—Que nombre la reina á su merced ministro.

—¿Y cuándo yo sea ministro?....

—Dicen todos que disminuirá V. las contribuciones: y que mientras sea diputado hará oposicion al ministerio.

Esto es muy sério, dije para mí: un barrio entero de la córte cree que yo puedo llegar á ser ministro y pone en mí su confianza, ¿qué lazos me unen á este barrio? imposible me es ahora saberlo, pero procuraremos estrecharlos por lo que pueda suceder.

Me levanté, fuí al gabinete, abrí el cajon, tomé una onza, volví á la sala, y puse el dinero en la mano del buen Perico.

—¿Para qué me dá esto su merced? me preguntó, haciéndose atrás y no queriendo recibirla.

—Para que convides esta noche á todos los amigos del barrio: repuse.

—Eso es otra cosa. Mandaré disponer un ban-

© Biblioteca Nacional de España

quete en la taberna, reuniré á todos los amigos, y les diré que V. me ha mandado.....

—Precisamente todo lo contrario.

—¿ Pues cómo ?

—Dirás á cada uno en particular: que para celebrar mi elecccion has querido gastar tus ahorros, pero que durante el banquete no pronuncie nadie mi nombre, pues de lo contrario me traeria graves y sensibles compromisos.

—Así lo haré: pero cuando se suba el vino...

—Que canten, rian y beban mas; pero que no pronuncien mi nombre.

—Haré lo que pueda.

—¿ Cuándo piensas dar el banquete ?

—Esta noche.

—Mucha prisa te das.

—Lo mejor es *el llanto sobre el difunto.*

—Haz lo que quieras.

—Y para no perder el tiempo, si su merced me dá permiso....

—Vete, Perico: pero antes díme cómo van tus amores.

—Vengo de ver á mi muchacha, y he tenido que trabajar mucho para no decirla que seria V. nuestro padrino.

—No se lo digas, Pedro; hasta que yo te lo permita.

—Callaré, señor don Nazario. A propósito de mi muchacha. He visto á la señora marquesa.

© Biblioteca Nacional de España

—¿No la conocias?

—No señor.

—¿Y qué te ha parecido?

—Muy guapa.

—¿Mas que su doncella?

—Lo que uno ama siempre le parece lo mejor.

—Sentencioso estás.

—Y auguro á V., señor don Nazário, que no se olvidará la marquesa de mi fisonomía.

—¿Por qué?

—Porque me miró de hito en hito.

—¿Piensas, Pedro, que la marquesa ha quedado prendada de tí?

—No señor. En primer lugar yo soy un perdido para señora de tanto rango; y en segundo no brillaba en sus ojos amor, pero sí una grande curiosidad.

—¿Te habló la marquesa?

—No señor; pero me parece que preguntó al cochero mi nombre. Pero yo me entretengo mucho y es fuerza que vaya á preparar el banquete.

—Adios, Perico.

—Hasta mañana.

Salió Pedro y de nuevo me hundí en mi butaca, pues lo desapacible del dia no permitia salir á paseo, y de ningun modo tenia ánimo para correr nuevas aventuras. Me decidí á quedarme en casa, aunque temiendo fastidiarme,

© Biblioteca Nacional de España

si la Providencia no enviaba algun amigo en mi socorro.

Declarada estaba en mi favor: un coche se paró á la puerta de la calle y pocos momentos despues entró en mi aposento Camilo.

—Adios, Nazario: ¿cómo estás? dijo ocupando la butaca que sostuvo antes á Sofía, y encendiendo un rico cigarro.

—Bien, Camilo. ¿Tú estarás bueno cuando te mueves con tanto frio? repuse.

—Es verdad que no hace calor. Dejé arreglado nuestro periódico, permíteme que así lo llame, y dije para mí. Nazario no habrá salido de su casa y tendrá chimenea: buena conversacion buena lumbre, y si me viene á cuento que comer, no me ha de faltar; me voy, pues, á casa de Nazario.

—Te agradezco, Camilo, en el alma esta deliciosa visita; estaba temiendo fastidiarme solo; y con lumbre, buena conversacion y quien me acompañe á comer, juro á Dios que no me atacará el fastidio.

—¿Comemos juntos?

—Decididamente.

—A tales instancias y oponiendo poca resistencia sucederá como lo deseas.

—Y aun lo mando.

—Voy á decir á mi lacayo que se lleve á casa el carruage.

© Biblioteca Nacional de España

—Díle al mismo tiempo que te traiga una capa.

—¿Una capa?

—Sí.

—Cuidado, Nazario, con llevarme á malos pasos.

—Pierde cuidado. Manda que te traigan la capa, y á su hora me acompañarás como valiente y fiel amigo.

—Esto va picando en historia.

—Si no curiosa al menos nueva.

—Has picado mi curiosidad.

—Comunica, Camilo, tus órdenes.

Perez de Silva sacudió el cordon de la campanilla, entró un criado, le mandó llamar á su lacayó, subió este, recibió las órdenes de su señor, y pocos momentos despues oimos rodar la carretela. Camilo se enderezó un poco en la butaca, dió á su semblante marcado aire de gravedad y me dijo:

—Amigo Nazario, saludo con el mayor respeto á un representante del pais, dándole la mas cordial enhorabuena.

—Agradezco, como es debido, le respondí en el mismo tono, la manifestacion de afecto que acababas de hacerme; ya sabes toda la estension de nuestra amistad, y que cuanto valga, cuanto pueda será poco en comparacion de mi deseo de complacer á tan digno amigo.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Bravo, bravo! esclamó Camilo, soltando una estrepitosa carcajada: hemos representado lindísimamente los papeles de protegido y protector: y para hacer el de periodista solo me faltaba añadir. Bien sabes que las columnas del Infernal están abiertas para cuanto quieras publicar, y que puedes corregir en ellas tus discursos.

El buen humor de Perez de Silva fué disipando poco á poco las densas nubes que habian ocupado mi cerebro, y olvidándome de Sofía tomé parte en su hilaridad.

—Vamos á tratar de otra cosa, dijo mi amigo con el mismo jovial humor. ¿Has leido el Infernal de hoy?

—Dos ó tres veces lo he tenido en la mano, y han entrado tantos importunos, que no me han dejado leerlo.

Camilo cogió el Infernal, recorrió sus columnas, y rayando con la uña un párrafo me entregó el periódico sin proferir una palabra. Busqué la raya con ansiedad, y con no menos ansiedad leí:

«Sabemos que anoche tuvo lugar en un mi» nisterio una acalorada aunque amistosa discu» sion entre el ministro y un publicista electo » diputado. Se dijeron cosas muy buenas, con» cluyendo el señor ministro la cuestion con es» tas palabras: *El hombre no es rio para seguir* » *siempre el mismo curso.* »

© Biblioteca Nacional de España

El párrafo aludia, sin duda, á la entrevista que el Diablo, mi homónimo, habia tenido antes que yo con el ministro; confirmándome en ello las palabras que el periódico subrayaba, siendo las mismas que me habia repetido Perez Crespo.

—Esta mañana, dijo Camilo, me he encontrado con el parrafillo en cuestion: pregunté por qué lo habian puesto sin consultarme y me respondieron, que lo habian hecho porque lo llevaron de tu parte y estaba escrito de tu letra. Dije entonces que habian hecho muy bien, y aquí me tienes deseoso de saber algunos pormenores.

—Te diré uno solo, amigo mio, He sido el héroe de la fiesta.

—¿Habrás reñido con el ministro?

—Precisamente no.

—¿Pues cómo?

—La huespeda entró en el momento, me preguntó con la mirada si podia hablar, la dije que sí, y entregándome un pliego dijo:

—Del ministro de la gobernacion.

—Está bien: repuse á la huespeda, que se retiró discretamente.

—Me parece, dije á Camilo, que aquí tendremos una prueba de mi buena ó mala amistad con don Buenaventura Perez Crespo. Rompe el nema, Camilo, rompe y lee.

© Biblioteca Nacional de España

—Esa prueba de confianza ofende, Nazario, á mi amistad.

—Deseo, Camilo, que me complazcas.

Camilo rompió el nema y leyó:

« Señor don Nazario Palma de Jura. »

« Mi apreciable amigo: queriendo cumplir á V. la palabra que le empeñé anoche, he entregado á mi compañero, el ministro de hacienda, la nota que V. me dejó; recomendándosela eficazmente. El ministro la recibió como cosa de V. y mia, y tengo el gusto de anunciarle que será colocado su protegido en la primera contaduría principal de rentas que vaque.

» Queda de V. afectísimo amigo seguro servidor Q. B. S. M.

BUENAVENTURA PEREZ CRESPO. »

—¿Qué dices, Camilo? pregunté.

—Francamente: que no comprendo los medios de avenir este párrafo y esta carta: repuso Camilo.

—A esta carta ha dado lugar la exigencia de una muger. ¿Vas comprendiendo?

—Un poco, Nazario. ¿Pero si te convenia no reñir con el ministerio, por qué has puesto el párrafo en cuestion?

—Han falsificado mi letra.

© Biblioteca Nacional de España

—¿De veras?

—Sin la menor duda.

—Esto es muy grave.

—Voy á esponerte francamente mi conducta en este negocio.

—Te escucho.

—Amo á una muger....

—¿La amas, Nazario?

—O tengo capricho por ella; elige lo que mas te plazca. Amo á una muger, esta muger tiene á su marido cesante y ha hecho un viaje sola, con intento de colocarlo.

—No sigas, Nazario: era imposible dejarla pretender por sí misma, particularmente en hacienda, y te has encargado: lo comprendo.

—Pero quiero que sepas la historia del párrafo y carta en cuestion.

—Con mucho gusto. Continúa.

—El único ministro con quien tengo relaciones de sociedad es el de la gobernacion: fuí á verlo para recomendarle el negocio: empezábamos á hablar de política, nos exasperamos un poco, y algunas personas que esperaban en la antesala, pudieron oir nuestras palabras ó á lo menos el ruido de las voces. Cualquiera de ellas ha escrito el párrafo en cuestion.

—Es posible. ¿Pero cómo oyó lo del rio?

—A pesar de nuestra disputa nos separamos

© Biblioteca Nacional de España

bastante amigos, y en el momento de despedirme pronunció su inoportuno aforismo. En el calor de la disputa me olvidé de hacerle la recomendacion que me habia llevado al ministerio, y ya distante de él volví. Perez Crespo me recibió como si nada hubiera pasado, le manifesté mi solicitud, la acogió con mucha cortesía y aquí tienes los resultados.

—Solo puedo hacerte un reproche.

—¿Cuál?

—El de que eres muy aficionado á las hijas de Eva.

—¿Qué hombre no lo es?

—El ministro de hacienda.

—¿De veras?

—Has estado ausente dos años y no es estraño que desconozcas la crónica de S. E.

—¿Me la contarás?

—A su tiempo.

—Son las seis. ¿Quieres que pida la comida?

—No tengo el menor inconveniente.

Llamé á mi huéspeda, la dije que queria comer y que pusiera dos cubiertos.

En otra ocasion he observado que me servian siempre con admirable rapidez, y á presencia de un convidado debia aumentarse la prontitud. Camilo y yo habiamos hablado de los negocios de alguna importancia durante una sesion de tres

© Biblioteca Nacional de España

horas, y poco ó nada nos quedaba ya que decirnos. No obstante, como era preciso pasar el tiempo y Perez de Silva, hombre de chispa, empezó á contarme algunas anédoctas de personas que consideraba mis amigas; pero cuyos nombres no habia oido pronunciar siquiera.

Nos sirvieron la sopa, Camilo interrumpió su relacion, que precisamente trataba, de cómo se efectuó el matrimonio de la hermosa hija de un general no muy guerrero; del empleo que dieron al marido fuera de la córte; de los asuntos que pedia y lograba con frecuencia, poniendo las mas alarmantes disyuntivas: y otros curiosos pormenores, que sazonaron sopa, cocido y una perdiz.

Con motivo de un plato de jamon en dulce, me contó Camilo las aventuras de la esposa de un banquero judío, que segun su dicho no tenia nada de Susana: y cuando llegamos á los postres hablando de unos pastelillos y una delicada conserva, me recomendó mucho los ojos de una confitera muy joven, que, segun me dijo, vivia frente al café de la Disputa.

Comida de delicado aliño y bien sazonada con chistes, por precision parece corta, buen aliño y delicados chistes tuvo la nuestra, amen de vinos estrangeros, de modo que á las siete y

© Biblioteca Nacional de España

media estábamos tomando café, sin saber cómo darnos cuenta de la hora y media que dos hombres solos habiamos invertido comiendo.

—¿Cuándo hacemos uso de las capas? me preguntó Camilo al echar la primera bocanada del humo de un delicadísimo veguero.

—Inmediatamente, Camilo, le contesté; pero te ruego que me permitas escribir antes cuatro renglones.

—¿Cuatro renglones nada mas?

—Nada mas. Palabra de honor.

—Tienes mi permiso.

Mandé que llevaran luz á mi gabinete, escribí en papel de cantos dorados exactamente cuatro renglones, los reuní á la carta que me habia escrito Perez Crespo, los cerré bajo un mismo nema, y escribí, dándoles direccion.

«Señora doña Sofía Amaranto: calle de los Claveles, número 10, cuarto 2.°»

B. S. P. N. P. de J.

Llamé en seguida á mi criado, le entregué el pliego, dándole las señas de palabra: y me vestí en cinco minutos; dejando admirado á Camilo, que por segunda vez me veia desempeñar en tan poco tiempo tan delicada operacion.

—Cuando quieras: dije á Camilo, entrando en la sala con mi capa y sombrero puestos.

© Biblioteca Nacional de España

—Al instante: me replicó. ¿Pero sabes si han traido mi capa?

Tiramos de la campanilla, y mi huéspeda se presentó al punto con ella, adivinando lo que la ibamos á pedir.

—Vámonos, pues: añadió Camilo; y bien embozados los dos salimos de mi alojamiento.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XIII.

A CINCO REALES EL CUBIERTO Y LO DEMAS PARA PROPINAS.

Antes de hablar de nuestro paseo, quiero, con ayuda de los datos que deba á Perico, narrar los preparativos y principio del suntuoso banquete electoral que recomendé á su cuidado.

Cuando salió Pedro de mi casa se fué á su taberna favorita, y encarándose con el tabernero; hombre de nariz roma y granujienta, abultado abdomen, y falsa sonrisa:

—Rafael, le dijo: esta noche cenamos aquí unos cuantos amigos: ¿comprendes?

—¿Cómo cuantos? preguntó el tabernero.

—Como sesenta.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Cáspita, Perico! es todo un banquete.

—Dices bien.

—¿Te han nombrado, chico, diputado?

—Algo tenemos de diputacion.

—Cuenta.

—Ya conoces á don Nazario.

—Lo mismo que á tí.

—Es diputado.

—Ya lo sé.

—Pues bien.

—¿Qué?

—Vengo de verlo.

—¿Y qué?

—Me ha dicho: «Yo sé, Pedro, que la jente del barrio me estima.»

—Ya se ve que le queremos mucho: es un señor tan campechano, tan tratable: saluda á los pobres como si fueran condes ó duques, y si uno se ve en un aprieto: ya sabes....

—¿Quieres tú saber lo que me ha dicho don Nazario?

—Te escucho con un palmo de orejas.

—Pues me ha dicho. «Yo sé, Pedro, que la jente del barrio me estima mucho, y siento en el alma no poder darles una muestra de mi cariño. Yo los haria venir á casa, para que tomaran un vizcocho y una copa de vino de Jerez, pero temo que les dé vergüenza....

—Y tiene razon. ¿Cómo habíamos de ir nos-

© Biblioteca Nacional de España

otros á su casa en donde se reunirán tantos señores?

—Si no me dejas concluir....

—Habla, Perico.

—Don Nazario continuó: «Pero de todas suertes quiero, que beban siquiera á mi salud.»

—¿Eso dijo?

—Y metiendo la mano en su cajon me dió....

—¿Qué te dió don Nazario?

--Una onza.

--¡Cáspita, Perico! ¿Y qué piensas hacer con ella?

--Dar de cenar á los amigos.

--Muy bien pensado. ¿Y quieres que la cena sea aquí.

--Ya te lo he dicho.

--Bien sabes que mandas en mi casa.

--Gracias, Rafael. Ahora quiero que me acompañes.

--Con mucho gusto. ¡Mira, Nicolasa, grito el tabernero dirigiéndose á su muger. Echa un ojo por esta tienda, que voy á un negocio con Perico.

Los dos en amor y compaña, que si no me engaño es principio de cuento, aunque no principio de millon, se encaminaron á un matadero, y ajustaron un hermoso carnero, que segun el cálculo del matador debia tener mas de setenta libras de carne. El animal pereció al filo de la

© Biblioteca Nacional de España

cuchilla, recojieron la sangre en una vasija de barro; dejaron la zalea al matador por su trabajo, y la víctima y sus despojos fueron conducidos inmediatamente á la taberna de Rafael.

El tabernero era conocedor de la cocina que á sus parroquianos gustaba, y asi Perico no tuvo nada que decirle respecto al aliño del sacrificado animal.

Libre Pedro de la parte mas enojosa de su banquete, compró pan y un barril de aceitunas: y llegado que fué á la taberna dijo al tabernero.

—Rafael ¿cuánto gastarás en los aliños de ese vicho?

—Dos duros; respondió el tabernero, y echemos pelillos á la mar.

—Bien. Yo he gastado siete duros, y dos que voy á darte nueve: quedan siete. ¿Qué vino nos darás por seis duros?

—Has dicho que te quedan siete.

—No importa. ¿Qué vino nos darás por seis duros?

—Con un parroquiano como tú no quiero ganar ni un ochavo. Te voy á vender el vino por mayor y al mismo precio que me cuesta. Por seis duros os vais á beber tres arrobas.

—Aquí tienes los ocho duros.

—¿Y ese duro que queda, Pedro?

© Biblioteca Nacional de España

—Para quien nos sirva á la mesa.

—Eres un mozo muy cabal.

—Vamos á otra cosa, dijo Perico despues de un instante de silencio. ¿Cuántas personas podremos convidar?

—El vicho, repuso el tabernero, tiene tela larga.

—Ya lo sé: ¿pero cuántas personas crees que podrán comer de él?

—Hagamos cuentas. El perillan del matador nos dijo que tendria el carnero setenta libras: él aumentaria alguna cosa; bajemos diez libras por su aumento: nos quedan sesenta. A esto podemos añadir las menudencias y no se quedarán sin comer sesenta convidados.

—Quince duros entre sesenta, sale á cinco reales el cubierto. No se quedarán sin comer.

—¿Apruebas?

—Apruebo. Ahora debemos ocuparnos de otra cuestion.

—Habla, Perico.

—¿Nuestros convidados serán hombres solos ó traeremos algunas mugeres?

—El negocio me parece de hombres.

—¿Por qué?

—Porque en los asuntos políticos solo los hombres toman parte.

—Mas de una vez he visto mugeres valientes, que se presentaban al peligro cuando los hombres huian de él.

© Biblioteca Nacional de España

—Si quieres que vengan.

—Que vengan.

—¿Y en qué proporcion?

—Las mugeres bizarras no son muchas, pero es preciso no hacer desaires. Todos los casados podrán venir con sus mugeres.

—¿Y los solteros con sus queridas?

—No, Rafael.

—Como te parezca mejor,

Perico y su amigo el tarbernero fueron nombrando uno por uno á los hombres mas ternes del barrio, contando por dos á cada casado, pues segun el convenio hecho debian acudir con sus mugeres. Cuando estuvo completo el número se entró Rafael á la cocina, y Perico se puso en movimiento para hacer sus sesenta convites.

No es nuestro intento referir las preguntas de las mugeres ni los aspavientos de los hombres, basta decir que fueron muchos, y que todos hacian honor al motivo y al convidante.

Para las ocho de la noche dió la cita Pedro; y á las ocho la sala mejor de la taberna, precisamente la que atravesé la noche antes para conocer á Perico, estaba alumbrada con mayor número de candilejas, cuyas mechas, mucho mas gruesas que de costumbre, era dudoso si daban mas luz, pero de seguro despedian humo mas mefítico y denso.

Una larga fila de mesas dividia en dos alcoba

© Biblioteca Nacional de España

y sala, cojiendo de testero á testero, sobre las mesas estaban colocados en dos filas sesenta panes, de trecho en trecho se veian algunos platos de aceitunas, grupos de vasos; ocho ó diez cuchillos, mayor número de cucharas de palo y grandes cántaras de vino.

Sesenta sillas rodeaban la fila de mesas, y Perico estaba sentado en la mas alta, y colocada en el testero.

Los convidados y convidadas fueron entrando en pequeños grupos: todos dirijian sus miradas á la larga fila de mesas, y se convencian á primera vista de que iban á asistir al banquete mas numeroso que habian presenciado jamás.

Se habian ataviado las mugeres con sus mas preciosos vestidos: las mas ricas traian corpiños de terciopelo negro, faldas de seda, collares de coral ó gruesas cadenas de oro, pañolones de bastante precio por los hombros, y de mano para la cabeza, ó mantillas con anchas franjas de terciopelo: y las mas pobres sustituian el terciopelo con la pana y la seda con el percal. Bien calzadas estaban todas, alegres, arrogantes y limpias.

Los hombres tambien habian seguido el ejemplo de sus mugeres, traian todos sus mas ricos trajes, pero no ofrecian el cuadro variado y pintoresco que sus mitades presentaban.

A las ocho y cuarto se veian ocupados todos los asientos; el tabernero se presentó, contó las

© Biblioteca Nacional de España

personas, y certificado de que estaba el número completo, hizo una seña á Pedro; Pedro inclinó un poco la cabeza, y al minuto se presentaron el tabernero, su mujer y su criada, trayendo cada uno un barreño de colosales dimensiones, que magestuosamente colocaron en tres parajes de la mesa.

Un grito unánime de aprobacion se levantó al ver los barreños, cuya salsa encarnada y grasienta movia el apetito, y cuyo olorcillo á toda espécie confortaba á veinte leguas de distancia.

Perico, cuyo carácter de anfitrion le hacia respetable y respetado, cogió un cuchillo é hizo pedazos algunos panes, otros convidados le imitaron, y aquella mesa simétricamente arreglada, dió el primer paso hácia el desórden, el que debia llevarla á otros por ley eterna y natural. Perico fué tambien el primero que sacó una tajada de carne, valiéndose de una cuchara, la colocó mañosamente sobre un pedazo do pan abierto, y la presentó á una mujer de cuarenta años, que estaba sentada á su derecha, diciéndola con galantería:

—Vaya esta presita, comadre.

La accion de Pedro fué la señal, y sesenta manos á la vez se sumergieron en los barreños, presentándose despues armadas de sus correspondientes presas.

—¿Adónde vamos? me preguntó Camilo en la escalera de mi casa.

© Biblioteca Nacional de España

—Sígueme y veras: le respondí.

—¿Veré algo de lustre?

—Lo verás.

—Así sea: dijo humildemente, y empezamos á correr calles.

Cuanto mas nos íbamos entrando en los barrios, mas crecia de punto la estrañeza de mi amigo, pero decidido á respetar mi secreto, guardaba silencio como yo, y apresuraba mas el paso.

Luego que llegamos á la calle de la Camorra, fuí contando casas, porque difícilmente podia leer los números á la escasa luz de los faroles, y sin vacilar me paré á la puerta de la taberna.

Perez de Silva dirigió una mirada al mostrador, clavó en mí sus ojos; pero no me dijo palabra. Entré, me siguió, y al pisar la primera pieza encontramos al tabernero.

—Don Na... gritó admirado Rafael, queriendo dar el grito de alarma.

Le puse mi diestra en la boca, deslicé una moneda en su mano, y le dije:

—Silencio, silencio. Quiero presenciar el banquete sin que sepan que estoy aquí.

—Vengan sus mercedes conmigo: repuso el tabernero, y haciéndonos cruzar un corredor oscuro y sucio, nos colocó tras una pequeña mampára que podia pasar por celosía, desde donde veiamos perfectamente á los sesenta convidados.

La fortuna quiso que llegáramos al empezarse

© Biblioteca Nacional de España

la comida, nuestras miradas recorrieron aquella línea de rostros francos, espresivos y varoniles: Camilo me apretó la mano, en accion de gracias por el espectáculo que le acababa de proporcionar.

Comida la primera tajada, tomó Pedro un vaso y lo llenó, convidadas y convidados hicieron lo mismo á su vez.

—A la salud de quien sabemos, brindó Perico.

—A la salud de quien sabemos, respondieron todos, y á la vez quedaron todos vacíos.

—¿A la salud de quién? me preguntó Camilo, osando apenas suspirar.

—A la mía, le respondí muy quedo.

Prosiguió el banquete; el primer brindis habia hecho nacer la alegría, y los convidados hablaban, comian y bebian á la vez. Elogiaban unos la sala, hablaban otros de lo bien cortado de la carne, dirigian todos alguna fineza al tabernero, y Rafael recibia unas y otras con la arrogancia de un triunfador.

A la media hora de combate, el fondo de los tres barreños se manifestó por varios lados; pero los estómagos daban señales de repletos, y se entretenia el mayor número en saborear las aceitunas. Los brindis eran mas frecuentes y mas entusiastas cada vez; pero al notar que las vasijas apenas derramaban líquido, una penosa es-

© Biblioteca Nacional de España

presion de angustia se pintó en los rostros de los bebedores.

Aquella fiesta era muy alegre y solemne para que una nube la empañara; me separé de la mesa para que en un momento en que Rafael salia á dar una vuelta á la tienda, y acercándome al tabernero le dije:

—Rafael, vino á discrecion á esa gente.

Mi órden se cumplió por ensalmo, aquellas vasijas vacías que causaban pena, se llenaron; y los esposos de las bodas de Canaan, no pudieron sentir un placer mas verdadero ni mas vivo que el que reanimó los semblantes de tan numerosa reunion.

Perico, único que sabia la cantidad de vino disponible, miró á Rafael con estrañeza, como preguntándole la causa de aquel inesplicable despilfarro; el tabernero se encogió de hombros y empezó á brindar con mas frecuencia. Los bebedores á cada brindis disminuian la poca razon, que muchos de ellos conservaban; y hasta el mismo tabernero, tonel mas profundo y mejor envinado que todos los de su taberna, hablaba con algun desconcierto y bebia como una vasija sin fondo.

—Señores, dijo Rafael llenando su vaso, que me imiten todos los valientes y brinden conmigo.

Los vasos se llenaron con rapidez y el tabernero continuó:

© Biblioteca Nacional de España

—Quiero repetir el primer brindis que echó Perico. A la salud de quien sabemos.

—¿Y por qué no hemos de nombrarlo? dijo la muger colocada á la derecha de Perico. ¿Tendremos miedo, por ventura de que nos lleven á la cárcel los polizontes? El brindis del señor Rafael no vale un comino, y supuesto que los calzones no saben hablar, hablan las faldas. ¡A la salud de don Nazario!

—¡A la salud de D. Nazario! brindaron todos á la vez; y el tinto pasó de los vasos á sepultarse en los estómagos de los hijos é hijas de Eva.

—Y para que el dia sea completo, dijo el tabernero acercándose á la mampara, solo falta lo que ahora verán.

Camilo y yo miramos con mas atencion, para no perder la sorpresa que los preparaba el tabernero; cuando abriéndose la mampara aparecimos en espectáculo.

Un grito general de alegría nos saludó: Perico admirado se levantó, descubiéndose al mismo tiempo, y los sesenta convidados, como movidos por un resorte, se pusieron tambien de pié, aunque muchos de ellos tuvieron que buscar apoyo, pues no podian guardar mucho tiempo equilibrio.

El tabernero habia logrado sorprender á los concurrentes; pero su sorpresa me ponia en un muy grave compromiso. Colocado en él, si me ofendia desairaba á los convidados y perdia en

© Biblioteca Nacional de España

parte su estimacion: hice de la necesidad virtud; me adelanté con paso firme, acompañado de Camilo: tomé dos vasos, puse en ellos una corta porcion de vino; presenté uno á Perez de Silva, y levantando el otro dije:

—Habeis brindado, amigos mios, á mi salud y os debo buena correspondencia. Brindo á la salud de estos valientes ciudadanos.

—A la salud de estos valientes: repitió Camilo, y desocupamos nuestros vasos, á pesar de que Rafael habia servido un vino que no hacia mucho favor á su taberna.

Los granaderos de la guardia imperial no recibian con tanto entusiasmo las palabras de Napoleon cuando los guiaba à la victoria, como los amigos de Pedro recibieron nuestro doble brindis. Una aclamacion no interrumpida y que duró algunos minutos, fué la respuesta, y Camilo me decia muy bajo:

—Amigo mio, estás recibiendo una verdadera ovacion.

—Observa, Camilo, repuse: el pueblo se dá por satisfecho cuando los que deben mandarlo le tratan con amabilidad: aquí aprenderás que es muy fácil conducir al pueblo, si en vez de azotarlo se le persuade, si en lugar de separarse de él se le trata con algun amor.

Aunque estaba muy complacido, y en cierta manera orgulloso, no me convenia prolongar una

© Biblioteca Nacional de España

escena que si llegaba á traslucirse seria comentada de mil modos: reclamé silencio y añadí:

—No quiero turbar, amigos mios, con mi presencia vuestra bulliciosa alegría, y os dejo para que deis fin á este banquete de familia; pero antes de que nos separemos me habeis de dar una palabra.

—¡Todos la empeñamos! esclamaron.

—No direis á nadie el motivo de este banquete ni mi presencia en él.

—Lo juramos.

—Gracias por todo, amigos mios.

Camilo y yo nos retiramos al compás de entusiastas aclamaciones: Perico y Rafael nos acompañaron hasta la puerta.

—Vayan sus mercedes con Dios: dijo Perico, saludándonos con su acostumbrada cortesía.

—Vayan sus mercedes con Dios: repitió el tabernero con su voz un tanto vinosa.

—Vino á discrecion, Rafael, y mañana la cuenta: le dije.

—Vino á discrecion, Rafael repitió Camilo entusiasmado, y salimos de la taberna.

Al dia siguiente me contó Perico que el banquete se habia prolongado hasta las doce de la noche, reinando la mayor alegría, y que muchos habian tenido que dormir el lobo en la taberna.

Doce duros pagué á Rafael, de seis arrobas mas de vino que habia consumido la gente.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XIV.

UN MUERTO.

Acababan de dar las diez cuando salimos de la taberna, y menudos copos de nieve enlodaban el empedrado y matizaban nuestras capas. Los serenos y los traperos, aves nocturnas como el murciélago y el buho, se apostaban en las esquinas ó escudriñaban en el arroyo; y algunas mujeres sospechosas, si la conviccion y la sospecha pueden ir juntas alguna vez, nos empujaban en la acera, y decian finezas que en sus lábios dejeneraban en insultos, que insultos son para la rosa las feas caricias de un reptil.

—¿En qué acabaremos la noche? me preguntó Perez de Silva.

—En lo que mejor te parezca, repuse: fiando

© Biblioteca Nacional de España

mas en sus conocimientos topográficos, que en los mios; muy estensos en apariencia, pero pobres en realidad.

—¿Has visitado á lo condesa de Jentosca?

Recordé que una de las doce tarjetas tenia este nombre, y respondí sin titubear.

—No, Camilo.

—¿Quieres que vayamos á verla?

—No tengo mas que un inconveniente.

—¿Cuál?

—Que estamos perdidos de lodo.

—Tenemos un pronto remedio. Nos vamos cada uno á su casa; nos mudamos botas y pantalones: mando enganchar: voy á buscarte, y nos presentamos en carretela, lo que siempre dá alguna importancia.

—Convenido.

Nos separamos, á la media hora vino Camilo á recojerme, y cinco minutos despues pisábamos los aristocráticos salones de la condesa de Jentosca.

La circunstancia de ir acompañado de Camilo era para mí inapreciable, pues en la sociedad de la condesa debia presentarme seguramente como persona conocida, y no hubiera podido yendo solo dirijirme á la señora de la casa, á quien no habia visto jamás.

En una antesala dejamos nuestros gabanes, y penetramos en una sala bastante espaciosa y

© Biblioteca Nacional de España

amueblada con elegancia, pero que no era seguramente la destinada para las grandes recepciones.

Varias señoras y caballeros formaban diferentes grupos, y Camilo se dirijió á uno compuesto solamente por un corto número de personas.

—A los pies de V. señora condesa, dijo Camilo, dirijiéndose á una señora entrada en años, cuarenta y cinco por lo menos, y mas que medianamente gruesa: tengo el gusto de traer á V. á nuestro amigo Palma de Jura.

La condesa, que en empeñada discusion se encontraba con un caballero de su misma edad levantó la cabeza al momento, y tendiéndome afectuosamente su mano, por cierto no muy aristocrática, dijo:

—Agradezco á V. Perez de Silva, esta especie de presentacion, pues tanto tiempo ha estado lejos de nosotros el ingrato Palma de Jura, que otros amigos menos afectuosos se hubieran olvidado de él.

—Y hubieran hecho mal, condesa; repuse con desembarazo; porqué ni un solo dia han perdido su lugar en mi corazon y en mi memoria.

—Doy á V. amigo mio, las gracias en mi nombre y en el de todos. ¿V. ha venido tan bueno?

—Perfectamente. ¿Viendo su semblante de V. me parece inútil preguntar?

—Continúo siendo tan buena vieja.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Condesa, por Dios!

—Guarde V. sus galanterías para esas jóvenes, que tampoco lo han olvidado y en las que tendrá mucho que admirar.

Me sonreí maliciosamente, cómodo medio de no decir nada, cambié algunos apretones de manos con las personas que á la condesa rodeaban, y tomando el brazo de Camilo, le dije:

—¿Te parece que pasemos revista á estos encantadores grupos?

—Estás en el deber de hacerlo, me respondió: y como encontrarás hechas mujeres algunas que dejaste niñas, quiero servirte de edecan y al mismo tiempo de mentor.

Perez de Silva era el amigo mas delicioso que podia imajinar un hombre reducido á mi condicion. El primer grupo á que llegamos lo componian dos hermosas jóvenes de quince años, apenas cumplidos, un jovencito de diez y ocho, y don Tadeo Gomez; presunto diputado, á quien conocí en la mesa redonda.

—A los pies de Vds. hijas mias, dijo Camilo á las dos jóvenes, y dirijiéndome la palabra añadió:

—Aquí tienes á las hermosas Clara y Margarita, á quienes dejaste vistiendo muñecas y encuentras atormentando corazones.

Las dos niñas se sonrojaron, bajaron los ojos y replicaron á la vez.

© Biblioteca Nacional de España

—No haga V. caso de Perez de Silva. ¿Has venido V. bueno, Palma?

—A los pies de Vds. señoritas: pero no puedo complacerlas, pues encontrándolas tan hermosa creo que Silva tiene razon.

El jovencito nos miró de soslayo, con la impertinencia de su edad; Gomez me dió la enhorabuena, y nos dirijimos á dos señoras bastante bellas, y que ninguna habia cumplido treinta años.

—Bien venido, Palma de Jura, dijo la mas alta, presentándome su pequeña mano que estreché.

—Ahora conozco la ventajas de haber llegado: respondí.

—Lisonjero.

—Rosa me dice, interrumpió Perez de Silva, que habia tramado conversacion con la otra dama, que de tu viaje nos has traido un aire mas grave é imponente.

—Rosa sin duda me ha mirado por un prisma que la presenta todos los colores mas sombríos: repuse con vivacidad.

—Apelo á Julia, dijo Rosa; y estoy segura que opinará lo mismo que yo.

Discutimos unos minutos sobre mi aire, discusion tan trivial como aérea, y nos dirijimos á otro grupo.

Al separarnos de las damas me dijo Camilo.

© Biblioteca Nacional de España

—Hemos dejado á las dos inocentes cuyas biografías te conté esta tarde comiendo.

—Angelitos: repuse con malicia, para manifestar que la nueva no me cojia ya de relance.

En nuestra revista general aprendí varios nombres, y conocí á distintas personas de todas edades y sexos. Perez de Silva no sabia cuánto provecho sacaba yo de estas cortas conversaciones, y me remordia la conciencia, pensando en el frecuente abuso que estaba haciendo de su amistad.

Despues de las doce noté movimiento en un gabinete, y que la mayor parte de los tertulianos, particularmente las señoras de cierta posicion y edad, iban tomando asiento al rededor de una gran mesa, cubierta de tapete verde. La premura de tomar asiento, y el tapete verde sobre todo, me manifestaron que muy en breve los entreses y los elíjanes llamarian la atencion de jugadores y jugadoras.

Pensaba en sotas y caballos, cincos, mayores y judias, cuando sentí sobre mi hombro el leve peso de una mano que me llamaba la atencion. Volví al instante la cabeza, y tuve el gusto de encontrarme con la condesa de Jentosca, que me dijo con su estudiada amabilidad.

—¿Apuntará V. algunas cartas?

—No tengo el menor inconveniente: respondí con indiferencia, pero tambien con galantería.

© Biblioteca Nacional de España

—Siempre tan amable.

—Y V. siempre tan bondadosa.

—¿Entramos en el gabinete?

—Con muchísimo gusto, condesa.

Presenté el brazo á la de Jentosca, y la conduje á la fatal mesa cual si fuera á la de un festin.

La condesa se sentó á mi derecha, y á mi izquierda estaba una señora de cincuenta y cinco á sesenta años, viuda, segun ella misma me dijo, de un general. Camilo entró poco despues, y tomó asiento frente de mí.

Los dos banqueros descartaron pausadamente las barajas, las cruzaron á su sabor, pusieron de banca ocho mil reales en plata y oro, y tiraron el primer albur.

Pocas puestas se atravesaron; los jugadores esperaban encontrar juego, es decir, manera de sujetar la suerte al cálculo, pretension algo mas difícil que el prodijio de Josué; y los puramente aficionados no apostaban por espíritu de imitacion.

Yo, que respeto mucho ese mito llamado fortuna, acaso y providencia, puse media onza al as de oros, sin cuidarme de si era judía, menor, ni esperar que se decidiera por lado. Apenas habia caido mi moneda, cuando otra del mismo valor rodó al lado del cinco de copas, que era precisamente mi contraria.

© Biblioteca Nacional de España

Tiraron el gallo, y continuó la misma frialdad que en el albur.

—¿No juega V. abajo? me pseguntó la generala.

—No señora, la respondí. Respeto un adagio castellano que dice: *jugador de dos albures no se casará con mi hija.*

—Cuánto aprenden los que viajan.

—Equivale á haber vido mucho, recorrer distintos paises.

—Cobre V. Palma: me dijo la condesa.

En efecto habia salido el as de bastos.

Al tirar la segunda talla se notó mas animacion, las puestas se multiplicaron, y con ellas tomaron su fria espresion de codicia los rostros de los impasibles banqueros.

—¿No juega V., Palma de Jura? me dijo la condesa.

—Sí: Perdone V. estaba distraido: repuse: y dirigiéndome á Perez de Silva: ¿Adónde has jugado, Camilo? le pregunté:

—Al siete de bastos, repuso.

Al siete de bastos jugué, doblando la puesta. Una onza cayó al mismo tiempo al lado del caballo de espadas. Este empeño de jugar contra mí me llamó un tanto la atencion; alcé la cabeza inmediatamente, y ví una mano que se retiraba; esta mano era la del jóven Enrique Flores; á quien conocia por habérmelo presentado el ex-ministro.

© Biblioteca Nacional de España

A pesar de que su conducta debia parecerme inesplicable, lo saludé con una sonrisa: Flores apartó de mí los ojos y no me devolvió el saludo.

Gané el siete, y otras varias cartas que apunté sin el menor cálculo; pero la suerte se habia empeñado en protejerme: Flores seguia haciéndome la contra, y debia perder una suma considerable.

La generala, que observó mi buena fortuna, me dijo:

—¿Quiere V. jugar una baca?

—Con mucho gusto: respondí.

—Pondremos dos duros cada uno.

—Si V. me lo permite, señora, jugaré esta onza por los dos.

—Como V. quiera: estando en suerte seria un crímen contradecirle.

Aposté la onza y la gané: doblé la puesta, y gané tambien; á la tercera los ojos de la generala querian salirse de sus órbitas: era el tercer golpe, y si triunfamos seria dueña de cuatro onzas.

—¿Tiene V. fé en ese as de oros? me preguntó la generala.

—La misma que en otro cualquier naipe: repuse con indiferencia.

—Mucho tarda.

—As hondo no se pierde; replicó la condesa en contestacion á su amiga.

© Biblioteca Nacional de España

La condesa tenia razon; á las dos cartas vino el as.

El banquero pagó la puesta, y yo recojí las ocho onzas.

—Estraño mucho que el señor de Palma se haya dedicado á enterrador: dijo Enrique Flores, con la mayor impertinencia.

Todos llevaron sus miradas del jóven á mí y de mí al jóven, como buscando la esplicacion de aquellas palabras imprevistas y mal sonantes. Yo miré á Flores con estrañeza, mientras Camilo, que estaba á su lado, le preguntaba!

—¿Qué ha dicho V. caballerito?

—He dicho, le contestó Flores, queriendo aparecer osado, pero no pudiendo ocultar su turbacion y aun su vergüenza, que don Nazario Palma de Jura acaba de levantar un *muerto*.

Al escuchar tan grosera injuria me puse de pié: la condesa leyó en mis ojos la resolucion de vengarme de una manera escandalosa, y deteniéndome con ambas manos.

—Por Dios, me dijo, amigo mio, no comprometa V. mi casa.

—¿Cuándo ha levantado un muerto? volvió á preguntarle Camilo.

—Ahora mismo: repuso Flores.

—¡Mentira, caballero; mentira! gritó la vieja generala brotando fuego por los ojos. Ha cobrado

© Biblioteca Nacional de España

el señor de Palma una puesta de cuatro onzas que jugaba á baca conmigo.

—El señor de Palma es incapaz de levantar muertos, caballerito; dijo un banquero con acritud: yo le he visto poner la puesta y era imposible equivocarla, porque está jugando á la dobla.

—Ha faltado V., caballerito, al decoro que mi casa merece: y como ha sido pública la ofensa, pública será la reparacion: dijo la condesa levantándose.

—Señora... tartamudeó Flores.

—Ruego á V. que tenga la bondad de retirarse y de no volver á mi casa

Tantos amigos habian hablado en mi favor, disputándose la palabra, que antes de responder yo á Flores estaba vencido y humillado. Casi tuve lástima de él, é iba á rogar á la condesa que recibiera sus disculpas; cuando levantándose con orgullo y provocador ademan, dijo:

—Saldré, señora, de esta sociedad, sosteniendo lo que una vez he asegurado.

Enrique salió, á una seña mia le siguió Camilo, y todos quedamos confusos, no sabiendo cómo esplicarnos la conducta de aquel imprudente.

Yo, víctima de su insensatez, no encontraba causa á su encono, y aunque en mi posicion escepcional, podia tener enemistades con personas á quienes hubiera ofendido mi homónimo,

© Biblioteca Nacional de España

daba la casualidad de que Flores me habia recibido tres dias antes en la sociedad del ex-ministro, como á una persona, conocida solo de nombre, á quien profesaba cariño, respeto y consideracion.

Deseando encontrar una causa cualquiera á su inesplicable conducta. recordé el intrincado logrogrifo, que yo habia descifrado fácilmente con asentimiento general: reflexioné que el logogrifo estaba dedicado á María; que María me habia hablado al oido, y que los celos habrian precipitado á Enrique, lo que era muy fácil á su edad.

—Palma, me dijo la condesa, visiblemente conmovida ó aparentándolo á lo menos: lo que acaba de suceder me hubiera afectado dolorosamente en todo caso; pero se aumenta mi disgusto, al considerar que tan desagradable incidente afecta á uno de mis mas íntimos amigos.

—Tranquilícese V., condesa, repuse con perfecta calma. Las palabras de ese pobre jóven habrian conseguido irritarme, pero me estimo demasiado para creer que puedan empañar mi honor.

—Puede V. estar muy tranquilo, observó la vieja generala: todos han defendido á V. con el calor de la amistad, y como ha dicho uno de los banqueros, era imposible confundir una puesta que se estaba jugando á la dobla.

© Biblioteca Nacional de España

El discurso de la generala, ademas de mostrarme simpatías, podia servir para recordarme que no habiamos divido la baca: comprendí esta piadosa idea, y no queriendo atormentar su espíritu, repuse con suma frialdad.

—Puesta que no hemos dividido aun, siendo de rigor hacerlo así, despues de haber dado el tercer golpe: y con la punta del dedo índice empujé cuatro onzas hácia el lado de la generala.

Durante el juego, consideró la anciana el peligro a que estaba espuesto nuestro oro, y aunque lo miraba con inesplicable codicia no sentia el placer de poseerlo; pero cuando lo vió en sus manos, se dilataron sus pupilas. y una sonrisa de placer contrajo todas sus facciones, profundizando mas las huellas que marcaba en ellas la edad. Miró una por una las monedas, para deleitarse á su aspecto ó certificarse de su ley; y sacando un bolso de mostaza con cierre de acero, las dió sepultura eclesiástica con deleitosa lentitud.

Este episodio, indiferente para todos, aunque de goces inefables para la vieja generala, no interrumpió la conversacion general; y aunque los banqueros, contrariados de ver interrumpida la partida, tirababan entreses y elíjanes, discurrian todos sobre el mismo tema, habiéndose formado una segunda línea en torno de los jugadoaes, compuesta de los curiosos del salon.

© Biblioteca Nacional de España

—Ese jóven debe estar loco, decia una niña de quince años muy pudorosa y muy bonita: entró en la sala desatentado, no saludó á nadie, y se dirigió al gabinete. Ya ven Vds. que solo un loco comete tamaña grosería.

—Particularmente, repuse, cuando en el salon se encontraban jóvenes tan bellas como V.

—Lo que es ser un hombre de mundo, dijo la mamá de la niña á media voz á la condesa: un jovencilio estaria furioso, mientras Nazario manifiesta la mas perfecta tranquilidad. Y con todo estoy persuadida que no dejará así el negocio.

Estas palabras hicieron sin duda viva impresion en la condesa; echó una rápida mirada sobre todos los jugadores, y me preguntó vivamente:

—¿En dónde está Perez de Silva?

—Hace un momento que salió y me parece que volverá: repuse con suma sencillez.

—Todo lo comprendo; un desafío.

—No podia ser otra cosa, observó un banquero.

—¡Un duelo, un duelo! repitieron varias señoras, y queriendo aparecer sensibles se cubrieron los ojos unas, como si estuviéramos en el trance, y otras declamaron contra la bárbara costumbre que preceptúa lavar con sangre las manchas echadas al honor.

© Biblioteca Nacional de España

No combatiré sus razones, pero sí puedo asegurar, pues en sus ojos lo leí, que muchas de ellas hubieran asistido de buen talante á nuestra lucha, y que mas que la compasion reinaba en todas la femenil curiosidad.

Camilo entró, me aseguró con una mirada que habia cumplido ya mi encargo, y se sentó tranquilamente.

—¿Por qué nos dejaba V., Camilo? preguntó la condesa.

—Señora, repuso mi amigo, mi ausencia ha durado pocos momentos.

—Pero...

—Juego al as: interrumpió Camilo para evitarse una respuesta.

Seguimos jugando una hora mas; la fortuna no me retiró sus favores, y cuando se levantó la banca me retiré con una ganancia de cincuenta y cinco á sesenta onzas: Camilo tambien retiró una decente cantidad.

La condesa me repitió un millon de escusas, mis amigos manifestaron que el frenesí de aquel mancebo en nada lastimaba mi honor; y hasta algunas damas repitieron que seria generoso perdonándolo.

Camilo y yo salimos juntos: en el descanso de la escalera le pregunté:

—¿Qué has hecho, Camilo?

—Mañana á las ocho esperaré en mi casa á los

© Biblioteca Nacional de España

padrinos de Enrique Flores. ¿Qué debo hacer?

—Llevar á cabo el duelo; mas disponiéndolo de modo que no tenga que matar á ese jóven.

—¿No le tienes ódio?

—Por el contrario; solo me inspira compasion.

—Cumpliré, Nazario, tu deseo.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XV.

HERIR POR LOS MISMOS FILOS.

A las dos de la madrugada salimos de la sociedad de la condesa, y nos separamos mi amigo y yo, prometiéndome Perez de Silva, que vendria á buscarme al dia siguiente, despues de arreglar con los padrinos de Enrique Flores los preliminares del duelo que era indispensable terminar.

La vida, para quien la arrastra por espacio de treinta años entre las embravecidas olas de la mar que llamamos mundo, no es un bien, y la certidumbre de esponerla mas ó menos al siguiente dia, no me impidió dormir tanquilo, ni despertar á la misma hora. Este desprecio de la vida no es valor en mí, lo confieso; es cansancio de combatir, íntima persuacion de que el hombre

© Biblioteca Nacional de España

jamás encontrará en la tierra verdadera felicidad. Odio el suicidio como crímen ante Dios y la sociedad: compadezco al suicida, y desprecio á quien ve la muerte con espanto; porque morir es descansar.

La primera idea que me ocurrió al despertarme no fué el lance que debia sostener contra Flores, fué apoderarme del Rey de Armas, periódico del ministerio, y ver si respondia á las líneas estampadas en El Infernal del dia anterior. Recorrí sus planas con presteza, y encontré el párrafo siguiente:

«El Infernal de ayer indica una sesion acalorada, que tuvo lugar antes de anoche entre »un ministro de la corona y un señor diputado »electo, que debió contarla á los redactores del »Infernal. Nada tenemos que oponer á las palabras de nuestro colega; pero sí debemos añadir, »por si no ha llegado á su noticia, que no fué »sangrienta la querella; y que despues de haberse retirado el señor diputado en cuestion, »volvió á entrar en la secretaría á hora avanzada »de la noche, para recomendar al ministro un »ahijado cesante, que ha desempeñado un destino de bastante categoría y mas que mediano »provecho.

»Escusamos añadir reflexiones sobre la premura que manifestó el señor diputado en recomendar á su cliente, y la buena inteligencia que

© Biblioteca Nacional de España

»debe reinar entre un diputado que solicita y un »ministro que no se niega.»

Aunque esperaba mucho mas, temblaba mi mano leyendo el párrafo del Rey de Armas. Aunque deseaba satisfacer las pretensiones de Sofía, no me contrariaba tanto perder su dudosa gracia, como que me creyera el ministro tan poco fino y caballero, que hubiera revelado á un periódico nuestra conversacion particular: conversacion que habia perdido una gran parte de su fuerza, despues de la que debia considerar mi segunda y amistosa visita.

Bien se vengaba El Rey de Armas del párrafo del Infernal, bien heria por los mismos filos.

Aun no habia dejado el diario cuando se presentó Camilo.

—Buenos dias, amigo Nazario. ¿Estás en la cama todavía? me dijo Camilo entreabriendo la puerta vidriera de mi alcoba.

—Entra, Camilo: repliqué.

—¿Qué haces?

—Lee este párrafo del Rey de Armas, que voy á vestirme al momento.

Camilo salió al gabinete; me arrojé del lecho, me vestí en bata, y cuando él volvia hácia la alcoba le salí al encuentro, preguntándole:

—¿Qué te parece?

—¿Qué quieres que hagamos? repuso.

—Me parece que contestar será empeñar una

© Biblioteca Nacional de España

polémica en que perdera mi opinion; pues aunque digamos la verdad la creerán meditada escusa, y por lo tanto que reconocemos la falta.

—Opino como tú.

—Pues dejémoslo así.

—Por dejado: pero hablemos de lo que importa. Ahora acabo de separarme de los padrinos de Enrique Flores.

—¿Y qué dicen?

—Que su ahijado está muy resuelto á llevar el duelo á delante.

—No tengo el menor inconveniente.

—De sus palabras he colegido, que Flores te ofendió de aquel modo, solo por tener un pretesto de batirse contigo.

—Lo creo.

—¿Le has ofendido?

—Jamás.

—¿No sospechas por qué pueda tenerte odio?

Conté á Camilo lo que me habia pasado con él en la sociedad del ex-ministro, mi amigo continuó.

—Ya tenemos la clave: celos.

—Por esa razon le compadezco, repuse con tranquilidad; y por la misma te encargué que no me obligáras á matarlo.

—He arreglado las condiciones como podiamos desear. Se verificará el duelo á florete.

—Le desarmaré: dije friamente.

© Biblioteca Nacional de España

—Te encargo que mires por tí.

—Tengo seguridad de desarmarlo.

—Ten en cuenta que está celoso, y que se irá á fondo.

—No importa: pararé los golpes, si es preciso, con la empuñadura del estoque. ¿Lugar del combate?

—A la derecha de la venta de los Espíritus en una profunda cañada, que resguarda un soto.

—¿A qué hora?

—A la una en punto.

—¿Has buscado segundo testigo?

—Sí.

—¿En dónde debemos reunirnos?

—En la redaccion.

—¿A qué hora?

—A las doce.

—Perfectamente.

—Adios, Nazário. Antes de las doce tengo que arreglar el periódico.

Camilo salió, me afeité, pedí el almuerzo, y despues de haber almorzado con mas que mediano apetito, me vestí, sin pretensiones, que indican el deseo de hacer alarde de valor; pero con pulcritud y esmero. Acababan de dar las once.

Vacilaba si me dirigiria á la redaccion inmediatamente, ó si esperaria á que dieran las doce, hora fijada por Camilo. Mis dudas se desvanecieron al anunciarme mi oficiosa huéspeda que

© Biblioteca Nacional de España

me buscaba una señora. Salí á la sala y me encontré con la seductora Sofía.

—Muy buenos dias, amigo mio, me dijo la hermosa, bañándome en una mirada magnética y presentándome su pequeña y desnuda mano. La estreché con vivo entusiasmo, y despues de estampar en ella mis lábios ardientes de pasion, repuse:

—No esperaba, señora, tan inestimable favor. Ver á V. dos veces en mi casa es una dicha, hermosa Sofía, que apenas hubiera soñado.

—Y á lo que V. llama favor corresponde con ingratitud: dijo Sofía, dejándose caer en el sofá.

—Bien sabe V. que no soy ingrato; repuse sentándome á su lado.

—Amigo, noto grandísima diferencia entre sus obras y palabras.

—¿Qué diferencia nota V.?

—¿Por no verme dos veces en un dia, se tomó V. la incomodidad de escribirme un corto billete; acompañándole el del ministro.

—Sofía.

—Agradezco á V., como debo, el interés y la eficacia con que ha tomado la solicitud de mi esposo, pero confieso á V. francamente, que me hubiera sido mucho mas grato saber de viva voz, lo que me notició por escrito.

La voz de Sofía que era tan dulce y melancó-

© Biblioteca Nacional de España

lica como el canto del ruiseñor, sus hermosos ojos azules despedian una luz suave como el rosicler de la aurora; sus lábios rosados y húmedos se agitaban, como los pétalos de la rosa al amante beso de la brisa: las palpitaciones de su pecho eran perceptibles, y cada latido era una ola de fuego que envolvia y volcanizaba mi alma.

Estreché de nuevo aquella mano que me hacia temblar de placer; estampé mis lábios en ella con mas pasion, y con una voz que la emocion enronquecia.

—Sofía, la dije, ayer mañana me mató V. con su indiferencia y su repulsa: lejos de V. la veo siempre hermosa y me la finjo enamorada...

—¿Y cuando estoy cerca?

—Queda la hermosura y desaparece el amor.

—¡Ingrato! Debo repetir lo que ayer dije: «Nazário, los hombres solo aprecian el sacrificio, pero en nada estiman la lucha.»

—¿Cuando el sacrificio es la gloria y la lucha un acervo penar, por qué evitar el sacrificio?

—Piedad, Nazário.

—Hermosa Sofía, estoy loco, loco perdido. Si ese sacrificio tan temido fuera yo quien debiera hacerlo, juro á V. que no estaria tan lejos de nosotros la mas hermosa felicidad.

—Nazario: tartamudeó la hermosa con inesplicable ternura.

—¿Me ama V., Sofía?

© Biblioteca Nacional de España

Sofía me lanzó una mirada que encerraba un mundo de amor. Estreché su mano con delirio, la cubrí de besos, me arrodillé, ceñí su talle, respiré su perfumado aliento: estaba loco; no sabia qué hacer ni qué decir. Sofía no oponia la menor resistencia à mis trasportes, y una vez sus delicados lábios rozaron la tez de mi frente. Mi corazon latia apresurado, mi pensamiento queria romper la cárcel que le sujetaba; tenia fiebre, no podia respirar.

Un sonido agudo y metálico llegó á mis oidos, como el trueno que atraviesa tupidas brumas, era el reloj de mi chimenea, que daba las doce. Herido del metálico son, como pudiera serlo de un rayo, separé mis brazos de Sofía, y me levanté, como movido por un resorte. Sofía ahogó un grito; yo me precipité al gabinete, y salí al instante con sombrero y guantes en la mano.

—Nazario... murmuró Sofía.

Me acerqué al sofá, la cogí la mano, y poniéndola sobre mi corazon, esclamé:

—A tu vista, mujer á quien amo, habia olvidado que debo batirme á la una.

Sofía lanzó un grito de espanto, y se dejó conducir por mí hasta la puerta de la calle; bajo su dintel nos separamos. Flores me privaba la posesion de una mujer idolatrada; deseaba ya matar á Flores.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XVI.

EL DUELO.

Cuando llegué á la redaccion encontré á su puerta la carretela de Camilo, y antes de cruzar el humbral, me encontré con Perez de Silva, que acompañado de un redactor salia á tomar el carruaje. A mi vista se detuvieron, y dijo Camilo:

—Amigo mio, íbamos á buscarte.

—Una visita inesperada me ha detenido algunos momentos, repuse; y ahogué un suspiro acordándome de Sofía.

—Tenemos el tiempo necesario, apenas son las doce y cuarto, y en media hora podemos llegar á la cañada. Montemos en la carretela.

Subimos en ella al momento, y Camilo dijo á su lacayo.

© Biblioteca Nacional de España

—A la Venta de los Espíritus, y dí al cochero que ponga las yeguas al gran trote.

Cerró el lacayo la portezuela, y á pocos momentos el carruaje se puso en marcha con rapidez.

Atravesamos la floresta, cuyos árboles despojados de su verde pompa recordaban lo instalable de nuestras grandezas, que como las hojas se marchitan y pasan como el huracan, dejando confusos recuerdos y desnivelados escombros, y á los cinco minutos saliamos por la puerta de Calamina, obra de un rey amante de las artes, y cuyos trofeos militares publican el mérito de los escultores que cuidaron de sus adornos. Seguimos una larga alameda y á la una menos cuarto paramos en la Venta de los Espíritus.

Descendimos de la carretela, la dejamos junto á la Venta, y bajamos á pié una pendiente, que á la cañada conducia. Caminamos con rapidez hasta el paraje señalado, y tuvimos la satifaccion de notar, que aun no habia llegado mi antagonista.

—Siempre es bueno llegar los primeros: dijo Camilo alegremente.

—Lo mismo da, en llegando á tiempo; añadió Alvarez, que era mi segundo testigo.

—¿Insistes en tu pensamiento de no matar á Enrique Flores? me preguntó Perez de Silva.

En el momento de abandonar á la seductora

© Biblioteca Nacional de España

Sofía para acudir al desafío, deseaba beber la sangre do Flores, pero en el transcurso de una hora se habia calmado la mia, y repuse con tranquilidad:

—Sostengo, Camilo, mi palabra.

—Debo advertir, observó Alvarez, que ha propuesto Flores un duelo á muerte, y que así lo hemos aceptado.

—No importa, repuse con frialdad.

—Allá veremos; añadió Camilo, tomando un habano y presentándome la petaca.

Empezábamos á fumar apenas, cuando vimos asomar á Flores, seguido de sus dos padrinos; uno de los cuales traia dos floretes bajo del brazo: se acercaban con rapidez, y el rostro de Enrique manifestaba que sentia haber llegado el último.

Nos reunimos y saludamos con afectuosa cortesia, escepto Enrique, que inclinó lijeramente la cabeza.

Todos estábamos convencidos de que no habia arreglo posible, y así se ocuparon los testigos de prepararnos el terreno, y nos presentaron los estoques. Tomó Flores el suyo con furor, y yo el mio con tranquilidad tanto mas notable, cuanto que presentaba un vivo contraste con la furia de mi adversário.

Apenas nos pusimos en guardia me tiró Enrique una recia estocada á fondo, que apresuradamente paré; y como no era mi intento respon-

© Biblioteca Nacional de España

derla, me reduje á la defensiva. Enrique Flores era poco diestro en las armas, y aun cuando su encono hácia mí le hacia veces de un segundo valor, le faltaba de todo punto el aplomo que dá el hábito de batirse, y se precipitaba ciego, sin guardar las reglas del arte, ni dar muestras de imponente serenidad.

Desde la primera estocada me hubiera sido sumamente fácil atravesarle el corazon, pero habia ofrecido respetar su vida, y por un fenómeno inesplicable, cuanto mas chocaban nuestros aceros me inspiraba mas compasion.

Sus testigos estaban admirados de mi conducta, los mios sabian bien que no queria herir á mi contrario, y solo Enrique desconocia que cada minuto tenia su vida en la punta de mi florete, y que sin embargo le perdonaba.

Un antagonista como Flores, para un hombre que lo respetaba, era el enemigo mas terrible que podia deparar la suerte. Enpeñado en matar, é importándole poco el morir, se tiraba á fondo como un tigre, y mas de una vez tuve que apartar la punta de su estoque con la empuñadura del mio. Tirándome atras con violencia, logré que se enlazaran nuestras hojas como dos culebras que luchan, y despues de ejercitar el pecho de Flores hasta condolerle la muñeca, sacudí violentamente los dos estoques, y el suyo saltó algunos pasos.

© Biblioteca Nacional de España

El jóven dió un grito de dolor, de ira y de vergüenza, yo bajé la punta de mi arma, y los padrinos quisieron dar por terminado nuestro duelo.

—No está terminado, gritó Enrique, precipitándose sobre su florete. Uno de los dos debe morir; y veo que los dos respiramos.

—Inutilízalo, me dijo Camilo; de otro modo no verás acabado el duelo, el mancebo está medio loco y no le hará daño una sangria.

—¡En guardia, en guardia, caballero! me gritó Enrique con voz siniestra, y dándome apenas lugar para obedecer su mandato, se precipitó sobre mí con mayor enojo y violencia.

Obligado á herirlo á mi pesar, paré su golpe, soslayándome, y le repetí una estocada que penetrándole por la parte anterior del brazo, tendido hácia mí todavía, le salió muy cerca del hombro, causándole una profunda herida. Flores lanzó un agudo grito y cayó el florete de su mano, yo retiré el mio, clavando su punta en el suelo.

—El lance queda terminado, dijeron los cuatro padrinos, aproximándose al herido.

—No está terminado: gritó Enrique alzando de nuevo su estoque, pero al querer mover el hierro sintió mas agudos los dolores, y tuvo que dejarlo caer.

—Ya ves, Enrique, repitió entonces uno de sus padrinos, que no puedes continuar.

© Biblioteca Nacional de España

Flores se llevó las manos al rostro, y empezó á llorar como un niño, es verdad que apenas tenia veinte años.

—¡Estoy deshonrado y vencido! esclamó despues entre sollozos: deshonrado por que mentí para obligar á mi enemigo; y ya sin honra no puedo alimentar la esperanza de batirme segunda vez.

La fiereza de Enrique Flores lejos de irritarme aumentaba mi interés y mi compasion; le tendí la mano cordialmente, pero lejos de recibirla, me rechazó con rudo enojo: entonces creí que mi presencia aumentaria su descontento, y cojiendo el brazo de Camilo, despues de vestirme con prontitud, le insté que nos retiráramos.

—No has obrado como caballero, dijeron á Enrique sus padrinos, rechazando la amistosa mano, que te ofrecia tu generoso vencedor.

—¿Estrechar su mano? ¡jamás! esclamó Flores, con amargura: y añadió con creciente furor. ¡Yo la habia ofrecido matarlo!

Pronunció Enrique estas palabras en voz alta, y aunque mis padrinos y yo distábamos algunos pasos del herido no perdimos ni nna sola de ellas.

—¿Has oido? me preguntó Camilo.

—Todo cuanto ha dicho, repuse.

—¿Conoces, Nazario, á tu enemiga?

—Solo sé lo que ha dicho Flores.

© Biblioteca Nacional de España

—Guárdate, Nazario, de la veuganza de una muger..

Levanté los hombros con desden, llegamos á la carretela, entramos en ella, y corrimos hácia la ciudad.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XVII.

ENSAYO PARLAMENTARIO.

Habia tenido mi desafío el término mas favorable que era dado prometerse, y al separarme de mi enemigo no le guardaba el menor rencor y tomaba parte en sus dolores. Si Enrique hubiera terminado el combate cuando hice saltar el florete por segunda vez de su mano, una comida de seis cubiertos hubiera sido el complemento del lance; pero su dolorosa herida y el odio que continuaba manifestándome, nos impidieron este natural desahogo, y cada cual se dirigió á su casa, para comer solo ó acompañado, segun su posicion y costumbre. Yo tenia un motivo particular para apresurar mi comida, debia asistir á una reunion de diputados electos, y queria ver antes á la seductora Sofía.

© Biblioteca Nacional de España

Por culpa de mi antagonista no habia recibido aquella mañana algunas muestras de cariño de la deliciosa pretendienta, y conociendo perfectamente que la pérdida de una ocasion muy pocas veces se subsana, quise esplorar el campo enemigo, y ver si lograba por sorpresa lo que abandoné momentos antes.

Cumpliendo el destino del hombre, que segun mi opinion consiste en trazarse planes quiméricos, salí de mi casa á la seis, y en cinco minutos corrí el espacio que me separaba del alojamiento de Sofía. Subí la escalera sin respirar, y sacudí la campanilla con el afan de un conquistador que quiere entrar á saco una plaza antes que llegue en su socorro un ejército formidable. Percibí el ruido de ligeros pasos y momentos despues abrieron la ventanilla de la puerta.

—¿Quién es? me preguntó la voz chillona de una de esas criaditas de casas de huéspedes de medio pelo, que pasan una parte del dia cantando, otra riendo con sus amas, y lo restante en recibir y devolver bromas á los estudiantes y pretendientes, á quienes sirven el chocolate.

—¿Doña Sofía Amaranto está en casa? repuse para abreviar nuestro diálogo.

—No sé si ha salido.

—Pues tenga V. la bondad de verlo.

—¿Quién es V?

—Palma de Jura.

© Biblioteca Nacional de España

La muchachita echó á correr, y á los dos minutos me respondió que no estaba Sofía.

Esta respuesta contrariaba terriblemente mis resoluciones y cabizbajo y meditabundo bajé uno á uno los escalones que de una tirada habia subido. No sé porqué estaba persuadido que encontraria á Sofía en su casa, y me causó tanto mas sentimiento no encontrarla cuanto que habia forjado en mi mente una interesante novela, dividida en cuadros y con minuciosos detalles, basada en la entrevista que me proponia realizar.

Mustio y cansado, como hombre que vuelve de un baile de máscaras ó de alguna fiesta de lugar, me dirigí paso entre paso á una cita de importancia, que hubiera descuidado quizás habiendo encontrado á Sofía. Un gran número de diputados electos debiamos reunirnos aquella noche para tratar la árdua cuestion de la presidencia del Congreso: esta reunion debia tener los mas importantes resultados, y yo que apenas conocia los acontecimientos y personas, estaba muy interesado en asistir á ella, para trazarme la conducta que debia seguir en adelante.

Llegué, pues al sitio convenido, que era un salon público, entré con las precauciones necesarias á un hombre conocido de todos, y que á muy pocos podria conocer ni aun de vista.

En una reunion numerosa, la entrada de un hombre á quien se espera no produce la menor

© Biblioteca Nacional de España

sensacion y así sucedió con la mia. Paseé mis miradas en torno, reconocí algunas fisonomías que habia visto en casa del ex-ministro Soto: en los salones de la condesa Jentosca: en el café, en los coliseos y en la Floresta. Me inclinaron algunos la cabeza; pero D. Alejo Gomez, que sin duda se iba reconciliando conmigo, me señaló un asiento á su lado; que yo acepté con mucho gusto; pues entre tanto desconocido no me venia mal estar en contacto con un *Cicerone*, que sino me ilustraba con sus luces podria hacerlo con sus palabras.

—Ha tardado V., Palma de Jura: me dijo Gomez empezando de una manera indiferente la conversacion.

—Amigo mio, le respondí en el mismo tono, no esperaba que estos señores hubieran sido tan puntuales.

—Tratándose de una cuestion tan importante la menor tardanza es un crímen.

—¿Y de qué se trata?

—V. tiene ganas de broma. ¿Es posible que V. no sepa?....

—Sé en globo que vamos á tratar de quién debe ser el presidente del Congreso; pero no sé de qué manera abordaremos la cuestion.

—Segun tengo entendido el gobierno debe presentar proposiciones de transacion á la oposicion moderada.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Y á la exagerada?

—Como V. vé no ha sido invitada á esta reunion.

—Efectivamente, no veo ningun diputado exagerado.

—Ni uno.

—¿Y la oposicion moderada, ó sus caudillos á lo menos qué piensan?

—En breve lo sabremos de cierto. Acaban de entrar los ministros de Gobernacion y Hacienda, y muy en breve principiará la discusion.

En efecto, Castor y Polus, como los habia llamado Camilo, se presentaron en el salon, con una arrogancia que hacia mas notable sus modales y personas, y lo atravesaron á lo largo, tomando asiento entre sus mas fieles amigos ó mas sumisos servidores.

Momentos despues se levantó D. Buenaventura Perez Crespo, y con frases no siempre corteses y descompuestos ademanes, pronunció un discurso indigesto, henchido de alabanzas propias y recriminaciones estrañas, concluyendo con proponer á la oposicion: que si votaba para la presidencia, vice-presidencia y dos secretarías á los candidatos ministeriales, el ministerio y sus amigos votarian dos vice-presidentes y dos secretarios salidos de las filas de la oposicion.

El discurso de Perez Crespo fué recibido por la fraccion ministerial con grandes muestras de

© Biblioteca Nacional de España

asentimiento, y por el contrario la oposicion guardó un silencio que bien podia considerarse como una severa censura. Yo, que no estaba comprometido ni con los unos ni con los otros, á lo menos que yo lo supiera; pues en mi complicada existencia podia suceder lo contrario, guardé silencio; y esta muda señal de disgusto me afilió, sin yo mismo pensarlo, en las filas de la oposision moderada.

—¿Qué le ha parecido á V. el discurso me preguntó Gomez.

—Que á falta de buenas razones ha usado palabras, repuse, no siempre decorosas para él ni para aquellos que escuchan: que no teniendo ni por acaso, instintos gubernamentales, ha desbarrado horriblemente: que creyéndose superior á cuantas personas le rodean, habla ex-cátedra con el dogmatismo de un dómine, que cree á la nacion patrimonio de unos cuantos, y tiene la inconcebible avilantez de imaginar que un ministerio de pandilla puede aspirar á larga vida, y hacer la felicidad del pais. Este es mi juicio que he manifestado con la franqueza que acostumbro.

—¿Por qué no toma V. la palabra?

—He viajado durante dos años, y otros conocerán mejor que yo el estado de los negocios.

—Lo que acaba V. de decirme...

—Son cuatro lugares comunes: aunque verdades en el fondo.

© Biblioteca Nacional de España

—Silencio, me dijo Gomez, llevándose el dedo á la boca, que tiene pedida la palabra nuestro gefe.

No me hizo gracia encontarme rejimentado sin haberlo yo pretendido, pero conviniéndome juzgar al hombre que debia mandarme, segun la espresion de D. Alejo, guardé silencio y me dispuse á oirlo con una profunda atencion. Seguí la direccion que Gomez me señalaba, y ví al orador, que era un hombre de mediana edad y reposado continente. Su semblante no revelaba el génio brillante de Mirabeau ni el estoicismo de Robespierre estaba tranquilo y bondadoso, y apenas daba algun indicio de profunda meditacion.

Comenzó á hablar, y su discurso, en armonía con su semblante, presentó un marcado contraste con el de su predecesor. Abundante en buenas razones, se dirijió al entendimiento sin tener siquiera uno de aquellos felices arranques que llegan hasta el corazon. Le escuchamos todos en silencio, y cuando concluyó rechazando las proposiciones del ministro, algunas muestras de asentimiento de sus amigos manifestaron que habia sabido interpretar perfectamente sus deseos. Yo quedé tan mudo como antes, y Gomez me preguntó de nuevo.

—¿No ha quedado V. satisfecho con el discurso de nuestro gefe?

—Ni satisfecho ni disgustado: le respondí sen-

© Biblioteca Nacional de España

cillamente, y en ello decia la verdad; pues el discurso del gefe de la oposicion habia sido á mi paladar uno de aquellos manjares insípidos, que no dejan ningun sabor.

—¿Qué ha encontrado V. de malo en él? volvió á preguntarme D. Alejo.

—Nada.

—¿Ha dicho mas que debia decir?

—No señor.

—¿Ha pecado por carta de menos?

—Difícilmente puedo responder.

—Esplíquese V. con franqueza.

—¿Qué quiere V. que yo le esplique? En el discurso del ministro he encontrado un pensamiento malo, muy malo, pero al fin tiene un pensamiento: en el otro he oido palabras bien sonantes pero que nada significan.

Interrumpió nuestro diálogo un tercer orador ministerial, que con habilidad notable trajo la cuestion al terreno que mas á sus planes convenia; y despues de haber hablado largamente sin soltar prendas, terminó su discurso, dejando la cuestion intacta, y las fracciones divididas como al empezarse el debate.

Terminada esta escaramuza, abandonamos el salon, habiendo recibido los diputados de cada fraccion cita para reunirse al dia siguiente separados, y preparar su plan de ataque.

Durante la larga sesion, que para mi inquie-

© Biblioteca Nacional de España

tud fué eterna, me habia ocupado un pensamiento tan distante de la política, como yo lo estaba de las intrigas gubernamentales ni de tener vivo interés en la prosperidad del Infierno. Este pensamiento era Sofia.

Así que logré desprenderme de Gomez y algunos otros compañeros, corrí á la calle de los Claveles, seguro de encontrar á la deliciosa pretendienta: pero ¡oh desgracia! encontré la puerta de la calle cerrada, y no atreviéndome á turbar el reposo de aquella mansion sosegada, lancé un suspiro que debió llegar hasta los oidos de mi hermosa, y volví la esquinn á paso lento; maldiciendo mi mala estrella, el duelo, y la reunion preparatoria.

Meditabundo caminaba, lo que sucedia con frecuencia al entendido Sancho Panza, escudero, como toda la Europa sabe, del caballero, flor y nata de la andante caballería, don Quijote, palafrenero del Rocinante, caballo abuelo, no sé en cuantas generaciones de primero que montó Artaguan; y dueño en plena propiedad, posesion y señorío del Rúcio; asno notable de cuantos asnos han nacido de asna, desde la burra de Balan.

Meditabundo caminaba, y la idea del duelo me trajo otra, que podia esclarecer mis dudas sobre qué causa habria influido en la estraña conducta de Flores: recordé que lo habia cono-

© Biblioteca Nacional de España

cido en la sociedad del ex-ministro, y como no habia concurrido á ella los dias anteriores, resolví pasar las dos horas que hasta la media noche quedaban, en tan agradable compañía.

Apresuré de nuevo el paso, y llegué en breve á la morada del ex-ministro.

Penetré con mas desembarazo en el salon de don Fulgencio; me recibió este con las mismas muestras de afecto que la vez primera, y con todas aquellas consideraciones que los hombres públicos no dejan de prodigar nunca á los que pueden ser pedestal de futuro engrandecimiento y aun áncora de salvacion en alguna feroz borrasca.

Su primer cuidado fué informarse de cuanto habia sucedido en nuestra reunion parlamentaria, declamó en seguida contra el ministerío como hombre que echa menos el lecho de espinas ministerial; recorrió con maravillosa rapidez el estado de la pública administracion; y posándose, como el águila sobre una roca despues de haber mirado al sol y parándose con ráudo vuelo, me preguntó:

—¿Piensa V., Palma, hacer la guerra al ministerio?

—Regularmente será así: le respondí sencillamente.

Siguió un instante de silencio á mi respuesta, y aprovechándose de él Adelaida, con aquel

© Biblioteca Nacional de España

tacto delicado que siempre tienen las mugeres para no perder la ocasion, me dijo:

—Señor Palma de Jura, esta noche nos olvida V. completamente.

—Adelaida, la contesté con una galante cortesía; siento mucho haber incurrido en un crímen que no me perdonaré nunca.

—Puede V. disculparse conmigo, interrumpió al punto el ex-ministro con su su afabilidad ordinaria; y á fé que no debia ocupar su atencion, hasta que estas hermosas jóvenes hubieran dejado satifecha su vivísima curiosidad: pues no debia haber olvidado que esperaban á V. con una singular impaciencia.

—No creí ser tan afortunado.

—Al ver á V. repuso Adelaida, hemos tenido un inesplicable contento.

—¡Adelaida! esclamé.

—No debe V. estrañarlo, Palma; ebservó el ex-ministro, las mugeres son naturalmente romanceras, y V. es ahora el protagonista de un drama, interesante doblemente; porque su causa permanece en las sombras del misterio, y son confusos sus detalles.

—Cuéntenos V., añadió Adelaida, el motivo y roalizacion de su duelo.

—No negaré que me he batido, repuse con la mayor indiferencia, y ya sabrán Vds. que la suerte se ha decieido en mi favor.

© Biblioteca Nacional de España

—Ahora mismo acaban de contarnos con referencia á Perez de Silva varios pormenores del duelo, y sabemos que V. se ha portado con un valor poco comun y estraordinaria generosidad.

—Tenia que habérmelas con un enemigo valiente; pero poco diestro en el manejo de las armas, lo que me ha proporcionado ser impunemente generoso.

—¿Pero qué motivo ha dado márjen á tan encarnizado duelo?

—En la apariencia un grosero insulto, señora.

—¿Sóbre una jugada?

—Exactamente.

—Pero, segun nos han contado, cuantas personas se encontraban en la tertulia de la condesa contradijeron á Enrique Flores.

—Es verdad.

—Y por lo tanto su honor de V. no sufrió menoscabo alguno.

—Si no lo creyera así, señora, no me encontraria en este sitio.

—¿Como pudo ofuscarse Flores hasta el punto de imputar á V. una estafa?

—Creo, señora, que estaba resuelto á insultarme, y que elijió un medio cualquiera.

—¿Habian Vds. tenido antes alguna cuestion.

—No señora. Una sola vez le habia visto, en esta misma sociedad, y me trató, debo confesarlo, con estremada cortesía. Puede ser que yo le

© Biblioteca Nacional de España

ofendiera, sin quererlo seguramente, añadí mirando á María, cuyo rostro tenia una espresion singular; y que en vez de pedirme entonces satisfaccion, que inmediatamente le hubiera dado, pues nunca ofendo por capricho, y no tengo el menor motivo para querer mal á Enrique Flores; haya querido tomar la rebancha de una manera tan ruidosa.

La mampara se abrió de repente, á su ruido levanté los ojos que tenia fijos en María, y ví entrar á la altiva y misteriosa dama del pequeño pié que me habia dias antes visitado.

La presencia de esta mujer, cuyo nombre desconocia tanto y quizás mas que su historia, me contrariaba horriblemente; pero me hallaba colocado en tan singular compromiso, que ví en su llegada una tabla capaz de salvarme del naufragio. Mi esperanza se realizó: todas las señoras se levantaron para saludar á la recien venida, dándola el título de marquesa, y yo aprovechando la confusion y cumpliendo con un deber de sociedad ofrecí mi silla á la marquesa y me retiré de Adelaida; sentándome junto al exministro.

Repuesto un tanto de mi sorpresa, empecé á darme el parabien, porque encontraba la mas favorable ocasion de saber el nombre, y quizás una gran parte de la historia de aquella mujer ofendida que se atravesaba en mi camino; mas

© Biblioteca Nacional de España

sin atreverme á preguntarlo, pues quizás en mi posicion estraordinaria estaba obligado á saberlo.

Y muy bien hice en ser prudente. Despues de haber saludado la marquesa á las señoras y caballeros de la casa, me lanzó una mirada siniestra que yo solo podia comprender, y sonriéndose dulcemente, me dijo con voz cariñosa:

—¿Ha descansado V., Palma de Jura?

—Perfectamente, respondí, procurando disimular el embarazo que sentia.

—¿Y cómo encuentra V. la córte?

—Como la dejé.

—Algo variada.

—Variaciones serán tan pequeñas que no las noto.

—Aseguro á V. que con el tiempo las irá notando.

—Puede ser.

—Los jóvenes, observó el ex-ministro, olvidan pronto lo que dejan y suelen volver sin recuerdos.

—Es verdad, repuso la marquesa, aparentando una perfecta tranquilidad; pero clavando sus blancos y afiliados dientes en sus lábios frescos y rosados.

—Los jóvenes olvidarán, interrumpió María dejándose llevar sin duda de un impulso interior; pero las jóvenes no olvidamos.

© Biblioteca Nacional de España

—Las mujeres son muy distintas, dijo la marquesa con el aplomo que en toda ocasion conservaba, y jóvenes ó viejas no olvidan.

—Tiene V. mucha razon, marquesa, insistió María; pero los hombres son tan malos.

—Malísimos, hija mía, malísimos: no fie V. de ellos en ningun caso: y si quiere sacar partido págueles en la misma moneda.

La marquesa se levantó, y acercándose á mí me dijo:

—¿Quiere V, cederme esa silla?

Me levanté inmediatamente, y me recliné en la chimenea; fijos mis ojos en la maaquesa, que siguió á media voz un largo diálogo con el entendido ex-ministro.

Terminado se levantó, y despidiéndose de las señoras con marcadas muestras de agasajo se dispuso para salir.

—Siento en el alma, hermosa marquesa, dijo el ex-ministro, levantándose con mucho trabajo y apoyándore en los brazos de su butaca, que la gota no permita acompañar á V. hasta el coche.

Varios jóvenes iban á ofrecerse, pero la marquesa se adelantó á sus finos ofrecimientos, diciendo con aire sencillo:

—Agradezco á V. su deseo, y como no puede realizarlo, espero que Palma de Jura se resignará á hacer sus veces.

© Biblioteca Nacional de España

Incliné en señal de asentimiento la cabeza, y me dispuse á acompañarla.

—¿No se despide V., Nazario? me dijo á media voz.

—Señoras: murmuré entonces despidiéndome, tomé el sombrero, busqué en la antesala mi gaban, y dando el brazo á la marquesa, la acompañé hasta el estribo de su mágica berlina verde.

Ni en la antesala, ni en la escalera, ni el zaguan nos dirigimos la palabra: el estribo de la berlina estaba bajo, la marquesa subió rápidamente, dejando ver el pié pequeño que tanto me habia cautivado.

El lacayo estaba indeciso para subir ó no el estribo, y yo mas indeciso aun no sabia cómo retirarme.

—Suba V., Nazario, suba V., dijo la marquesa con una voz sonora y con tono de autoridad.

Obedecí, como lo habia hecho momentos antes, el lacayo recogió el estribo, recibió las órdenes de la marquesa, las comunicó en voz alta al cochero, y los caballos partieron á medio galope.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XVIII.

LA BERLINA VERDE.

Roba la berlina verde, arrastrada por dos poderosos caballos, con mas rapidez que se desliza una barquilla sobre la espalda de las mares, cuando hincha su frágil lona el viento ó robustos remeros bogan como en empeñada regata. La marquesa y yo ocupábamos nuestros respectivos rincones, guardando un profundo silencio que no me atrevia á interrumpir.

Me he batido mas de una vez y he ocupado la misma testera que mi adversario sin estremecerme: tambien he corrido en un carruaje llevando á mi diestra la mujer que perdidamente idolatraba, estremeciéndome á su contacto y acrecentando mas mi amor: estas dos situaciones so-

© Biblioteca Nacional de España

lemnes se habrán repetido para muchos; pero muy pocos se habrán encontrado á media noche encerrados en una berlina al lado de una muger hermosa, desconocida, poderosa, con un grave resentimiento y que habia jurado vengarse.

No soy cobarde, tampoco tímido, pero juro á Dios que sentia un involuntario terror, reconviniéndome á mí mismo por haberme entregado inerme en manos de aquella muger.

Mi imaginacion recorria con pasmosa velocidad una série no interrumpida de probabilidades, queriendo adivinar cuál seria el intento de la misteriosa marquesa. Pensé un instante si pretenderia apoderarse de mi persona, y castigarme con prision: y por un movimiento instintivo me eché sobre la portezuela, decidido á abrirla y á precipitarme de un salto: pero el temor de aparecer á los ojos de mi enemiga como receloso y cobarde, y quizás tambien el recuerdo del malogrado duque de Orleans, me hicieron volver á mi asiento mas aturdido y ofuscado.

De conjetura en conjetura llegué á figurarme que la marquesa deseosa de anudar nuestras relaciones, me habia proporcionado el medio, convidándome á dar un paseo en su misteriosa barlina.

Yo no tenia ningun motivo para aborrecer á la marquesa: su pequeño pié, que tanto me habia hecho pensar, su mano breve y torneada, su

© Biblioteca Nacional de España

rostro hermoso todavía, y su porte en suma aristocrático, me cautivaban casi tanto como la belleza de Sofía, y bien sabe Dios que si reñí con mujer tan encantadora, fué porque no tenia medio humano de darla mis satisfacciones sin conocer antes la ofensa, y quizás por no serme posible llamarla por su nombre de pila, ni darla el título que no sabia entonces tuviese. Con tan buenas disposiciones no debió disgustarme la idea de hacer paces con mi enemiga, y dejando mi actitud indiferente y descuidada, estendí mi pierna suavemente hasta tocar el lindo pié de la marquesa. Yo esperaba, y debo decirlo, algun movimiento de repulsion, y quedé sorprendido observando la impasibilidad de la dama, pues no retrocedió su pie una sola línea ni una sola línea mas adelantó.

Esta inesperada conducta fué orígen de otras nuevas meditaciones; pero como nos ciega tanto el amor propio concluí, que con aquella inmovilidad me alentaba, y no queriendo perder por tímido lo que habia conseguido osado, me incliné hácia mi compañera, y puse su delicada mano sobre la mia: palpitándome el corazon como á un chico de quince años que declara su amor á una mujer.

Esta prueba seguramente debia dar mayores resultados, y yo esperaba una repulsa ó una queja. Me equivoqué, *vanitas vanitatum et om-*

© Biblioteca Nacional de España

nia vanitas, como dice no sé qué libro religioso. La marquesa dejó su mano entre la mia, sin estremecerse siquiera. ¿Estará dormida? pensé. Era posible. El moviento, como he dicho en otro lugar, adormece á muchas personas que del movimiento se llaman; ¿qué estraño, pues, que la marquesa, retrógada seguramente se durmiera con el delicado movimiento de su bien montada berlina? Pero dormirse al lado de un hombre que habia sido poco ó mucho tiempo su amante, y que á la sazon era su jurado enemigo, hubiera sido muy estraño en una mujer; no era posible; quizás estaba la marquesa decidida á no contestar á ninguna de mis amorosas indicaciones; pero sí dispuesta á recibirla: era importante averiguarlo, y para empezar estreché la pálida mano que en mis manos abandonaban.

—Me hace V. daño: dijo la marquesa; con un tono tan desdeñoso, tan impertinente, tan frio, que solté al momento la mano y me recliné en mi rincon.

Siguió rodando la berlina; continuamos en nuestro silencio, y á pocos momentos oí el ruido de otro carruage que en opuesta direccion venia. El ruido cesó de repente.

—Aparta ese coche, gritó nuestro cochero, parando de pronto los caballos.

—Espera, si quieres, replicó una voz cascada y vinosa.

© Biblioteca Nacional de España

—No quiero esperar; y si no apartas...

—Poco á poco ¿Qué adelantarás con no esperarte?

—Adelantaré.....

—Que rompamos los carruajes.

La polémica de los cocheros y detencion de la berlina, rompió el hilo de mis sérias meditaciones; é impulsado por la curiosidad, bajé un vidro y asomé por él la cabeza. Nos hallábamos en una calle un tanto estrecha y desconocida para mí. Un coche *simon* estaba parado ante un roverbero y frente á la puerta de una casa demas que mediana apariencia: un lacayo estaba bajando el estribo del coche *simon*, y tendia su mano hácia dentro. Un segundo despues bajó una mujer de alta estatura, envuelta en una gran capa, cuyo capuchon la cubria la cabeza y parte del rostro. La bañaba la luz del reverbero, pero el capuchon no me permitia descubrir sus facciones: sin embargo, creí reconocer en sus movimientos los de una persona que alguna otra vez habia visto. La casualidad vino en mi favor. Un boton del raido sortú del lacayo se enredó afortunadamente en la larga borla de seda que de la capucha pendia; y queriendo desenredarlo violentamente, cayó la capucha sobre las espaldas de la dama, ví flotar blondos y perfumados rizos, y descubrí el hermoso rostro de Sofía.

Viéndose la dama descubierta, contra su vo-

© Biblioteca Nacional de España

luntad sin duda, lanzó un grito, yo lancé otro grito, y nuestro cochero que no habia cesado de reñir con el cochero del *simon*, encontró por fin el paso franco, y sacudiendo á los caballos, partimos de nuevo al galope.

Cosas tan estrañas é imprevistas se agrupaban á mi alrededor, que apenas podia comprenderlas; y mas de una vez me restregaba los ojos para convencerme de no estar dormido. Estaba cierto de haber reconocido á Sofía en la mujer que del coche *simon* descendió; pero no podia adivinar que motivo la conducia á aquella casa y á tal hora. Podian ser motivos muy honrosos, ó á lo menos muy naturales. Bien podia vivir en aquella casa alguna amiga de Sofía; podia darse en ella algun baile; pero como habia estado dos veces en busca de la pretendienta y no la habia encontrado en su casa, ó me la habian negado quizás, todos los objetos se presentaban á mis ojos por un prisma fascinador, y se confundian y mis ideas como la lengua de los descendientes de Noé al levantar su soberbia torre de Babel.

Tan absorto estaba, tan preocupado con el encuentro de Sofía, que se habia parado la berlina sin que yo en ello reparase. Abrió el lacayo la portezuela, tendió el estribo y yo permanecia sumido en mis profundas reflexiones, cuando la voz de la marquesa me arrancó de ellas.

—Puede V. bajar cuando guste: me dijo con

© Biblioteca Nacional de España

glacial acento; y entonces conocí que estábamos á la puerta de mi propia casa.

Aquel acento frio y desdeñoso me volvió en mí, irritando un tanto mi orgullo y descendiendo rápidamente de la berlina, respondí de la misma manera.

—Doy á V. las gracias, marquesa.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XIX.

LA GACETA.

Apenas entrado en mi aposento, me desnudé rápidamente y fuí á buscar en el lecho todo el reposo que mis miembros necesitaban, y en el sueño la tranquilidad que mucho convenia á mi espíritu. Para no conseguir á una mujer es lo bastante profesarla mucho cariño: para que se vaya un criado, se muera un caballo ó un perro, tres animales necesarios, estar decido á conservarlos: para que un niño no haga gracias ó un pájaro no cante, convidar gentes á que los oigan: para no quedarse dormido, llamar al sueño con afan, y querer entre sus vapores ahogar importunos recuerdos ó hacer que brillen esperanzas. Yo tenia muy justos motivos para desear asopo-

© Biblioteca Nacional de España

rarme, y el ingrato sueño no queria ceñir mi frente de beleño y adormideras.

Me sería muy fácil describir las fatigas de una mala noche; pero cuantos lean y no lean estas páginas habrán pasado cien malas noches en la vida. El amor nos dá malas noches; los celos, sus hijos lejítimos, nos dan malas noches; la ambicion, que por amor puede tenerse y que se tiene sin amor, nos dá malas noches; malas noches nos dá la envidia; malas noches nos dá el deseo de adquirir gloria y la gloria adquirida nos dá malas noches tambien; malas noches nos dán las pulgas, las sábanas almidonadas, los mosquitos y otros vichos pestíferos, no sé si insectos ó reptiles, que chupan la sangre y cuyo nombre damos á las personas muy pesadas; malas noches dá el calor, el frio..... ¡Parece que el hombre ha nacido para pasar pésimas noches! Renuncio, pues á describirla, y digo que á las ocho y media abrí los ojos penosamente, bostecé, estendí los brazos y dí, sin quererlo, una bofetada en la respetable mejilla de una persona, que sin duda estaba sentada á la cabecera de mi lecho.

—Dispense V. dije aturdido: y abriendo de un todo los párpados, ví que habia estampado mi diestra en la sonrosada mejilla izquierda de mi huéspeda, doña Tomasa.

—Perdone V., perdone V.; repetí con algun sentimiento.

© Biblioteca Nacional de España

—No ha sido nada: respondió la buena señora con su sonrisa habitual.

—¿Cómo está V. aquí tan temprano?

—Son las ocho y media bien dadas; y estaba esperando que despertára V. para entregarle estas dos cartas. Añadió presentándome dos billetes.

—¿Quién las ha traido? pregunté con alguna ansiedad.

—Dos criados, á quienes no conozco.

Rompí el nema de la que encontré mas á mano, y leí estas solas palabras: «*Se han roto las hostilidades.*»

Rompí el nema de la segunda, y esta sola fraencontré en ella: «*No será el ultimo.*»

Los dos billetes estaban escritos por distintas manos y eran de letra de mujer.

Los anónimos eran guerreros; yo conocia dos enemigas, y no dudé que serian ellas las que de tal modo amenazaban. En mi embarazosa posicion, solo me era dado resignarme; y para olvidar las amenazas, rogué á mi huéspeda que me acercara los periódicos.

Condescendió inmediatamente y momentos despues ví mi cama cubierta de papel impreso; tantos periódicos se publican en esta corte del Infierno.

Recorrí varios para ver cómo referian y comentaban mi duelo de la tarde anterior, y que-

© Biblioteca Nacional de España

dé asombrado al considerar que se creian los periodistas mejor informados que yo; pues todos daban los motivos, aunque andaban tan encontrados; que unos lo achacaban á amores, otros á una cuestion política, y otros al despecho de Enrique por haber perdido su oro. No nos nombraban por supuesto, aunque daban muy claras señas, y seguian largos comentarios contra las tertulias donde se juega, para que pierdan su dinero imprudentes hijos de familia.

Habia dejado la Gaceta, como insulsa para lo último; pero apenas fijé la vista en sus columnas cuando dí un grito de alegría: grito arrancado por las cortas líneas siguientes:

«S. M. la reina (Q. D. G.) se ha servido nombrar intendente de la provincia de Barlocena á «don Marcos Pastrana, contador que fué de la «misma.»

Mis lectores recordarán que don Marcos Pastrana era el digno y amado esposo de la hermosa Sofía Amaranto.

Con la Gaceta en una mano y repicando las castañuelas con la otra, salté de la cama en calzoncillos, me puse las pantuflas cambiadas, la bata del embes, y sacudiendo la campanilla con mas violencia que de ordinario, pedí al mismo tiempo el almuerzo, agua caliente para afeitarme, unas botas bien barnizadas, y tantas cosas á la vez, que el criado se quedó mirándome con una

© Biblioteca Nacional de España

cara tan espresivamente estúpida, como la de algunos muñecos chinos dibujados en calabaza. Su estupidez me reveló mi intempestivo aturdimiento, y dando las órdenes una á una conseguí ser obedecido; y á las doce menos diez minutos estaba en la puerta de la calle con la Gaceta en el bolsillo, y el corazon rebosando felicidad.

Todos habrán adivinado que en vestirme con tal premura tenia por esclusivo objeto presentarme á recibir albricias de la encantadora viajera. Recordaba que la noche anterior la habia encontrado en una calle desconocida para mí; pero queriendo verlo todo por un prisma color de rosa, resolvi que habria ido á algun baile; y aunque recordaba tambien el grito que dió al verse descubierta, conjeturé que bien podria habérselo arrancado el dolor ó el despecho de verse en tal caso despeinada.

Lleno de dulces ilusiones me encaminé rápidamente hácia la calle de los Claveles, codeando á cuantos encontraba, y maldiciendo á una diligencia que me detuvo tres segundos. Llevado en alas de amor y en pies de jóven, me puse en muy pocos minutos en la calle de los Claveles, que de rosas, nardos y jazmines, debia serlo en breve para mí. Miré con ojos codiciosos ó con ojos enamorados, como mas al lector agrade, el número 10: pasé el umbral, subí la escalera, sa-

© Biblioteca Nacional de España

cudí la campanilla marcialmente, y me abrió la puerta de par en par la misma criadita vivaracha que la tarde antes me despachó por el postigo.

—¿Está en casa doña Sofia? la pregunté queriendo entrar.

La criadita soltó una recia carcajada, y me respondió:

—Doña Sofia se ha marchado en la dilijencia.

Gruesas gotas de sudor bañaron mi rostro, que se puso lívido, y se ajitaron todos mis miembros con instantánea convulsion.

—Me engañas: dije á la muchacha con airado acento.

—¿Qué le engaño? No hay para qué respondió desdeñosamente. Y si no quiere V. creerme, todavía está caliente la propina que no me dejará mentir.

Así diciendo sacó de su pecho un trapillo, lo desli y me enseñó un napoleon en testimonio de verdad. Yo saqué entonces un doblon lo coloqué sobre su plata, y la dije:

—Esto es para tí; pero respóndeme.

—Hable V.

—¿Durmió aquí anoche doña Sofia?

—No señor: respondió la muchacha, guardándose todo el dinero.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XX.

UN MAL ENCUENTRO.

Lleno de dulces ilusiones habia entrado en el número 10, y mustio, desengañado y pesaroso bajé la escalera, condenando los impulsos de mi corazon que pérfidamente me engañaban. Yo maldige una diligencia, que interrumpió durante tres segundos mi rápida marcha, y en aquella diligencia iba la pérfida y hermosa Sofía: yo sacudí la campanilla con estraordinaria emocion, porque el corazon no me decia que en vez de encontrar á la viajera tendria que pagar á su fámula para recibir una herida mas cancerosa. Quede consignado que el corazon no tiene espíritu profético, que nos engaña, que nos vende, ó por

© Biblioteca Nacional de España

lo menos que es una porcion de materia; un órgano que ejerce sus funciones, como el pie, la mano, ó la nariz, pero un órgano y nada mas.

Si estudiamos bien ambos mundos, el físico y el moral se entiende, descubriremos una cadena de acciones y reacciones contínuas, que dan movimiento determinado y fijan carrera á los cuerpos; que confunden, cruzan, metodizan y hacen adelantar ó retroceder las ideas. Esta doble reaccion sufrí; de suerte que mi paso rápido y desigual se hizo compasado y perezoso, al mismo tiempo que mis ideas, brillantes, alegres y rosadas, se tornaron en negras, melancólicas y fúnebremente sombrías.

Así caminaba al acaso, cuando sentí sobre mi hombro una mano que me detenia con la dulzura de un amigo. Volví lentamente la cabeza, porque todos mis movimientos revelaban al hombre hastiado y abatido, y reconocí con todo el placer que mi situacion permitia á Camilo Perez de Silva.

—Vengo de tu casa, Nazario, me dijo Silva alegremente; pero encontré que el gavilan habia ya dejado su nido.

—Aquí me tienes, amigo Silva, repuse cobrando algun brio, porque suele darlo el quejarse mientras el callar lo disminuye: aquí me tienes, amigo Silva, hastiado, abatido, furioso, y yo no sé cómo esplicarte lo que me sucede.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Qué mala yerba has pisado, Palma?

—Me sucede...

—¿Qué te sucede?

—Nada.

—Dí, epamos.

—No hablemos mas sobre el asunto. Yo mismo no sé distintamente lo que me pasa, y lo poco que sé es un secreto que á nadie puedo confiar.

—Pues ocupémonos de otra cosa. He visitado á Enrique Flores.

—¿Cómo se encuentra?

—Bastante bien: su herida no es grave, y muy en breve podrá salir de su aposento.

—¿Le has hablado de mí?

—Sí, Nazario.

—¿Y me guarda rencor?

—No y sí.

—No te comprendo.

—Voy á esplicarme. Cuando empecé á hablarle de tí se puso furioso, lloró, quiso desgarrarse el vendaje, y profirió palabras contra tí, que un hombre sano, en mi presencia, no hubiera dicho impunente. Proseguia Enrique sus denuestos, mas se interrumpió de repente para tomar una tarjeta que le presentaba un criado. Se apoderó de ella con rapidez, fijó sus lábios en la charolada cartulina, lleyó el nombre repetidas veces, y á una indicacion del criado fijó su vista en el embes de la tarjeta, leyó unos renglones

© Biblioteca Nacional de España

escritos con lápiz, y lanzando un grito de alegria me dijo:

—Puede V. decir de mi parte á su amigo Palma de Jura, que aunque nunca tocaré su diestra no le tengo el menor rencor.»

—¿Qué nombre, Camilo, estaba grabado en la tarjeta?

—No lo sé: solo distinguí un escudo de armas y una corona de marqués.

—¿Y no conociste el blason?

—Estaba distante y me fué imposible distinguirlo.

—¡Ella debe ser!

—¿Quién, Nazario?

—Nadie, Camilo: es una parte del secreto.

Dimos juntos algunos pasos sin dirigirnos la palabra, hasta que parándome de pronto dije á Camilo:

—Mis ideas se confunden cada vez mas; siento una fatiga que me ahoga, fatiga moral solamente, y quisiera hacer algun ejercicio violento.

—¿Quieres que montemos á caballo?

—No, Camilo.

—¿Que demos un largo paseo?

—Tampoco me contenta.

—Se me ocurre una idea bellísima.

—¿Cuál?

—Nos encontramos casi á la puerta de nuestro querido maestro de esgrima Mr. Botonazo:

© Biblioteca Nacional de España

vamos á hacerle una visita y podrás tirar al florete.

La proposicion me contentaba, y mucho mas cuando recordé que el nombre de Mr. Botonazo estaba escrito en una de las doce tarjetas. Admití, pues, la proposicion, y á los pocos minutos entrábamos en la anchurosa sala de armas del célebre maestro de esgrima.

El salon en donde penetramos tendria cuarenta pies de largo, treinta de ancho, y diez y seis de elevacion. Su pavimento de madera estaba muy poco bruñido, para resvalar difícilmente; y estaban sus muros cubiertos de sables, espadas, floretes, dagas, caretas, guantes, y una especie de medias armaduras; destinadas mas bien al ornato de la sala que al uso de los intrépidos gladiadores. Algunos bancos y dos ó tres sillones de banqueta con gruesos clavos tachonados, ofrecian incómodos asientos á los sacerdotes de Marte, lo que encontré súmamente lógico; pues el hombre pronto á recibir en sus entrañas la aguda punta de un florete, ó sobre su cráneo el rudo golpe de un sable, debe recibir sin melindres un asiento ya sea de baqueta ó de tabla.

Varios jóvenes discurrian en encontradas direcciones, examinaban algunos las armas, y otros hablaban de pasados lances ó de los rápidos progresos que hacian en la esgrima. Saludé á otros

© Biblioteca Nacional de España

jóvenes ligeramente, y puse mi atencion en dos personas que con mas razon la llamaban.

Era el primero un hombrachon de cinco pies y diez pulgadas, de cabellos grises, cara apoplética, anchas espaldas, ojos penetrantes y pronunciada musculatura. Vestia este hombre un paletó grís muy holgado, un pantalon color de ayosa, y unas zapatillas de becerro. Tenia su paletó abrochado cuidadosamente, y sobre su cuello caia el de una camisa de color, que no aprisionaba ni pañuelo ni corbatin. Estaba sentado en uno de los anchos sillones, y fumaba una pipa con toda la molicie de un oriental. Este atleta era nada menos que el respetable maestro de esgrima Mr. Botonazo, con quien debia tener yo seguramente las mas amistosas relaciones.

Arrellanado en otro sillon, y á corta distancia del maestro, estaba un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, vestido con bastante lujo; pero con muy poca elegancia. Sus facciones, bastante morenas, tenian la dureza salvaje de las estátuas primitivas, una espesa barba cubria la parte inferior de su rostro, y el negro mostacho retorcido á la borgoñesa como los soldados de Flandes, aumentaba su fria altivez. De estatura mas que mediana, dejaba ver en sus muñecas pronunciada musculatura, y los ojos fijos en el techo fumaba reposadamente un habano de nueve pulgadas cumplidas, y arrojaba con cierto método

© Biblioteca Nacional de España

y á pequeñas bocanadas el humo, que se elevaba lentamente y en caprichosas espirales.

He necesitado alguna líneas para retratar á estos dos hombres, que yo abracé con una rápida mirada; pues en el momento que Mr. Botonazo me descubrió corrió á abrazarme con un cariño paternal.

—Bien venido, señor D. Nazario, gritó el maestro alegremente, y repicando índices y pulgares á manera de castañuelas. Bien venido señor D. Nazario: ya esperaba yo esta visita, juro á mi patron San Dionisio que estaba un poco amostazado porque se hacia mucho esperar (1).

Al oir mi nombre, el caballero del habano separó sus ojos del techo, y me dirigió una mirada provocativa y desdeñosa.

—Grandes deseos tenia, respondí al honrado Mr. Botonazo, de ver á V.; pero las muchas ocupaciones que he tenido, me lo han impedido hasta ahora.

—Parece mentira; pero han transcurrido dos años desde que nos separamos.

—Es cierto.

—¿Ha viajado V. mucho?

—Mucho.

(1) No creo necesario advertir que el maestro de esgrima se esplicaba en una gerga incomprensible, porque ya he dicho que es francés, y los franceses hablan su lengua, todas las demas las maltratan.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Ha estado V. en Francia?

—Si señor.

—¿Se ha batido V?

—Algunas veces.

—¿Ha tirado V. mucho?

—Mucho.

—¿Qué tal tiran los franceses?

—Algunos tanto como V. y como yo; la mayor parte mucho menos.

—Y algunos tiran, señor Palma, mas que nosotros.

—Puede ser; mas si existen no han cruzado conmigo el hierro.

—¿Y ha estado V. en Italia?

—Poco tiempo.

—¿Se ha batido V?

—Una sola vez.

—¿Ha tirado V. mucho?

—Ni un segundo.

—¡Me alegro en el alma, señor D. Nazario: así no tendrá V. los vicios de la infame escuela italiana! esclamó Mr. Botonazo con toda la fé de un artista: y serenándose despues añadió:

—¿Habrá V. adelantado mucho en la esgrima?

—No he olvidado al menos las lecciones que V. tuvo la bondad de darme.

—Vamos á verlo.

Mr. Botonazo cogió dos floretes, guantes y caretas, y me invitó á tirar un rato. Acepté la oferta

© Biblioteca Nacional de España

con sumo gusto, me despojé de mi gaban y sombrero, me aflojé los tirantes, puse la careta, calcé el guante, empuñé el florete, y saludando á mi antagonista, me puse en guardia. Mr. Botonazo tomó las mismas precauciones, pero conservó su paletó, que mas holgado que mi frac debia dejarle libertad en sus movimientos. Camilo sacó la petaca, encendió un cigarro en el del hombre desconocido, que fijamente me miraba, y ocupó el sillon de baqueta que habia abandonado el maestro. Todos los jóvenes se colocaron en los bancos, y dimos principio á la lid.

Soy bastante diestro en la esgrima; Mr. Botonazo es un maestro que conoce su profesion y tiene las fuerzas de un toro, el combate era por lo tanto interesante y empeñado. Nuestros floretes se enroscaban como dos culebras que luchan, y el chirrido de los aceros semejaba el ruido de una lima que trabaja sobre metal. Mr. Botonazo sudaba, yo sudaba tambien; y casi agotadas nuestras fuerzas tuvimos que tomar aliento para renovar el combate.

Aprovechando esta corta tregua, se despojó mi antagonista de su paletó, y levantándose las mangas de la camisa dejó ver sus brazos velludos, nerviosos. Yo me despojé tambien del frac, chaleco y corbata; y dejándome caer los tirantes me puse en guardia nuevamente. Cruzamos otra vez los estoques; de tan fino temple que se encor-

© Biblioteca Nacional de España

vaban y estendian como dos varitas de goma.

—Quince minutos mas lidiamos, parando en cuarta ó en tercera, y sin darnos un botonazo, que pudiera llamarse herida. Me animaba cada vez mas, y entre tanto el rostro del maestro iba tomando una espresion de indecible felicidad. Este bien estar quizás le hacia atender menos á mis golpes, y como yo los repetia con mas ardimiento cada vez, conseguí, tendiéndome á fondo, márcarle una estocada bajo la primer costilla.

Todos los jóvenes dieron un grito: «¡Bien Nazario!» esclamó Camilo, y el buen maestro me tendió los brazos, creyendo que era mi destreza el resultado de sus provechosas lecciones.

Tuve un momentde de ovacion, pasado el cual el desconocido encendió otro habano; y dando al viento su primera bocanada de humo, me señaló con su baston y dijo desdeñosamente.

—Este caballero se batió ayer con un niño llamado Flores.

—Se batió, respondió Camilo, y no creo que le importe á V.

—No me importa, respondió sosegadamente; pero ahora mismo acabo de formar mi opinion.

—¿Puedo saberla, caballero? le pregunté con arrogancia.

—Estoy pronto á manifestarla.

—Su opinion de V., interrumpió Silva, será la de un hombre.....

© Biblioteca Nacional de España

—Camilo, dije á mi amigo interrumpiéndole; te suplico que dejes hablar á este caballero.

Perez de Silva se cruzó de brazos, y el desconocido prosiguió con la misma serenidad:

—Ofrecí manifestarle mi opinion, y voy á cumplir mi promesa. Hablando del lance de ayer, he oido decir á varias personas que es V. un valiente, y que se portó como tal.

—¿Y esas personas?.... interrumpí.

—Se han engañado, caballero.

—Segun eso soy.....

—Un cobarde.

Eché una mirada desdeñosa á mi ofensor, y dije á Camilo:

—Haz de modo que este caballero tenga que variar de opinion.

Antes que Silva respondiera, se adelantó el desconocido, diciendo:

—Comprendo, señor Palma de Jura, el encargo que da V. á su buen amigo, y antes que lo cumpla deseo dejar fundada mi opinion.

—Puede V. fundarla, repliqué.

—He dicho que es V. cobarde, porque manejando el florete de una manera tan pasmosa, no necesitó gran valor para batirse con un niño, que apenas sabia sostenerlo.

—Me alegro en el alma, caballero, que V. me presente ocasion de cruzar el hierro con con un hombre.

© Biblioteca Nacional de España

—Tampoco daria V. grandes muestras de valor.

—¿Por qué?

—Por que tiro casi tan mal como Enrique Flores.

—¿Será preciso, caballero, herirle el rostro para que dé la satisfaccion que reclamo?

—Repito que tiro muy mal.

—Yo me bato á todo.

—En ese caso nos batiremos á pistola.

—Convenido. Arregla, Camílo, las condiciones de este duelo.

Camilo se alzò de su asiento, y aproximándose á mi adversario le dijo:

—Mi amigo Nazario no puede batirse con V.

—¿Por qué razon? repuso azorado.

—Por que V.....

—Todo lo comprendo, interrumpió mi antagonista: su amigo de V. es un cobarde y V. quiere buscar escusas.....

—¡Camilo, Camilo! esclamé: quiero batirme con ese hombre, aunque sea un bandido, un infame, un asesino.....

—Te batirás: repuso Camilo tristemente: y dirijiéndose á mi antagonista añadió:

—¿Quién es su testigo de V.?

—¿Quiere serlo alguno de Vds.? preguntó el hombre del habano á cuantos estaban presentes.

Ninguno respondió: mi enemigo se pasó la

© Biblioteca Nacional de España

mano por la barba, y levantándose de su poltrona dijo:

—Estos señores temen semejantes compromisos, no me faltará quien lo corra.

Despues se dirijió á Camilo, y añadió:

—Dentro de una hora buscarán á V. de mi parte.

—Está bien respondió Camilo, y el desconocdio se alejó.

Dispuesto á imitarlo tendí al maestro de esgrima mi mano; me la estrechó afectuosamente, diciéndome al dejarla.

—Señor don Nazario, prudencia: si se batiera V. á florete estaria tranquilo: pero las balas parten del cañon y el dedo de Dios las dirije.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XXI.

UN BUEN ENCUENTRO.

En la puerta del maestro de esgrima nos separamos Camilo y yo, él para esperar, como lo habia ofrecido, al testigo de mi antagonista, y yo en direccion á mi casa, para escribir circunstanciadamente cuanto acababa de pasarme.

Esta inmotivada provocacion acabó de echar en mi alma la gota de hiel que le faltaba, y aseguro que ansio llegar al fatal trance para dejar en él la existencia ó tomar venganza de un hombre á quien ódio profundamente.

Caminaba con paso rápido, cuando me oí llamar por mi apellido con aquella voz eco de la mia, que tanto cautivó mi atencion en el paseo, que nunca olvido, de mi alegre y amada patria.

© Biblioteca Nacional de España

Volví la cabeza instantáneamente, y ví asomar por la portezuela de un coche una mano que me llamaba. Acudí con la mayor presteza, encontré tendido el estribo, y penetrando en el carruage tuve el gusto de estrechar la mano del Diablo, mi homónimo y compañero de viaje.

El coche prosiguió su camino, y el Diablo me dijo:

—Ví á V. pasar, y no he podido resistir al deseo de darle la mano.

—Mucho lo agradezco, respondí; y desearia hablar con V. frecuentemente.

—Es muy difícil.

—¿Porqué?

—Porque ordinariamente vivo distante de la corte.

—Sin embargo quisiera recibir, para modelar mi conducta, la esplicacion de algunos sucesos que me interesan vivamente.

—Si recibiera V, amigo mio, esa esplicacion, dejaria de hallarse en la posicion escepcional en que hoy se encuentra y perderia mucho la ilusion óptica.

—Continuaré con mi ilusion.

—¿Qué tal lo pasa V. en la corte?

—No sé si decirle que bien ó si que mal. Ayer tuve un duelo.

—Lo sé.

—Y mañana debo batirme.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Con quién?

—Con un hombre á quien no conozco.

—Eso es muy sério. ¿Qué ofensas ó causas han dado márgen al desafio?

Conté al Diablo circunstanciadamente cuanto acababa de pasarme, y despues de haberme escuchado con escrupulosa atencion, me dijo:

—Ese duelo puede tener fatalísimos resultados.

—Así lo comprendo, repuse.

—¿Y sin embargo está V. decidido á batirse?

—Lo estoy.

—Con todo, se me ocurre un medio para que no concurra V. á ese lance.

—No hay medio alguno.

—Uno muy sencillo.

—¿Cuál es?

—Iré á batirme en su lugar.

—Nunca lo permitiré, nunca; y si insiste V. en su propósito, nos encontraremos frente á frente sobre el mismo campo de batalla.

—No es mi intento, repuso el Diablo con una sonrisa melancólica, provocar un escandaloso conflicto; y si V. insiste en batirse puede hacerlo como le plazca.

—Insisto, dije friamente; pero tengo que pedir á V. un inestimable favor.

—Haré cuanto V. me prevenga.

—Yo tengo en la corte de España un íntimo amigo.

© Biblioteca Nacional de España

—Siga V.

—Este amigo mio es literato.

—Tiene una mala profesion.

—Por confesion suya sabia que andaba sobrado de deudas por andar escaso de dinero.

—Es propio de un hombre de letras.

—Creo que remitiéndole un circuntanciado diario de mi viage, para que allí lo publicase le haria un gran favor, y hasta hoy he cumplido religiosamente la obligacion que voluntariamente me impuse.

—Puede ser que gusten en España de saber lo que sucede en el Infierno.

—Mañana puedo sucumbir en mi desafio.

—Puede suceder.

—Y como si mi fin quedara oculto no seria completo mi viaje; ruego á V. encarecidamente, que si sucumbo escriba á mi amigo mi trájico fin.

—Lo prometo.

—Dí al Diablo tu nombre y apellido, y como ya nos encontrábamos á la puerta de mi alojamiento, me despedí de él dándole gracias por su promesa.

Camilo ha venido á visitarme: ya deja arreglado mi duelo, el que debe tener lugar á las seis de la madrugada.

Cinco dias no mas he vivido en *la corte de los milagros*, que así llamo y debo llamar á esta fatal corte del Infierno: cinco dias no mas he vi-

© Biblioteca Nacional de España

vido, y han sido fecundos á fé en misteriosas aventuras.

Señala la una mi reloj; voy á dormir, y espero tranquilo que el dedo de Dios, como dice el maestro de esgrima, señale camino á la bala que ha de matar á mi contrario ó traspasar mi corazon.

FIN DEL TOMO I.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Esta Biblioteca se publica por tomos de á 300 páginas, poco mas ó menos, y se reparten en los primeros dias de cada mes.

PRECIO 5 reales tomo. — Para los suscritores al Diario, 2 reales tomo.—Para los que se suscriban á esta Biblioteca no estándolo al Diario, 4 reales.

© Biblioteca Nacional de España